

EL CASO DEL NUEVO DETECTIVE BARCELONÉS

JORDI BASTÉ

MARC ARTIGAU

**UN
HOMBRE
CAE**



Lectulandia

Una noche de primavera, mientras está cenando en la Barceloneta con un viejo amigo de la universidad, el detective privado Albert Martínez es testigo de una escena inquietante: dos hombres se acercan al espigón de la Mar Bella, la zona más peligrosa, gesticulando como si discutieran. Al cabo de un rato, solo regresa uno.

Así arranca una apasionante investigación que lo llevará a descubrir los secretos más oscuros de una adinerada e influyente familia de la ciudad.

Junto al singular detective Albert Martínez, nos adentramos en una historia tan original como lo es la propia Barcelona gastronómica, nocturna y oculta donde se desarrolla la acción.

Lectulandia

Jordi Basté & Marc Artigau

Un hombre cae

ePub r1.0
Karras 20.03.18

Título original: *Un home cau*
Jordi Basté & Marc Artigau, 2017
Traducción: Gabriel Dols Gallardo

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Adriana, la madre de Geòrgia
y Gabriela, la mejor amiga,
la mejor confidente que me dio el mejor consejo:
«Haz lo que quieras».*

*Para Marc Artigau, que es tan antisocial
que no quiere dedicar el libro a nadie,
pero yo sí a él.*

1

Es bonito ver caer un cuerpo.

Es precioso observar cómo se precipita al vacío.

Me hipnotiza.

Aunque dure una milésima de segundo, me quedo clavado siguiendo con los ojos la trayectoria y cómo, finalmente, desaparece.

Apesta a porro. Me cago en mi puta vida. Rubén sonrío al ver la cara de contricción que me posee cuando camino por la calle de la Mercè en dirección a la plaza de Antonio López, la del edificio de Correos. Para no morir asfixiado por los efluvios de maría que emana la diminuta callejuela, me entran ganas de comer en el Belmonte, un restaurante diminuto de platos pequeños que me recomendó Andrea, una amiga que vive en Madrid pero conserva un piso en la calle Ample. El día que fui me zampé unas patatas con romesco y otras con guindilla, un confit de pato con patatas al horno y un flan de requesón que todavía me hago cruces.

Pero Rubén ha reservado mesa a las nueve de la noche al lado del mar. Manda cojones. Es lo peor del mundo escogiendo restaurantes. Un tío que come hierbas todo el día, mirándose el ombligo literalmente para saber el volumen de las olas que le hacen los abdominales, escogiendo restaurante. Tengo la acertada teoría de que todo aquel que va al gimnasio más de cuatro veces por semana no puede escoger nunca restaurante. Jamás. Los músculos le incapacitan para mirar una carta. Cenar con Rubén es un auténtico suplicio. Que si hidratos de carbono, que si demasiada salsa, que si una verdurita, que si agua, que si una copa de vino y basta, que si estás loco por mezclar pasta y proteína... Anda, vete a cagar, rey de la báscula.

Anteayer, Rubén cumplió cuarenta y dos años y, hoy, como nos conocemos desde la facultad y hemos ido labrando una sólida amistad, víctimas de las discusiones permanentes, pero también del enorme respeto que nos tenemos, me ha invitado a cenar. Todo arreglado, es decir, mesa reservada en el restaurante Ca La Nuri, en las entrañas del paseo Marítimo de la Barceloneta. Se come bien, pero él no va por eso. Va porque hacen pescado a la plancha y por la noche toca plato único y bajo en calorías. Una delicia de compañía.

Paseamos por el sur de Barcelona, pasamos por el Set Portes y tiramos por Joan de Borbó para llegar, al cabo de media hora, al restaurante. Hablamos de tonterías y, de hecho, hemos vuelto a discutir sobre el cánnabis y la causa-efecto de la pestilencia en la calle del Belmonte. Rubén sostiene la teoría de que un porro bien fumado es gloria bendita, cosa que no le niego, pero nos enzarzamos en la batalla de los olores o las pestes y se me cabrea porque le digo que no sé si es peor la que desprende él con ese perfume de aquella tienda de los cojones de Londres. Es normal que se enfade, pero no puedo con estos tufos de Abercrombie and Fitch, establecimiento que odio profundamente porque es el culto a la perfección, por ahí no paso. Rubén envidia a los efebos que se desnudan en la puerta enseñando el torso al personal que pasa por delante. Todos magníficos, peinados, sin un pelo en el pecho y con un cuerpo dotado de bíceps y tríceps en perfecto estado de revista y, hala, se mete dentro pensando que los tejanos *skinny fit* que ellos llevan nos quedarán bien al resto de los humanos. A tomar por culo. Y ese perfume que impregna todo el espacio. Y no solo eso... sino que el muy bobo se acaba gastando setenta y cinco libras por un frasco de ese

ambientador con ínfulas de perfume. Pues sí: entre la maría y el perfume, mejor el cánnabis. Tema resuelto.

Mientras paseamos por Joan de Borbó y nos adentramos por las calles de la Barceloneta, dejamos atrás restaurantes de magnífica predisposición al sagrado culto de la gastronomía. Ya veremos qué tal cenamos, en La Nuri esta. A mí estos restaurantes en primera línea de mar me recuerdan a mi infancia en Palamós, cuando mis padres y los abuelos paternos nos obligaban a los tres hermanos, con camiseta de Coca-Cola y bañador Turbo lleno de arena, a comer en un simulacro de bar unas gambas presuntamente de la zona. Eran los años ochenta y no he superado el trauma de aquel local situado a la orilla del mar, junto a una tienda de esas donde venden flotadores, aceites bronceadores, potingues por si te quemas por culpa de los aceites bronceadores, patos, gafas de sol, periódicos de aquí y de allá, revistas, chicles, helados, postales... ¿Postales? ¿Quién cojones compra postales en el siglo XXI? En aquella época, todavía... pero aún se ven. ¿Coleccionistas? ¿Gente *cool* que no tiene WhatsApp ni SMS y llega de vacaciones antes de que aterrice la postal?

Pienso en todo eso mientras Rubén, fornido abogado bronceado por los rayos uva del gimnasio de Gran de Gràcia, sigue caminando a paso ligero porque ha reservado mesa a las nueve y ya pasa de menos cuarto.

Oigo ruido cerca. Es ruido pero también es música. Términos radicalmente compatibles. Chunda, chunda. No entiendo esta música. Suena igual. Y le digo a Rubén que tal vez tiene razón con la peste de porro. Me mira con cara de decir: «Mi amigo se ha trastornado de golpe». Ah, claro, mejor la maría que las pastillas. No entiende nada y le facilito la traducción cuando le explico que, del mismo modo que no soporto aquella fetidez porque me marea, prefiero vivir mareado que morir empastillado. Se echa a reír. A mí esta música me recuerda a las pastillas. El sonido proviene de uno de los bares y las discotecas que rodean el hotel Arts. No entiendo el horario de estos ruidos infames. No son ni las nueve de una noche de mediados de mayo, ni siquiera ha oscurecido, y el chunda, chunda forma parte de la hora de las nanas. Vaya si estamos perdiendo los valores, como decía mi padre.

Se ve que el restaurante está abajo porque Rubén ha hecho un zigzag que me ha obligado a un cambio de ritmo para acabar descendiendo por unas escaleras que nos acercan a su objetivo: el puto pescado a la plancha. Estamos a ras de arena, caminando sobre una especie de maderas ruidosas, incrustadas por el Ayuntamiento a bajo coste mientras en la playa no hay ni un alma porque la temperatura, aunque es agradable, no permite ni magrarse con la vieja excusa de contemplar la inmensidad. No sé por qué cojones tenemos que ir a cenar al mar, si pescado a la plancha también hacen en el Tibidabo, en La Venta, por ejemplo. Pues no, Rubén, con la excusa de que será él quien saque la Visa, me arrastra hasta la arena. Menos mal que me he puesto unas Sebago viejas, que si se llenan de arena me da lo mismo. De momento, la madera aguanta las embestidas de mis zapatos y no ha entrado ni un grano. Un punto a favor de La Nuri de las narices.

Ya hemos llegado. El local es pequeño pero agradable. En el fondo, soy un romántico. Podría haber pensado agradable pero pequeño. Pero, de vez en cuando, me invade el positivismo y el sitio me ha parecido minúsculo pero entrañable. Además, nos dan una mesa que permite ver eso que los aprendices de poeta llaman la inmensidad del mar. De momento, bien. Nos sentamos. De hecho, hemos escogido la mesa que ha querido mi mecenas por esta noche. Tampoco hubiera hecho falta reservarla. En realidad, somos los únicos clientes del restaurante a excepción de una pareja de japoneses, él con cara de estreñido y ella, de aburrida. Les han tomado el pelo, pienso, porque están sentados a una mesa sin ninguna gracia al fondo de la sala, lejos de las vistas.

Nos traen la carta. Rubén pide una cerveza bien fría y yo prefiero lanzarme a los brazos del vino blanco. Él prefiere el tinto. Que se joda. Paga él, mando yo. Escojo un Abadal picapoll. Con cara de pocos amigos, que es como hay que exigir el vino, le ruego que esté tan frío que salga casi helado. Así no me traerán uno de esos vinos blancos que ponen en algunos restaurantes que es como si te tomaras un salmorejo. Rubén, siempre más amable y tierno, pide al joven camarero unos mejillones con ajo y perejil para picar. ¿Para picar?

Le digo a Rubén, casi a gritos, que mañana tendrá que hacer doble ración de cardio en el gimnasio. Sonríe. Miro la carta. Paga él. Magnífico. Tengo un amigo que dice que, cuando pagas tú, tienes que tapar con una hoja los platos y escoger por los precios y que, cuando paga el otro, pones la hoja en los precios y eliges los platos. En la carta leo: «Platos para compartir». Le pregunto a Rubén si quiere compartir o mantiene el absurdo del plato único. Educado que es uno. «Ya compartimos los mejillones», me dice. ¿Compartir mejillones? ¿Hay un alimento más pobre de compartir que un puto mejillón? De acuerdo, pediré primero y segundo. Me excuso diciendo que la caminata me ha abierto el apetito y que ya iré al gimnasio un día de estos. Me recomienda que vaya más a menudo «porque te está saliendo tripita». El cabrón me pone de mala leche con comentarios como ese. «Se te comerán los gusanos como a mí», le respondo con sonrisa de cínico. Se acerca el camarero. Es mono. Debe de tener unos treinta años, rubio, todo vestido de negro, amable... Un chaval que, visualmente, merece una nota alta. Le pido, con mi mejor sonrisa, un ceviche con mango, cebolla morada y cilantro de primero, y un lenguado con mantequilla de cítricos de segundo. Rubén mira la carta y dice, con voz de señor convencido, que quiere el rodaballo a la plancha con verduritas. Y, en efecto, confirma con otra sonrisa encantadora su rechazo a cualquier primero que pueda aportar calorías. Entregamos las cartas después de regalar sonrisas entre el camarero y los dos cretinos embobados con la belleza del chico.

Rubén me pregunta por el trabajo y le contesto que bien, que la crisis no me ha afectado, pero que, como soy autónomo, es una putada porque dependo de las contrataciones públicas o las privadas y que si no es una cosa, es la otra. Me reitera, como en cada cena, que le entusiasma mi trabajo, que qué envidia pero qué miedo.

Otro joven con cara de pocos amigos se acerca con la botella de vino de Abadal. Recuerdo haberlo descubierto una mañana que visité Món Sant Benet, en la comarca del Bages. Allí comí en el restaurante con un colega de trabajo que pidió este vino afrutado. Me pareció magnífico, por aquello de la relación entre lo que tomas y lo que pagas. Algo cada vez más insólito, dicho sea de paso.

Descorcha la botella y sirve. Me pone un poco para que lo cate. La gilipollez de costumbre a la que siempre respondo diciendo que no tengo ni puta idea y que eche sin miedo. No demasiado, eso sí, que si lo tienes mucho rato en la copa parece caldo. Le sirve también a Rubén, pero poco, porque le señala que está acabándose la birra. Deja el vino en un recipiente enorme que preside la mesa donde se mezclan hielos, aguas y sales. Levanto la copa, un clásico, miro a Rubén: «Por el más imbécil de los abogados del país. Y que cumplas unos cuantos más como mínimo». Entrechocamos las copas con suavidad y nos miramos a los ojos por aquello de las supersticiones, y contemplamos el mar como si fuésemos los amigos más felices del mundo. No es época de bañarse, pero sí resulta agradable contemplar el azul. De repente, mientras estamos en silencio, observo cómo dos hombres, o mujeres, o chicas, no lo sé, porque de lejos tengo que ponerme las gafas por la mierda de la miopía, caminan por la arena en diagonal, hacia la zona de las rocas. Saco las gafas de la chaqueta y me las pongo. Son dos hombres, de mediana edad, pongamos que entre los treinta y los cuarenta. Uno lleva camisa blanca remangada, a mi entender demasiado ajustada para marcar lo que, pobre, no tiene, unos pantalones color crudo con los bajos levantados y diría que unas deportivas blancas, aunque se le hundan en la arena blanda. El otro va con camisa negra, también con las mangas hasta los codos, camisa por fuera que demuestra que es más inteligente que su acompañante, y unos tejanos claros. Juraría que también calza deportivas. Caminan como si tal cosa. Hunden los pies en la arena, encorvan el cuerpo. Parece que todo lo hagan de forma maquinal. Qué curiosa es la vida. En pleno mes de mayo y dos chalados caminando por la arena de la playa de Barcelona camino del espigón. Reclamo la atención de Rubén y le pregunto por los dos personajes: ¿Amantes? ¿Amigos? ¿Compañeros? ¿DJ suministradores de pastillas en los bares de la zona? ¿Camareros de restaurante que han acabado el turno de mediodía demasiado tarde? Mi compañero de mesa exclama que estoy obsesionado con las derivaciones de mi trabajo, que siempre observo y busco conclusiones por todas partes. Puede que sí o puede que no. Pero tienen que estar muy enamorados, muy escarmentados, muy drogados o muy borrachos para abandonar la paz de cualquier bar de la zona e ir a parar a un triste espigón en esta época del año, donde, por mucho que la temperatura de hoy en Barcelona haya superado los veinte grados, aún no es tiempo de dar la nota.

Veo, a lo lejos, que todo es mezquino con los dos personajes que van empequeñeciéndose ante mis ojos hasta colocarse encima de una de las rocas.

El camarero joven trae los mejillones para compartir acompañados de un limón cortado y un pimentero enorme. Lo repaso de arriba abajo... al camarero, no al

pimentero. Rubén ataca el primer mejillón, le arranca el caparazón y se lo echa al colete. Sigo el ritual de ponerle limón al bicho, arrancarle el cuerpo con los dedos de la mano derecha y metérmelo en la boca a una voracidad inaudita. Acompaño el primer bocado con un trago de vino. Miro a Rubén, que, con la excusa del pescado a la plancha como plato único, echa mano de otro molusco, esta vez sin caparazón. El camarero se ha ido y, volviendo la cabeza hacia la derecha, observo cómo aquellos dos tarados hablan, visiblemente alterados, moviendo los brazos con contundencia. ¿De qué cojones deben de estar discutiendo? Rubén ataca el tercer animal.

3

No existe ninguna ley universal que explique qué decanta la balanza de un lado o del otro. No existe justicia ni lógica alguna contra el caos. Estamos aquí y no podemos hacer nada al respecto. Sobrevivir ya es mucho. Y es verdad que a algunos les destrozan la vida de pequeños y ya nunca pueden volver; otros arrastran los pecados de sus ancestros y tampoco salen adelante. A veces, solo es cuestión de estar en el sitio justo en el momento adecuado (y eso, uno tampoco lo controla). Nunca sufrí. No había nada que me consumiera. Tuve una buena infancia, rodeado de buena gente, que quizá no me dijo que me quería, pero hizo todo lo posible para que fuera feliz. No puedo pedir más. Pedir más sería cruel. Por eso, cuando el teléfono se iluminó por tercera vez, intuí un mal presagio. El caos que venía a devorar un orden establecido, una cotidianeidad hecha a mi medida. Antes, uno podía creer que, cuando dormía, estaba fuera de todo peligro, que pactaba una tregua con el mundo. Pero ahora el mundo hace tiempo que ha dejado de pararse, el mundo hace tiempo que ha decidido que el teléfono se ilumine por tercera vez y que la voz de mi hermano, Oriol, suene desesperada en el contestador:

Tete, soy Oriol, sé que es tarde pero es importante, por favor, llama en cuanto puedas, tenemos que hablar... de mamá... Tenemos que hablar, ¿vale?

No soporto que me llame «tete».
Segundo mensaje, a las 03.22 h.

Tete, soy yo, Oriol, no sé si has oído el mensaje o no... o quizá no lo he grabado bien, sé que es muy tarde, pero llámame, ¿de acuerdo? Llámame o escíbeme un mensaje y te llamo. Pero tenemos que hablar de mamá.

Tercer mensaje, a las 03.51 h.

Jofre, ¿no piensas mirar el puto teléfono en toda la noche? Soy Oriol. ¡Llámame, hostia, llámame, por favor!

Cuarto mensaje, a las 05.13 h.

¡Joder!

Quinto mensaje, a las 06.30 h.

...

En el último mensaje solo se le oía respirar, como si no le quedaran fuerzas para decir nada. Después colgaba. Tenía la voz agitada, débil. Lo supe una hora más tarde, a las siete y media. Después de escuchar la avalancha de mensajes preferí enviarle un WhatsApp. Enseguida vi que estaba en línea y las dos marcas se pusieron azules. No pasaron ni cinco segundos y su nombre apareció como una amenaza en la pantalla.

—Tendríamos que vernos en cuanto puedas. —Ahora la voz sonaba ronca y turbia.

—¿Esta semana? —respondí por inercia.

—Mañana —afirmó con precipitación.

—¿Qué le pasa a mamá?

—No le pasa nada.

—¿Entonces? Mira, Oriol, voy muy liado. Tendría que ser por la noche.

—¿Antes no puedes?

—No, no puedo.

Era mentira, simplemente no quería.

—De acuerdo —aceptó—. Mañana por la noche.

—¿Dónde quieres quedar?

—En la playa. En el espigón de la Mar Bella.

Y colgamos.

Oriol se trababa con las palabras y hacía unos silencios extraños, parecía que pudiese cometer una animalada en cualquier momento. Pero no era la primera vez que la urgencia le colapsaba los sentidos. ¿Había dicho el espigón? ¿En la playa? Hijo de puta, ¿precisamente ese espigón? Siempre he odiado ese rincón de la playa. Y él lo sabe. ¿Por qué en ese lugar y no otro? Siempre he odiado la playa. Y también lo sabe. Nunca he entendido por qué la gente se aglutina en tan pocos metros cuadrados, rodeada de arena pegajosa, con vecinos estúpidos, con los críos corriendo... y el agua. Fría y sucia. Mamá siempre nos obligaba a los tres hermanos a ir a la playa. Y cuando estábamos en la playa, nos obligaba a tirarnos al mar. Le daba lo mismo si no habíamos hecho la digestión o no nos encontrábamos bien. Decía que el agua del mar, la sal del mar, lo curaba todo. Y entonces dejábamos a Mireia, nuestra hermana pequeña, con palas y rastrillos, haciendo castillos de arena. Oriol y yo corríamos, saltábamos las olas, hasta llegar muy adentro; el primero que tocara la boyita podía mandar toda la mañana. Y, normalmente, mandaba yo, como buen hermano mayor y cruel. Aquellos veranos debo confesar que nos divertíamos. Mi hermano pequeño para mí era una mezcla de mejor amigo y tocapelotas. No quería pasar mucho tiempo a su lado, pero no podía separarme de él.

—No puedo, me ahogo —protestaba Oriol, que se cansaba al cabo de poco.

—¡Vamos, un poco más, marica!

Los dos, a punto de sacar los pulmones por la boca y con el corazón que latía a

mil por hora.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ya lo sabes, idiota.

Competíamos, porque entre hermanos solo se puede competir, para ver quién aguantaba más tiempo con la cabeza debajo del agua. Mientras uno se hundía, el otro contaba en voz alta, pero claro, el desgraciado de Oriol contaba lo más despacio que podía, y la competición siempre acababa con bronca fraterna y alguna patada o un escupitajo... y decidimos cronometrar.

—Veinte segundos —decía mientras le enseñaba el reloj para que no tuviese ninguna duda.

—¡Y una mierda! —gritaba—. ¿Y tú, treinta?

—Soy más mayor —le recordaba.

—No te lo crees ni tú. Haces trampas.

—No me toques los cojones.

Alguna vez había imaginado que le agarraba la cabeza con las manos, bien fuerte, y lo ahogaba mientras contaba hasta treinta, cuarenta o doscientos, o hasta llegar a infinito. Pero era un odio de estar por casa. Después, cuando me marchaba a estudiar inglés a Londres cada Navidad, o cuando me iba quince días de campamentos, lo echaba de menos. Era mi hermano, joder. Evidentemente, nunca se lo decía, porque si algo bueno tienen las familias es que no hace falta decirle a la gente que la quieres.

—Veinticuatro, veinticinco, veintiséis... —Y él sacaba la cabeza como si apareciese en otro planeta.

—Vale... Has ganado...

Cuando teníamos los labios morados del agua fría y la sal, y ya estábamos hartos de discutir por dos o tres segundos de margen, cuando veíamos que nuestra madre se levantaba de su silla y nos buscaba de un lado a otro o alzaba los brazos con una revista en las manos, entonces volvíamos nadando hacia las toallas y Mireia nos preguntaba adónde habíamos ido y por qué no la habíamos llevado, y nuestra madre, con gafas de sol y las uñas recién pintadas, nos decía:

—Es vuestra hermana pequeña, haced el favor de estar más pendientes de ella.

Ser el hermano mayor en mi familia era una responsabilidad traicionera. Primero porque debía demostrar continuamente que era mejor que Oriol y luego porque también debía demostrar que nuestro padre (una especie de ausencia con huesos, voz y poder) era un dios tocado por una varita mágica. Lo veíamos poco o nunca. Porque el negocio familiar, los hoteles, le chupaba el tiempo como un vampiro. Nuestro padre, ahora puedo decirlo, no tuvo un gran talento para los negocios ni tampoco con sus hijos, pero era un virtuoso fingiendo que trabajaba y estaba absolutamente ciego para prever el futuro. Sabía engatusar a la gente y hacerse querer por conocidos y saludados. Pero, cuanto más lo conocías, más fácil era que te decepcionase, que vieras que había nacido rodeado de talento y solo repartía mediocridad.

Si nuestro padre hubiese conservado un poco de sentido común, los

acontecimientos no se habrían precipitado de aquella manera... Heredó una buena fortuna y no fue un imbécil derrochándola. Los abuelos habían ganado mucho dinero abriendo hoteles. A partir de la fonda de un tatarabuelo, cuyo nombre ya no recuerdo, habían construido un hotel en la calle Pelai; después compraron otro, bastante más lujoso, en la calle Còrsega con Roger de Flor. A mediados de la década de los sesenta, cuando la dictadura necesitaba lavar su imagen como pudiera y empezaba tímidamente a entrar el turismo en Barcelona y la Costa Brava, el abuelo Ramon fue lo bastante listo para hacer buenas inversiones. En poco menos de siete años, remodeló un antiguo balneario de Menorca, compró uno en Calafell y construyó otro en Castelló d'Empúries, el Emporium, recuerdo el nombre porque lo bautizó mi madre. En los años ochenta, teníamos casi una veintena, y la tímida democracia era el anzuelo perfecto para nuevos inversores. Poco a poco, el abuelo Ramon, cansado y hastiado del imperio hotelero también en Francia y la costa Amalfitana, fue delegando todo el trabajo en mi padre.

Nosotros, cuando no estábamos en el espigón de la Mar Bella, pasábamos los veranos en Menorca o Castelló d'Empúries, dependía de los gustos de nuestra madre. Vivir en un hotel era asqueroso. No teníamos intimidad, todo había que compartirlo con los turistas, la gente iba y venía... Supongo que para nuestra madre era lo más cómodo, porque la liberaba de trabajo, pero para nosotros era imposible reunir una pandilla de amigos, porque los chicos de nuestra edad pasaban allí una semana o dos y después se iban... Los trabajadores nos trataban con tanto servilismo que habrían sido capaces de lamernos el culo después de cagar si se lo hubiésemos pedido. Al principio era divertido; con el paso de las semanas, desesperante.

Mireia se quejaba porque quería salir más, su adolescencia fue la peor de las enfermedades; Oriol lo criticaba todo porque decía que el dinero era el principio de todos los males, sus lecturas le hacían creerse más inteligente de lo que era en realidad, y yo ayudaba a nuestra madre, porque en casa ser el hijo mayor a menudo quería decir sustituir a nuestro padre.

En el otoño de 1992, en plena resaca de los Juegos Olímpicos, que habían supuesto una inyección de ingresos para los hoteles que no podíamos ni imaginar, a la abuela Dolors le diagnosticaron un cáncer de hígado. Parecía que nada tuviese lógica; cuando mejor iban los negocios, cuando todo tenía un orden, llegaron los vómitos y la quimioterapia. Ella, que asistía a misa todos los domingos, que nunca bebía ni un trago de nada, que se cuidaba mucho más que el abuelo, se consumió hasta los huesos, con la piel arrugada de la fruta seca.

Le dieron cinco meses, aunque duró tres, porque el abuelo se hizo traer de Dinamarca, de forma ilegal, como es lógico, unos calmantes que en grandes dosis causaban un efecto definitivo. De modo que aquella noche, cuando ella ya estaba en casa porque en el hospital no podían hacer nada, al acabar de cenar, el abuelo la acompañó a la cama ayudado por la cuidadora, cerró la puerta de la habitación, llenó dos vasos de agua, vació una caja entera, media por vaso, y brindó con ella. La pobre

no sabía ni qué se tomaba. Después, el abuelo se tumbó con ella, sacó una cinta del cajón de la mesita de noche, escucharon *Tu ch'hai le penne, Amore* de Caccini y la cogió de la mano. Los encontraron al día siguiente, tendidos en la cama con la cara plácida. Nuestro padre nunca nos explicó la escena. Solo sé que los cuerpos no entraban en el ascensor y tuvieron que romperles las piernas.

El entierro fue tan suntuoso que nuestra madre decía que parecían faraones. Un montón de gente endomingada a la que no conocíamos. Alguien dijo, no recuerdo quién, que el abuelo había cumplido el mayor acto de amor. ¡Me cago en la puta! ¿Desde cuándo huir es un acto de amor? Al abuelo le daba tanto miedo vivir sin ella, la decadencia de su propio cuerpo, la soledad de llegar al piso y que las paredes se le cayeran encima, le asustaba tanto ver que los negocios que había levantado a base de sudor, sobornos o vete a saber cómo se iban a pique por culpa del inepto de su hijo, que tomó la decisión más sencilla y menos dolorosa, dormir. Dormir para siempre. Lo habían dejado todo por escrito y lo habían preparado con tanta meticulosidad que daba angustia.

—¿Cómo pueden haber muerto por casualidad el mismo día? —preguntó Mireia, a la que no sé qué historia le habrían contado.

—Porque se han suicidado, idiota —respondió Oriol, con las gafas de sol puestas y un cigarrillo colgando de los labios.

—¡Cállate, coño!

—¿Es mentira? —replicó él.

Los abuelos desaparecieron sin que eso significara ningún cambio, ninguna revelación en nuestra existencia. Habríamos llorado más si hubiese muerto algún animal doméstico que nunca tuvimos.

Tengo el despacho en la Via Augusta de Barcelona, cerca de la Diagonal. Buena zona, alquileres razonablemente altos y cerca de todo. Es un despacho en el que, cuando hace calor, sudas, y cuando hace frío, te hielas. En comparación, pago más de luz (no tengo gas) que de alquiler.

Está situado en el entresuelo, al cual solo se accede por escaleras, porque el arquitecto que lo diseñó decidió que, para llegar a ese despacho, mejor a pie que en ascensor. El ascensor empieza a parar en el primero, aunque hace cinco años pacté con los vecinos construir un salvaescaleras en la barandilla de madera que une la planta baja con el despacho. Todo, porque un día tuve de clienta a una mujer que, víctima de una paliza a manos de un examante, vino en silla de ruedas y tuvimos que subirla a peso entre varios amables vecinos. Dije basta. No solo por la vergüenza que supuso para aquella mujer que la elevaran monárquicamente cuatro súbditos, sino por el dolor de espalda, hombros y cervicales que me dejó en herencia aquella investigación rápida y bien resuelta.

Sí, soy investigador aunque en la entrada de mi despacho figure un eufemismo intencionado: «Albert Martínez Boixadera. Asesor». Sé que llamarse Albert más Martínez más Boixadera no es nombre ni de investigador privado, ni de protagonista de novela ni de héroe frustrado. Es nombre de nada. Es el vacío. Es pasar inadvertido siempre. Mejor así. No quiero ser ningún héroe ni sobrevivir a los titulares de los periódicos. Quiero ganar pasta e inflamarme de éxito gracias a que resuelvo los casos, y cuanto más rápido, mejor. Cuando cierras los círculos en menos tiempo, entra más trabajo. Y más trabajo significa más pasta. Porque, contribuyendo a la evolución de la economía del país, todo lo que entra siempre es bueno que salga. Y así lo hago yo. Gastar, gastar y gastar. No tengo herederos, no tengo hijos, no tengo hermanos, no tengo sobrinos. No tengo nada. Me tengo a mí mismo y a cuatro conocidos. Por tanto, para que el dinero pase al Estado, invierto con egolatría.

En casa siempre veíamos películas de miedo. A mi madre le gustaba el Hitchcock de *Los pájaros* o una película que todavía me tiene aterrorizado, *La escalera de caracol*. Crecí rodeado de libros de Agatha Christie de la editorial Molino y novelas de Montalbán. Son cuatro titulares para que observéis que, mientras los demás aprendían o reían, yo investigaba o pasaba miedo. Era de los que en clase adivinaban quién mentía y quién decía la verdad al profesor. Aunque, para que quede claro, una cosa es tener miedo y otra, pasar terror.

Tete, soy Oriol, sé que es tarde pero es importante, por favor, llama en cuanto puedas, tenemos que hablar... de mamá... Tenemos que hablar, ¿vale?

No hay nada peor que un mediocre motivado. Decía el abuelo, con un puro en la boca, después de comer en un restaurante de lujo del paseo de Gràcia. Aunque lo que más le gustaba, justo cuando traían la cuenta y mi padre hacía ademán de pagar, era: «La paciencia me la agotarás, pero el dinero, no».

Después de unos meses de luto por el suicidio de los abuelos, mi padre vio una buena oportunidad para hacer crecer el negocio, pero la idea le duró poco, sobre todo porque mi madre le hizo entender que era más complicado conservar que enamorar, y que en aquel momento todo le venía de cara y que sí, de acuerdo, tal vez se viera con fuerza y proyectos, pero hacía falta pensar en el futuro, hacía falta saber administrar bien el patrimonio y no levantar castillos en el aire.

Recuerdo discusiones entre mis padres, cuando Mireia ya estaba acostada; recuerdo que mi padre le recriminaba que no confiase en él y, a pesar de que mi madre era muy avispada y lo adornaba con las palabras más dulces, tenía toda la razón. Su mujer, más lista que el hambre, no se fiaba ni un pelo de aquel huérfano cincuentón, calvo, con gafas y un poco de sobrepeso que sudaba como un descosido. Por eso vendieron algunos hoteles. No sé cuántos. Sobre todo los de Francia e Italia, y mi padre se justificaba diciendo que ya estaba harto de viajar de un lado a otro. Le habían dejado patrimonio suficiente para vivir él, sus tres hijos, nuestros hijos, nuestros nietos y nuestros bisnietos.

Pero nada puede calcularse para siempre. Y los números de mis padres nunca los tuvimos claros. Eran un misterio. En primer lugar, porque mi madre era aficionada a quejarse por cualquier cosa, nada le parecía lo bastante bueno y podía dejar de ir a comprar a una tienda porque el precio de los tomates era diez céntimos más caro que en las demás. La austeridad, mucho antes de que la inventasen los políticos, era la manera de vivir de mis padres. En segundo lugar, porque perdieron dinero a capazos en un fondo de inversión para ineptos. Y, después, porque a medida que pasaban los años, Mireia, pero sobre todo Oriol, con sus caprichos y sus fracasos, fueron gastando cantidades ingentes de billetes.

—Mamá, a lo mejor no tendríais que gastar tanto dinero en los hijos.

—¿Gastar? ¿Qué quieres decir? —repetía ella con tono de ingenuidad.

—Que ya somos mayorcitos, que tenéis que dejar que nos equivoquemos solos.

—Pero si ya os equivocáis, Jofre, y mucho.

A mi padre le gustaba, de vez en cuando, dejar claro que él gestionaba hoteles y nosotros aspirábamos a oficinistas.

—Si Mireia se saca el carnet y quiere un coche, que se lo pague ella, y si Oriol

necesita un piso de cien metros cuadrados y...

—Si ya te entiendo, Jofre, ya te entiendo...

Y en la mayoría de las conversaciones acababan diciendo que ellos lo entendían todo, que ellos no se preocupaban por nada, y claro, la mierda de una generación siempre apesta a la siguiente. Cargamos con los pecados de nuestros ancestros, pero no solo con eso, sino también con las malas decisiones y su afán de vivir como si no existiese el mañana.

A menudo intentaba hablar con mis hermanos y explicarles que, si no nos poníamos de acuerdo, acabaríamos mal, pero ellos no me hacían caso. Discutíamos en muchas de las comidas familiares, que eran los pocos momentos que pasábamos juntos, y todos seguíamos siempre el mismo guion. Llegaba puntual con Gemma, mi mujer, y saludábamos a todo el mundo. Mi madre estaba en la cocina. Mireia ya había llegado diez o quince minutos antes, sola o con algún novio estacional, porque no solían durarle mucho. Charlábamos de tonterías, mi padre únicamente sabía hablar de fútbol o del último aparato electrónico que no sabía utilizar.

—Tiene que venir alguien a instalarnos el *router*.

Gemma se sentaba con mi madre en la cocina, se servía una copa de vino blanco —imprescindible para soportar cualquier comida o tránsito de más de dos horas con mi familia— y le respondía a todo que sí. Nunca le pregunté de qué hablaban, nunca lo quise saber. Mi padre me cogía por banda y me explicaba que en la tienda de informática le habían asegurado que si compraba en ese momento una pantalla de plasma haría el ridículo, que lo mejor era apostar por los televisores de siempre, pero que debía invertir (y eso era una apuesta segura) en el minidisco, que el minidisco era el futuro. Y entonces me sacaba un par y me preguntaba qué me parecían. Y yo, años atrás, con veintipocos años, siempre le decía que qué coño hacía gastando dinero de aquella manera, pero con el tiempo aprendí que no, que si a él le hacía ilusión, quién cojones era yo para decir nada.

—Muy bien, papá. Si a ti te gusta... parecen muy... útiles.

Mientras tanto, Mireia y Pau (o Miquel, o Guillem o comoquiera que se llamase, no pienso dedicarle ni media neurona) se sentaban en el sofá y a veces, ella, si aquel tío le gustaba de verdad, le enseñaba fotos nuestras en la playa o en diferentes hoteles, cuanto más lejanos, mejor, cuanto más lujosos, más se entretenía, todo para darse importancia, para mejorar la autoestima, porque a Mireia, en aquella familia, la queríamos poco y mal.

Y después llegaba Oriol, con alguna excusa de mierda, le daba un beso a nuestra madre, le contaba cualquier gilipollez sobre los minidiscos a nuestro padre, que si en Japón todo el mundo tenía uno y era el último grito, y todos contentos. Y así pasábamos las comidas familiares. Después, con el café o quizá la copa, las conversaciones se agriaban, todo empezaba con un chiste poco afortunado o un comentario mordaz que alguien se tomaba peor de la cuenta. Y en la mesa mi madre solía preguntar, para relajar el ambiente, si Gemma y yo tendríamos hijos. Y, llegado

el momento, los tuvimos: Clara y Roc (tan parecidos a su madre que a menudo me da miedo). Entretanto, Oriol iba y venía de Londres con su nuevo proyecto musical, que nadie conocía, y Mireia vivía en un piso de estudiantes con trabajos temporales mal pagados y pensando que siempre tendría veinte años.

Nunca habíamos tenido ningún talento para los estudios ni para el mundo profesional. Tal vez porque creíamos que ya nos vendría todo hecho de casa. Y esperábamos sin mucha fe que algún día nos tocara gestionar un hotel.

Así de miserables podíamos ser.

Los años nos pasaban por encima de forma discreta pero letal. Cada Navidad, cada cumpleaños, cada excusa para encontrarnos, cada domingo de cada quince días, siempre el mismo ritual, siempre las mismas caras y las mismas palabras, siempre los mismos problemas inocuos, hasta el 31 de diciembre de hace cinco años.

No olvidaremos jamás aquella noche.

Después de haber cenado demasiado, después de las doce campanadas, mi padre quiso hacer un brindis.

—¡Por el futuro y por los que lo veréis! —proclamó con la copa bien alta.

Roc y Clara dormían en la habitación de invitados.

—Vamos, papá, no te pongas melodramático —dijo Mireia agarrada del brazo de un londinense de nombre impronunciable.

Y entonces se hizo un silencio denso, incómodo. A mi madre le cambió la cara, como si toda aquella noche hubiese hecho teatro. Nuestros padres se miraron de reojo. Apagué el televisor, porque la monotonía de las canciones me daba dolor de cabeza. ¿Qué pasa? Mi padre nos hizo sentar a los tres hermanos y a Gemma.

—¿Queréis otra copa? —propuso; él, que nunca bebía.

—No —contestó Oriol dejando la copa de cava sobre la mesa.

—Vosotros os lo perdéis. Es un champán buenísimo que me han traído...

—Papá —interrumpió Mireia.

—¿Qué? —susurró sin levantar los ojos del suelo.

Parecía que de pronto un peso insoportable le cruzase el estómago. Guardó silencio un rato largo y mi madre le acarició la mano. Ellos, que jamás se tocaban.

—¿Qué tienes que decirnos?

El camarero vuelve a verter el picapoll en la copa de vino. La mía, se entiende. El puto Rubén tiene la misma cantidad de líquido que cuando aquel chaval le ha puesto un dedo la primera vez. Hace una hora, cuando empezábamos a arrancar mejillones. Mientras mi copa se llena le miro de reojo, avergonzado, porque la botella de vino del Bages está prácticamente vacía. Me la he pimplado entera yo solo. Quedan las raspas del lenguado y la mantequilla de cítricos. He dejado una ridícula patata hervida en una esquina del plato. Allí, abandonada, observo mi ridiculez: ¿por qué no me la he comido? ¿Porque estoy lleno, porque es demasiada comida, porque no quiero parecer un tragón? ¿Por qué? No lo sé. Rubén sigue comiendo como un pajarito, como un jilguero para ser exactos. Tan pulcro él. Llevándose la servilleta a la boca para limpiarse los labios cada vez que quiere hablar. Tan educado que está sentado derecho en la silla. Tan autocontrolado que ha comido lo que ha comido, se ha bebido la cerveza, ha pedido agua con gas, y adiós muy buenas.

Empieza a anochecer, la oscuridad no me permite ver el mar, ni a aquellos dos cretinos desconocidos que hablan desde hace una hora en el espigón. Hace un rato que los he perdido de vista. No hay peor luz que la mezcla de la diurna con la nocturna. De hecho, es cuando se producen más accidentes de tráfico. No sabes ni qué ves, ni cómo lo ves ni a qué luz debes interpretarlo.

Rubén me amenaza con ir a tomar una copa a un extraño bar del «gaixample». Ni de coña, pienso. Le dejo hablar porque, en estos casos, la experiencia me ha enseñado que, en una cena, jamás se dice de entrada que no. En todo caso, se deja alguna duda. «Puede que sí, ya veremos». Y tiene más fuerza la segunda parte de la frase que la primera. Y tema zanjado. Si dices que no de entrada, se pasan toda la cena insistiendo, suplicando y, en algunos casos, insultando, si no sigues la cuerda de quien lleva la voz cantante. Quien propone tomar la copa siempre es el que en casa ha recibido el pase de pernocta que no suelen concederle nunca, el que más liga o el más alcohólico o drogadicto.

No soy ninguno de los tres casos. Vivo solo, ligo lo que puedo y bebo alcohol de forma controlada y no me drogo. O sea, que le he dicho a Rubén que ya veremos, pero la decisión la tengo tomada desde el primer instante: no.

Mientras me cuenta que le apetece ir a ese bar, que no entiende que no haya ido porque es uno de los más conocidos de la ciudad, que es imperdonable, que soy muy aburrido, que hoy seguro que ligamos, que mañana ya te acostarás más temprano y que será la hostia lo que nos vamos a reír, he acabado de perder la poca atención por lo que me dice y, de repente, alguien camina trazando una diagonal hacia el suelo de madera que separa la zona de restaurantes de la arena de la playa. Me parece que es uno de los chicos, señores, hombres, que han ido hacia el espigón. Un espigón que, a la luz naranja de las tenues farolas, está vacío de vida humana. El personaje es el que lleva la camisa negra arremangada por fuera de los tejanos. Camina con paso firme,

levantando arena a cada paso que da. Solo. Absolutamente solo. Radicalmente solo. Eran dos. Queda uno. Por lo tanto, falta otro. No sé dónde está. No sabemos dónde está. Rubén se ha callado cuando, mientras hablaba de los chicos que veríamos en aquel bar de los cojones, le he soltado: «¿Dónde está el otro?». El otro no está. «Qué raro», solo expresa mi acompañante. Pero sí, es bien raro. Podría haber salido detrás del chico de negro, pero he pensado que era extralimitarme en las funciones mínimas de un investigador.

Viene el camarero rubio. Entre el pesado de Rubén y la subida del alcohol al cerebro, estoy a punto de pedirle un cambio: que se venga él conmigo y Rubén se quede a poner el lavavajillas. Nos pregunta si queremos algo de postre. Rubén dice que un café bien cargado, que esta noche tiene ganas de marcha. Yo, dejándome llevar por las amables calorías, un *coulant* de chocolate amargo.

Y más amargo que me pareció cuando, al día siguiente, confirmé mi incapacidad para hacer caso de mis sospechas de la cena: que uno se iba, pero el otro seguía en el espigón.

Tete, soy yo, Oriol, no sé si has oído el mensaje o no... o quizá no lo he grabado bien, sé que es muy tarde, pero llámame, ¿de acuerdo? Llámame o escíbeme un mensaje y te llamo. Pero tenemos que hablar de mamá.

—¿Qué tienes que decirnos, papá?

Algunos llevamos el dolor inserto en el ADN. No tenemos escapatoria. Lo arrastramos desde hace generaciones y parece que, por mucho que lo intentemos, no hay nada que hacer. Los abuelos tomaron aquella decisión y, con los años, a pesar de que al principio me parecían unos cobardes, los entendí. Y mi padre estaba sentado ahí, con la cara desdibujada, mientras mi madre nos observaba como si no formase parte de la escenografía.

—Lo he vendido todo. —Y echó un trago largo de la copa.

—¿Qué?

—Todo.

Sabíamos que aquellas cuatro letras, aquella palabra diminuta, aglutinaba decenas de propiedades y mucho dinero, mucho. Los tres hermanos nos miramos con incredulidad. Oriol buscó rápidamente los ojos de nuestra madre, pero ella hacía tiempo que había dejado de mirar nada.

—¿Qué quiere decir que lo has vendido todo, papá?

—Los hoteles, los fondos de inversión, las plazas de aparcamiento, los pisos de la costa, todo. Todo.

—Me parece muy bien —dije, para quitar hierro al asunto.

—¿Y qué habéis hecho con el dinero?

Entonces volvió a llenarse la copa de cava y bebió de nuevo, muy despacio, como si él controlase el tiempo y quisiera que aquel momento se alargara. Durante unos segundos miré a mis padres allí sentados, ricos y desamparados... No era compasión ni tristeza; pensaba que hacían bien, pensaba que, si yo no formase parte de aquella familia, me parecerían personas agradables. Pero claro, no es lo mismo el hombre que mira el mar desde la playa que el marinero que lo observa desde el barco.

—¿Y por qué lo has hecho, papá? —preguntó Mireia.

—Porque estoy enfermo. ¿Sabéis qué es la esclerosis?

—¿Qué tipo de esclerosis? —Ninguno de los tres hermanos nos lo podíamos creer.

—No es un lateral izquierdo que haya fichado el Barça —dijo, con la copa en la boca, mientras reía; nadie más lo hizo.

No tenía gracia; en realidad, daba mucha pena.

Empezaba a ir bebido, pero mi padre dominaba la información y sabía dosificarla. Habíamos cenado como si nada toda la noche, habíamos discutido poco, habíamos

hablado de política y fútbol, y de repente pronunció la palabra «esclerosis» y siguió bebiendo.

—Mirad, yo no os lo quería explicar. Estas cosas cuesta decirlas. Yo habría preferido callármelo, hasta que no quedase más remedio, pero ya sabéis cómo es vuestra madre. Lo he hecho por ella. Ella quería que os lo contara. Y me ha dado tanto la tabarra que... No me preguntéis qué clase de enfermedad es, ni qué supone, no quiero hablar del tema, no me apetece. Tampoco es de vuestra incumbencia. En pocas palabras, me muero, la putada es que no me muero de golpe, y la otra putada todavía más gorda es que no soy tan valiente como los abuelos, yo me agarro a la vida. Así que me veréis adelgazar, perder la capacidad de hablar, de caminar, de moverme, de todo... Acabará en silla de ruedas... Pero yo también tengo un límite, ¿sabéis? He hecho un pacto con vuestra madre: os lo explico, pero tengo que pedir os un favor.

Era terrible, pero antes de que nos lo pidiese, yo, no sé por qué motivo, ya sabía qué quería.

—¿Qué favor, papá?

—Quiero que me ayudéis. No quiero sufrir. Quiero que, cuando llegue el momento, alguno de vosotros me ahorre el sufrimiento. El dolor es inevitable, pero el sufrimiento, no.

—¿Qué?

Mireia no podía asimilar tanta información en una noche.

—¿Quieres que te matemos? —espetó Oriol.

Mi madre, por primera vez, levantó los ojos del suelo. Quería llorar, le brillaban, pero resistía.

Nos quedamos noqueados. Sin nada que decir. Era evidente que no le haríamos aquel favor, era evidente que no queríamos saber nada de últimas voluntades. No nos quedaban ganas ni de hablar de dinero. Mi padre se levantó del sofá y fue a buscar otra botella de cava; desde la cocina nos dijo, a gritos, que nunca pedía favores y que, de no habernos necesitado, no lo habría hecho, que prefería a alguien de su sangre que contratar a cualquier desgraciado. Gemma me agarró fuerte de la mano. De repente, todo adquiría un tono de cinismo decadente que no lográbamos entender.

—Me voy —dijo Oriol, que no le dio ni dos besos a nuestra madre.

—¿Adónde vas? —preguntó mi padre, que llegaba con la botella ya descorchada.

—A casa, quiero descansar.

—Esta es tu casa. Es la casa de todos. *Oh, benvinguts, passeu, passeu, de les tristoris en farem fum...*^[1] Y sé que no me lo habéis preguntado, pero sí, estoy bien y, sobre todo, no os preocupéis por el dinero.

Oriol ya no dijo nada más. Se había abrigado y había cogido el casco de la moto. Mientras mi madre se levantaba para intentar convencerle de que no se fuera, él ya huía escaleras abajo. Mireia se echó a llorar. Era un llanto silencioso, parecido al de mi madre, pero menos contenido. La abracé. Creo que fue una de las pocas veces que

me abracé con mi hermana, el pelo le olía muy bien y sentía latir su corazón a sacudidas en el pecho, los gemidos y los pulmones. En casa, solo nos tocábamos cuando moría alguien.

Mi padre se sentó en el sofá y siguió bebiendo. Parecía que aquella alegría de tenernos a todos delante y decirnos que se iba a morir se había esfumado en cuanto Oriol había atravesado la puerta. Le pregunté a Mireia si quería que la acompañara a casa y me dijo que no, que se iría con el pobre infeliz que había presenciado todo aquel teatro. Gemma y los niños se marcharon y yo me quedé con mis padres. No porque tuviese muchas ganas, pero al mirar a mi madre me dio la sensación de que era una mujer vulnerable, de que podía hundirse con solo soplar. Me pidió que me fuera, pero yo sabía que en el fondo se alegraba de verme allí.

—¿Te parezco loco? —preguntó mi padre.

—No.

—No habéis dicho nada, solo os habéis ido.

—¿Qué querías que dijésemos? Lo que nos pides no es un favor.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo llamarías tú?

—No sé cómo lo llamaría, pero ni yo, ni ninguno de nosotros, puede hacerlo.

—Es la manera más sincera de demostrarme que me queréis, haciendo que no sufra.

Me quedé hasta bien entrada la madrugada. Ayudé a mi madre a recoger los platos y las sobras de la cena. Ella, no podía evitarlo, me preparó un táper para ahorrarnos trabajo a Gemma y a mí. Mi padre se quedó sentado en el sofá, inmóvil, meditando, con la copa en las manos, hasta que se durmió. En casa teníamos la costumbre de no hablar nunca de los problemas, imaginando que de este modo se esfumaban por arte de magia.

Aquella noche, cuando volví a casa, con las manos en el volante, sentí que mi cuerpo había mutado, que era diferente. Quizá un pequeño acceso de fiebre, un frío doloroso en los huesos. En la cama me esperaba Gemma con los ojos abiertos, los niños dormían. Ella quería hablar, a mí mis padres me habían contagiado las ganas de no hacerlo, yo la quise abrazar y, cuando lo hice, intuí que su cuerpo me resbalaba entre los brazos y las piernas. Tal vez no fuera ella, tal vez fuese yo, que me estaba convirtiendo en otro.

Al día siguiente me llamó Mireia, necesitaba desahogarse. Yo llamé a Oriol, pero siempre saltaba el contestador. Así dejamos pasar unos cuantos días, unas cuantas semanas, disimulando, mirando hacia otro lado, como si, en el fondo, la última hora de aquella Nochevieja hubiera sido un delirio de nuestro padre, una broma de mal gusto. La broma se acabó cuando una tarde, en el parque, mientras Roc y Clara jugaban, sonó el teléfono y vi que era el número de mi madre.

—Dime.

—Te llamo desde el móvil de tu madre —dijo mi padre con la voz ronca.

—¿Por qué?

—Porque no sabía si me contestarías o no. Mira, Jofre, yo sé qué piensas de mí, y tú sospechas lo que yo pienso de ti. No quiero recriminarte nada, no quiero que tengas ninguna deuda pendiente conmigo. Eres el único al que me atrevo a llamar porque eres el único que tiene dos dedos de frente en este nido de víboras. Cuando llegue el momento, necesitaré tu ayuda. Y la necesitaré de verdad.

—Papá, ya lo hemos hablado.

—No, no lo hemos hablado. Os levantasteis y os fuisteis.

—Mientras tú seguías riendo y bebiendo.

Hizo una pausa, tal vez sospechaba que en el fondo tenía un poco de razón.

—Tienes razón. Me equivoqué. Quería hacerlo distendido. Quería que no pareciese un gran problema.

—Es un gran problema —sentencié.

—Sí, ya lo sé. —Le oí respirar a través del teléfono, entre largas respiraciones y largos silencios, él, que en toda su vida se había permitido el lujo de dudar—. ¿Podemos vernos esta noche, tú y yo solos?

Quedamos en una pequeña cafetería de la calle Ravella, esquina con Modolell. Una calle estrecha de la zona alta, cerca de la plaza Adrià. No quería que nos viesan en ningún hotel (ni de los nuestros ni, lógicamente, de la competencia), porque el mundo es un pañuelo y todos nos conocemos. Y en aquel antro, vi por primera vez a un hombre débil, lleno de dudas y temores. Me hablaba de mi madre, adoptando un tono afable, a veces titubeaba... No me explicó nada nuevo: todo el esfuerzo que había llevado auestas con el trabajo de los hoteles, anécdotas imposibles del abuelo, recuerdos de la posguerra, los años perdidos yendo de acá para allá, la ternura hacia mi madre... El discurso lo había oído cientos de veces...

Lo miraba callado, mientras pedía otra Coca-Cola y él sonreía. Tan pocas veces le había visto sonreír que no le recordaba el gesto. De pronto me fijé en sus manos, rugosas y envejecidas. Mi padre guardaba grandes silencios y me sostenía la mirada.

Nada de todo aquello me habría convencido de no haber sido porque, justo antes de irnos, me agarró la mano.

—No lo hagas por mí. Hazlo por tu madre. Quiero que viva los años que le quedan con una buena calidad de vida, y si tiene que ocuparse de mi cuerpo, solo de mi cuerpo como una carga, será una condena. No le deseo tanto mal, no quiero causaros problemas. ¿No te das cuenta de que todo el mundo sale ganando?

Con su muerte todo el mundo salía ganando... Qué manera más racional y sincera de entender la situación. Lo había conseguido, por medio de mi madre, con un chantaje emocional delicado, quirúrgico. Me acabé la Coca-Cola, dije que sí y me fui.

Cuando estaba en la puerta del bar, mi padre se levantó para pagar la cuenta, se me acercó y, sin mirarme a los ojos, en voz baja, casi imperceptible, pronunció un pequeño:

—Gracias.

Soy gay pero no marica. Es que no las aguanto. Esas plumas, esos gritos, esos desfiles, ese uso del femenino, esa manera de caminar... Que no. Que así, no. Rubén no tiene pluma. Tiene ese punto afrancesado que lo sitúa en el límite. Soy un memo fácil de enredar. Me había prometido que nada de copas. Ni una. Y menos en locales de ambiente porque no los soporto. Pero el pesado de Rubén, con la frivolidad del cumpleaños, me ha pedido clemencia y que lo acompañe. Y yo, como voy de duro pero soy un pardillo, le he dicho que «una y punto», la peor frase de la historia de las copas.

Hemos cogido un taxi desde la zona del Puerto Olímpico de Barcelona y nos hemos dirigido hacia la calle Sepúlveda.

—Joder, qué mogollón de gais —le digo a Rubén.

—De eso se trata, ¿no? —me confirma con un evidente ataque de sorpresa.

—No. No se trata de eso. Quiero sentirme cómodo y en esta clase de bares no puedo.

Rubén me examina con cara de no saber qué decir ni ganas de que yo diga nada. Aprovechando el silencio pienso «ahora déjame a mí», y le doy una orden al taxista, que está escuchando a esas horas de la noche *La Linterna*, de la Cope.

—Oiga, podría llevarnos a otro sitio. Es que aquí hay demasiada gente. Déjenos cerca de Colón.

Rubén pone cara de extrañado.

—No me mires con esa cara —le digo.

—No te miro con ninguna cara.

—Sí. Me miras con cara de pez de roca. Mira, así de claro. Vamos a El Cangrejo. Ya sé lo que hay, pero allí al menos veo de todo. Hay etnias, razas, sexos diferentes.

—No he dicho nada. Te lo recuerdo.

—Por si acaso.

—Solo que para ir a Colón desde el Puerto Olímpico no hacía falta pasar por plaza Catalunya.

—Tranquilo. Ya pagaré yo el taxi.

El taxista ha cambiado de emisora y ahora escucha Radio Tele Taxi. En un cuarto de hora de trayecto suenan: El Canto del Loco, Manu Carrasco, Siempre Así y Shakira. Y mucha publicidad.

—Son doce con setenta y cinco —dice el taxista.

—¿Me hará recibo, por favor?

El taxista pulsa un botón y una máquina diminuta emite un ruido desproporcionado para el tamaño del aparato. Sale el papelito, que él arranca con bastante cuidado y, mientras tanto, por la radio suena una sevillana que me hace pensar que es imposible que la noche supere este momento musical:

Soy andaluz, andaluz,
andaluz de nacimiento.
Catalán soy de adopción.
Demasiados sentimientos
para un solo corazón.

Rubén y yo salimos del taxi sonriendo.

—«Demasiados sentimientos para un solo *corassón*» —cantamos reiteradamente.

A la entrada de El Cangrejo, el dueño, que conoce a Rubén, nos saluda efusivo. El local es uno de los más divertidos de la ciudad. Se mezcla una fauna de gente, corolario maravilloso de lo que es Barcelona. Por discreción, prefiero ir a la barra del fondo de las dos que hay, mientras paso por la cabina del disyóquey. Primera parada: Rubén conoce a Gonçalo, un portugués catalán de esos que nos gustan porque ha querido conocernos antes a nosotros. Sabe cómo piensa el país y cómo habla, por eso utiliza indistintamente el castellano y el catalán, idiomas que aprendió tras aterrizar, por amor, hace pocos años en Barcelona. Un ejemplo. Rubén habla con el disyóquey, al que he saludado después de regalarle mi mejor sonrisa mientras suena «La revolución sexual» de La Casa Azul.

Le toco el hombro a Rubén y, al oído, le pregunto qué líquido quiere tomar.

—Un agua —dice.

Le pegaría una patada en los huevos. Pero le ignoro. Y le odio. Esa capacidad de entrar en un bar de madrugada y pedir un agua. Una puta e insípida agua. Hay gente así. Pues yo no. Aunque me pongan garrafón necesito un Bacardí con Coca-Cola. Mata todos los males. Mientras Rubén está habla que te habla con Gonçalo, me acomodo en la barra. El local empieza a resultar agobiante. Un grupo de chicas y chicos bailan ahora *Where the Streets Have no Name*, en versión Pet Shop Boys, saltando sobre su propio eje. Si vieses la pinta que tienen. Siempre he pensado que, en la próxima vida que tengamos (que seguro que será mejor que esta), nos regalarán los grandes éxitos que hemos dejado y uno de los *tracks* será el de vernos en una discoteca bailando pero sin música. No puede haber un ridículo más espantoso. Este grupo de chavales, que no pasarán de los veinte años, que se creen que bailan bien, que menean el cuerpo, que mueven las caderas y giran la cabeza de un lado a otro, si se vieran sin música no saldrían más de casa.

Por eso nunca bailo.

Me quedo en la barra. Allá donde pasa la vida. Y ahora pasa una tía insoportable que ha empezado a darme la tabarra. Aunque tengo tripita todavía estoy de buen ver. Además, soy de los que nos gusta ir bien vestidos y, a ser posible, con americana. Y es evidente que, en un antro así, el raro soy yo. Y lo raro, como las imprudencias, se paga.

La chica debe de rondar la treintena, con el pelo rubio y rizado, los ojos claros, la

piel lechosa y un timbre de voz que casa con la siguiente canción que ha pinchado el disyóquey: *Bohemian Rhapsody*, de los Queen. *Mamma mia, mamma mia, here we go*.

Y claro, cuando me entra, ya la caga:

—¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este?

Tengo dos opciones, la simpática o la sincera. Y adopto la segunda vía, menos diplomática, pero siempre muy efectiva.

—Buscando a un tío, a ver si me lo follo.

Se acaba la tontería enseguida.

La chica sonrío, da media vuelta y se pira. Misión cumplida.

La fauna se va amontonando. Es evidente que hoy hay un problema con el aire acondicionado de la sala, porque mira que soy friolero, pero ahora mismo empiezan a caerme gotas por la espalda. No quiero quitarme la americana, que sería lo más normal; soy muy inseguro, por muy investigador que sea.

Me giro y veo al camarero. Joder con el camarero. Es más ancho de bíceps que de tríceps. Debe de levantar los barriles de cerveza con el meñique. No es muy alto. Un quiosco: pequeño pero hay de todo. Se me acerca. Como el volumen de los bafles es el que es, o sea, insoportable, hablamos de boca a oreja, de oreja a boca.

—Un agua y un Bacardí con Coca-Cola.

Como buen barman de discoteca con el sonido imposible me lo repite al oído:

—¿Un agua y un Bacardí con Coca-Cola?

Venga, otra vez:

—Sí. Un agua y un Bacardí con Coca-Cola.

Afirma con la cabeza y busca en una nevera una botella de agua de esas que cuestan 0,25 en el supermercado de debajo de casa y coge un vaso alto, mete un par de cubitos, saca una Coca-Cola de la nevera, se gira y busca el Bacardí entre un amplio surtido de líquidos diversos.

Vierte ron blanco por encima de los cubitos generosamente (¡viva!) y acaba llenándolo hasta arriba con la Coca-Cola. Sobra un dedo, que me bebo de un trago. Qué sed hace.

Suena Mónica Naranjo. Esto es cosa de Rubén, pienso. De repente entra un grupo de tíos que se pone a bailar ridículamente. Hay dos cosas ridículas en el mundo del baile: un grupo de heteros bailando el *Y.M.C.A* y un grupo de homos bailando Mónica Naranjo. *Sobreviviré*. Me giro y me autocastigo de cara a la pared para evitar observar ese ridículo generalizado. Pero al cabo de un minuto, puede que menos, vuelvo a mirar. Son media docena de imbéciles entregados a la causa musical. ¿Todos? No. Hay una Galia de Astérix. Un tío de unos cuarenta años mueve la cabeza desde el extrarradio del grupo. Se limita a acompañar sutilmente el ritmo de la música. El individuo en cuestión es barbudo, lleva camisa blanca planchadísima y pantalones color crudo. Perfecto. De los que se planchan las camisas antes de salir de casa, de los que las guardan colgadas y no dobladas. ¡Qué arte tan solemne el de las

camisas blancas! Una camisa blanca define a su propietario. Y este es perfecto. Lleva un reloj Hamilton y juraría que también un anillo en el meñique. Lo digo porque, de vez en cuando, cuando mueve la cabeza no sabe dónde poner las manos y las levanta un poco para volver más sensual su baile inmóvil, lo cual añadiría un detalle más a su carácter: la timidez.

Es calvo, detalle nada insignificante. Calvo que se pasa la cuchilla de afeitar cada dos por tres. Me ha clavado dos veces la mirada y yo he intentado sostenérsela. He perdido, lo que confirma que, si él es tímido, yo más. Cambio de música. Ahora Gonçalo ha puesto *Ni tú ni nadie* de Alaska, clásico entre los clásicos, y la gente enloquece sin complejos. Y venga a saltar: «Ni tú ni nadie, nadie, puede cambiarme. Mil campanas suenan en mi corazón, qué difícil es pedir perdón. Ni tú ni nadie, nadie, puede cambiarme». Ay, señor.

El amigo sigue moviendo la cabeza, pero desde la barra. Está a diez metros de mí. Y de vez en cuando se vuelve buscando mi complicidad. Se ve que él ya me la ha otorgado. Supongo que está tomándose un *gin-tonic*, por el color blanco de la copa, y va moviendo los labios haciendo una *Escala en hi-fi* de Alaska. «Vete de aquí no me supiste entender...». Volvemos a entrecruzar miradas y alzo las cejas como diciendo «pues mira qué bien». Es decir, una gilipollez. Él resopla como asegurando que todo lo que estamos viendo a él no le hace ni pizca de gracia.

Entonces, en un ataque de divismo, efectúo un movimiento táctico. En la siguiente mirada cruzada le indicaré por gestos que hace calor y que me doy aire, y saldré a la calle. Esperaré dos minutos a ver si viene. Si no, buscaré ubicación nueva en la sala.

Así lo hago. Cruce de miradas. Mano que se mueve. Qué calor. Salgo un momento. Empiezo a caminar hacia la calle. Atravieso la sala. Y pataplum..., aparece Rubén.

—¿Albert?

—La madre que te parió. Pesado.

—¿Qué haces?

—Nada importante.

—¿Te vas?

—Voy a tomar el fresco, que estoy sudando.

—Te acompaño a la calle.

—Ni de coña. Gracias.

—¿Qué te pasa?

No tengo ningunas ganas de contarle nada, pero si no se lo explico, el plan se va a la mierda.

—Es que estoy ligando.

Ya la he cagado. Rubén se pone a reír.

—Qué bueeeno. ¿Y quién es el afortunado?

—Mira, déjalo. Hablamos dentro de un rato. Tú ahora no te muevas de aquí.

Rubén sonrío y se queda donde está. He perdido un minuto. Por lo tanto, ahora me quedan sesenta segundos para, si sale, entablar una conversación en serio con el personaje.

Salgo. Un grupo nutrido de gente fuma con el vaso en la mano. Me alejo para tener mejor ángulo de visión. Si fuese una gran película, me iría corriendo.

Me quedo quieto y espero que me busque con la mirada. Y, claro, me busca con la mirada. Y nos encontramos. Y viene. Coño. Se acerca.

—Hola —dice.

—¿Qué tal?

—Tirando. ¿Y tú?

—No me lo preguntes porque no lo sé.

—Me llamo Eduard.

—Hola. Yo me llamo Albert y no soporto a Mónica Naranjo.

Eduard se echa a reír. Empezamos bien.

—¿Qué te ha hecho, la pobre?

—Gritar. Grita mucho. ¿Por qué grita tanto?

Vuelve a reírse a carcajadas. Seguimos bien.

—Veo que no te va mucho bailar —me suelta.

—Hombre, tú tampoco eres Michael Jackson.

Vuelve a reír.

—No. Parezco uno de esos perros que llevaban nuestros antepasados en la parte de atrás del coche moviendo la cabeza.

Ahora el que ríe soy yo.

—Y esta panda, ¿quiénes son? Parecéis todos cortados por el mismo patrón. Todos así guapotes, muy blancos de camisa, morenos...

—¡Ah! Es que trabajamos en una agencia de modelos.

Aquí se me cae el mundo encima. Ya estamos con el modelo de turno. Mierda.

—Muy bien. ¿Y eres modelo de ropa o de qué?

Eduard vuelve a reírse.

—No, hombre, no. Yo soy uno de los socios. Ni soy modelo, ni tengo ganas de serlo, y tampoco tengo el cuerpo, ni el tiempo ni el arte.

—¡Ah! Muy bien.

Habíamos salvado el primer obstáculo.

—Y tú, ¿de qué trabajas?

—De abogado —miento, como hago siempre en circunstancias como estas.

—¿En qué bufete?

—En uno mío, pequeño y con pocos clientes pero buenos.

Ahora empezábamos a aburrirnos en nuestro mutuo conocimiento porque era probable que él tampoco fuera socio de una empresa de modelos. Por lo tanto, nos dábamos prisa para ver si nos atraíamos lo suficiente para follar.

—¿Quieres que tomemos una copa? Te invito —me dijo.

—¡Ah! Vale, pero la segunda me toca a mí —le respondí.

Lo que no le dije fue que la tomaríamos en mi casa.

Abrimos la puerta de El Cangrejo. Y salió una vaharada de aire caliente acompañado por un sonido ensordecedor, mientras la masa bailaba Raphael. «¿Qué pasará, qué misterio habrá? Puede ser mi gran noche».

Jofre, ¿no piensas mirar el puto teléfono en toda la noche? Soy Oriol. ¡Llámame, hostia, llámame, por favor!

Con la enfermedad terminal de mi padre, Mireia desapareció, Oriol se consumió y, a mí, Gemma me dejó. Yo no podía con todo, pero resistía estoicamente. Muchas veces estuve a punto de sucumbir, de no hacer nada, de dejarme llevar por la misma inercia.

Cuando Gemma se marchó, lo hizo porque yo había perdido el interés en ella y los niños. Sentía que eran nuevos en mi vida, en mi familia, casi extraños, y, en cambio, mis padres —aunque me dolían— tenía la certeza de que eran míos desde siempre. Gemma y yo no nos enfadamos. Fue peor, llegó la desidia. Perdí el gusto por las pequeñas cosas, y la primera noche que dormí solo, la cama se me hizo ancha (casi infinita) y no lograba cubrirla entera. Cuando Gemma se fue con Roc y Clara, fui un hombre feliz, quizá durante una noche, quizá de manera sutil; lo peor de todo es que pensé que aquella felicidad duraría.

Recuerdo que los primeros días no tenían ningún sentido, eran un espejismo tramposo, ella de vez en cuando venía a casa para recoger sus cosas, ropa o juguetes de los niños. Habíamos acabado como buenos amigos, nos necesitábamos; la peor manera de acabar una relación es como buenos amigos, convertidos en la miseria de la rutina. Yo hubiese querido acabar con ella de otra manera, a mordiscos, a arañazos, a gritos, que los vecinos hubiesen tenido que subir y avisarnos de que llamarían a la policía:

—¡Despertarás a los niños!

—¡Mejor, mejor, que se despierten y vean cómo es su padre!

—¡Cállate!

—¡Eres un hijo de puta!

Hubiese sido todo mucho más dantesco, pero tal vez hubiera resultado más real. Nos había picado el insecto de la anestesia, éramos completamente ajenos a los sentimientos, como si una capa de barniz nos hubiera tapado el alma y fuese imposible emocionarse como la primera vez por aquel beso antes de irse a dormir, por aquella confesión al oído, aunque nunca nos confesáramos nada, ni al oído ni a metros de distancia. Yo había empeñado toda mi capacidad empática en mis padres y Gemma se había convertido en una compañera de piso; no nos hacíamos daño, pero tampoco nos ayudábamos, habíamos encontrado el pacto de la existencia...

Y los niños... los niños sí que me incordiaban siempre con preguntas.

Aquellas noches se me confunden: la luz de la habitación de mis padres, llegar a casa y calentarme algo de cena en el microondas, un WhatsApp de Gemma:

Y yo echado en la cama con los ojos abiertos...

Mientras yo me separaba, mi hermano se inventaba una vida nueva. Debía de estar muy harto de la que llevaba. En cierto modo, lo compadezco. Yo era el hermano mayor, pero siempre he sentido una gran admiración por Oriol. Me hacía sentir orgulloso, me gustaba saber que podía contar con él. Era el más avisado, tenía picardía y sabía escuchar, y a veces hasta nos reíamos.

De pequeño siempre lo tenía encima, en las fiestas mayores, el fútbol, conciertos de Dire Straits, él, que no se sabía las letras ni entendía un pijo de inglés, pegado a mi lado. Y ahora que han pasado los años pienso que era una gran putada, porque yo tenía dieciocho años y él, trece; yo era un adolescente con ganas de perseguir chicas y emborracharme y, en cambio, tenía que cuidar de mi hermanito, que no paraba de dar por culo.

Por eso me costó tanto entender que no quisiera saber nada de nuestro padre, que a mí no me contestara el teléfono, que se fuera a una masía del Empordà para ocuparse de «sus historias...». ¿Qué putas historias, Oriol? ¡Tú no tenías historias! Tú querías huir, como todos, convencido de que una noche recibirías un mensaje diciendo que tu padre había muerto, que nos tocaba tanta herencia para tantos hermanos y, después, como si nada. Pero no funciona así...

Poco a poco dejó de interesarle el mundo, por lo menos el mundo que lo rodeaba, y, como si fuera un juego de ordenador o quizá una puerta estelar a otra dimensión, Oriol fue construyéndose una realidad paralela. Tenía wifi y muy mala leche. Trabajaba en empleos de mierda, haciendo encargos y cobrando (estoy seguro) un dinero vía transferencia de mi madre. Toda aquella mala hostia hizo que se cambiara la foto de perfil de Facebook y la de Twitter, que se convirtiese en un personaje corrosivo, cínico, que opinaba de todo sin saber de nada, y cuanto más odio vomitaba con ciento cuarenta caracteres, cuantos más montajes fotográficos colgaba en su muro, más amigos y seguidores conseguía.

Nunca me habían interesado mucho las redes sociales. Pero si quería saber qué hacía o dejaba de hacer Oriol, qué pensaba o dejaba de pensar, solo tenía que asomar la nariz por allí. Me quedé bastante perplejo. A Twitter la gente va a fingir una inteligencia que no tiene. A Facebook, a fingir una vida. No hace falta disimular, todos somos un poco imbéciles y fingimos una vida que no tenemos, que me parece muy bien, pero si ya me parece pernicioso fingirla, imagínate compartirla con el resto del mundo. Odio los gatos, odio a los recién nacidos, odio vuestros vídeos de caídas o chistes mediocres, odio que deseen amor y paz al resto de la humanidad, odio los comentarios ingeniosos del desgraciado de turno que está en la oficina y aprovecha que nadie le ve para ir al baño y mientras caga se cree un héroe.

Oriol se había convertido en un bárbaro adicto a los «me gusta». Hay gente que comparte la vida en las redes sociales, gente que quiere hacer amigos, gente que discute de política... Oriol era todos estos desgraciados convertidos en uno solo. Es la nueva ágora del siglo XXI, se justificaba cuando alguien le dejaba un comentario

arguyendo que sus exabruptos sobre televisión, política o lo que fuese se pasaban un poco de la raya.

Quería escribir en su muro.

Claro que sí, Oriol. El ágora del siglo XXI. Hoy Sócrates tendría Facebook. Por supuesto, Sócrates seguramente tendría Facebook para llenarlo de reflexiones excelsas —como las tuyas—, reflexiones brillantes, y añadiría como amigos a un par de adolescentes, de esos que no tienen pelo en la cara, y los sorprendería con una nueva teoría sobre el consumismo, la independencia y la ternura líquida, y, como es evidente, quedaría una tarde después del instituto con ellos y les invitaría a tomar algo, física y metafísicamente hablando, Oriol, una cicuta *light* sin cafeína, en su casa, y después, Sócrates, siguiendo su impulso telúrico, sería un gran maestro, un Jedi del saber, les enseñaría el valor de la vida y el valor de quitarse la ropa y el valor de las caricias y el placer de una teoría filosófica entrando en el cuerpo de un adolescente sin consentimiento ni vaselina.

Pero claro, todos estos comentarios que me moría de ganas de escribir en mayúsculas en su muro me los tenía que tragar. Palabra por palabra, post tras post, tuit a tuit.

Me desesperaba.

Despierto y Eduard está ahí. En la cama. En mi cama. Rompiendo una de las normas de mi vida, aquel posible socio de una empresa de modelos ha venido a casa y, lo que es peor, se ha quedado a dormir.

Miro el reloj: las nueve y media. Hora de levantarse, aunque sea jueves. No sé si despertar a este hombretón que tengo al lado. En casa se está bien, pero hace un poco de calor, quizá por eso Eduard ha decidido dormir solo en calzoncillos, unos bóxeres Armani blancos que le marcan, y de qué manera, las piernas. Y qué piernas.

No hace falta explicar cómo llegamos hasta mi habitación y, sobre todo, hasta la herejía de quedarse a dormir. Bebimos unas cuantas copas en mi casa: la segunda, la tercera, la cuarta y, tal vez, durante la quinta, ya hicimos un triple salto a la cama. Me dijo que, como profesional liberal, no necesitaba madrugar y que le dejase dormir. Y en lugar de mandarlo a tomar por saco, se ha quedado a dormir. Tengo un problema con este tío: ¿por qué le he dejado quedarse a dormir? ¿Cuántos meses hace que no pernocta nadie en mi casa? ¿Desde aquel cretino de Víctor, un memo con ínfulas de diva que me dejó tirado después de tres días de pensar que la vida en pareja podía ser maravillosa? No entiendo cómo lo he permitido. Salgo de la cama y, en pijama (como debe ser), me dirijo al baño, primera parada del ritual matinal. Superado el primer peaje, el segundo es mirarme en el espejo y verme más joven de lo que realmente soy, pero también observar alguna arruga que pasa por debajo de los ojos y que camufla todas las mañanas con unas cremas carísimas. El tercer peaje es ir a la puerta de casa. Vivo en un sexto y el portero de la finca, cada mañana, me deja *La Vanguardia* en el rellano. La cojo, miro la portada y la dejo sobre la mesa del comedor. El cuarto es hacerme un par de tostadas mientras enciendo la Nespresso y busco la cápsula Roma.

Hoy lo hago todo con una especie de niebla baja, como causada por la resaca, pero también por la presencia del intruso en casa. Lo he hecho todo pero en vez de dos tostadas he preparado cuatro, por si acaso.

—¿Hola? —oigo que dice una voz desde la habitación.

Y ahora, ¿cómo tengo que reaccionar?

—Buenos días —respondo.

—¡Uf, qué tarde! —Y entra en la cocina con los calzoncillos, con esa barba, con esos ojos oscuros y ese cuerpo de gimnasio.

—¿Qué tal? —le pregunto mirando al suelo de la vergüenza.

—Fantásticamente bien —dice.

Huele a pan tostado y me dice que le encanta, y a mí también me encanta él, pero una mierda se lo voy a decir, qué se ha creído este tío, que además de quedarse a sobar en casa todavía tengo que comentarle que yo...

—Yo también estoy muy bien y esta noche ha estado muy bien —le suelto, pensando que a la mierda todo y de perdidos al río.

—Pues sí. Ha sido espléndido —responde.

A continuación me pregunta dónde está el baño y, claro está, la ducha, la toalla, el cepillo de dientes, que cogí de un hotel, y el desodorante, que está ahí encima. Me dice que vaya cremas más chulas, que no son de esas horribles que se ponen todos los gays y que hacen que se te caiga la piel a tiras, y que llevas Dunhill, qué gran perfume...

Cuando sale, me da un beso en la boca y me dice que ha sido «una gran noche», como decía Raphael, y suelto una carcajada.

Nos sentamos a la mesa y pongo, como siempre, el canal 3/24. Son las diez menos cuarto y no sé de qué coño habla el presentador, algo sobre el Parlament y unos diputados y el rollo de todos los días.

Le he puesto las dos tostadas en un plato y he llevado a la mesa jamón de York, queso de barra y un poco de mortadela. Me ha pedido un café solo y un vaso de agua. Y ahí lo tiene. Estamos hablando de si quiere que lo deje en alguna parte, pero me dice que no hace falta, que tomará un taxi, cuando de pronto veo en la tele un titular: «Hallado el cuerpo de un hombre en un espigón de la Mar Bella».

Eduard está hablando de no sé qué del Born, que es donde tiene el despacho, y le hago callar de malos modos.

—Chis —le pido.

Cojo el mando a distancia y subo el volumen. Eduard no entiende nada porque lo único que ve es el mar, cuatro rocas y un grupo de gente.

La periodista del canal de noticias afirma, con rostro compungido, que «no se ha podido identificar todavía el cuerpo del hombre que se ha encontrado a primera hora de esta mañana flotando a pocos metros del espigón. Según los Mossos d'Esquadra podría tratarse de un homicidio, pero cometido con torpeza, ya que el cuerpo en vez de viajar mar adentro se ha quedado cerca del espigón toda la noche hasta que, por la mañana, unos pescadores con caña lo han encontrado golpeando contra las rocas». Y aquí aparece uno de los pescadores con cara de pescador que asegura reiteradamente lo que acaba de decir la presentadora de que «como no ha sido un día de mala mar por la temperatura que hace, el hombre se ha quedado aquí flotando toda la noche. Por eso no ha ido mar adentro».

El vídeo acaba diciendo que el hombre llevaba camisa blanca y pantalones crudos y que se ocupa del caso el juzgado de instrucción número seis de Barcelona.

Me da un vuelco el corazón. La vena cava superior pasa a ser inferior, el ventrículo izquierdo se convierte en el derecho y viceversa, y la aorta queda cabeza abajo. Son ellos. Los dos que vimos entrando en la arena.

—Me cago en mi estampa —digo en voz alta—. Qué idiota.

Eduard me pregunta:

—¿Pasa algo?

—Sí, que tendríamos que irnos.

—Hostia, vale, pero tú aún vas en pijama y yo me tendría que duchar.

En circunstancias normales habría dicho que se largara sin gastarme agua, que

mucho hago con no cobrarle la noche con esas sábanas de seda que me regaló Agnès, una amiga que trabaja en Textura, un año por Navidad.

Pero como las circunstancias no son normales me sale una de las ridiculeces más espantosas de cualquier texto romántico:

—Me encantaría que nos duchásemos juntos, pero tengo que hacer un par de llamadas y tardaríamos demasiado.

Eduard sonrío dando por buena la excusa, pero me hace la pregunta del millón:

—Tú no eres abogado, ¿verdad?

Y mi respuesta no le deja indiferente.

—No te cabrees pero, efectivamente, no soy abogado. De todas maneras, si quieres saber dónde trabajo, organiza otra cita para cenar. No es nada malo. ¿Te duchas tú primero?

Eduard no me hace caso. Por lo tanto, podría perfectamente coger la ropa y dejarme con un palmo de narices, pero lo hace todo a la inversa de lo que habría hecho yo. Entra en la ducha.

Llamo a los Mossos, pero el comisario Pérez Navarro está reunido y no puede atenderme. Reclamo que me deje ir al lugar de los hechos y, así, facilitar los trámites para superar los mecanismos de control y acceder al espigón. Ya le llamaré desde allí. Cuando Eduard se acaba de duchar, me da un beso de despedida con la toalla enrollada que, con toda la intención, desenrollo para acordarme del regalo de la noche anterior, sonrío y se va hacia la habitación a vestirse. Y dice un escuálido:

—Nos veremos. Seguro que sí. Si quieres, claro.

Voy a la ducha. Cuando salgo, Eduard ya se ha ido. Me visto deprisa y corriendo. Y, sin darme cuenta hasta unos minutos más tarde, me he puesto la misma ropa que el cadáver: camisa blanca y pantalones crudos.

Cuando busco las llaves en la cocina veo que, en la taza de al lado de mi café, ya helado, hay un papel escrito a mano, con una caligrafía admirable, en el que leo:

«Guapo. Sin ánimo de incordiar. Creo que tenemos que repetir. Demasiado bonito para tener que salir tan rápido. Si quieres, ya me dirás». Y debajo, un número de teléfono y el nombre del autor del texto.

Memorizo el número en el móvil, lo añado al WhatsApp como Eduard, porque tampoco sé más de él y, como no puedo resistirme al deseo de repetir la escena de la noche anterior, le envío un mensaje:

Pronto

Y al lado una mierda de emoticono con una cara y un beso. No puedo convertirme, en menos tiempo, en más hortera, más gilipollas, más marica.

¡Joder!

Cada tarde al salir del trabajo iba a ver a mis padres. Lo hacía porque es precisamente cuando anochece, hacia las siete o las ocho de la tarde, cuando aparece un dolor leve, pero real, un dolor físico de tristeza, hecho de objetos concretos. Y es entonces cuando me invade la necesidad de llamar a Gemma o navegar por Internet y buscar alguna compañía agradable.

Salía disparado del despacho, dejaba la moto aparcada delante de casa y subía por la escalera —vivían en un sexto— saltando los escalones de dos en dos. Cuando abría la puerta resoplando, mi madre me esperaba sentada en el comedor leyendo una revista del corazón y siempre se quejaba de alguna tontería. Mi padre a veces estaba en la cama o sentado en una silla con la mirada perdida o puesta en la nada. Menos mal que teníamos a Rebeca, una chica de Guinea Ecuatorial que nos ayudaba. Limpiaba el piso, hacía la compra, conocía a mis padres desde hacía años (había trabajado en la cocina de uno de los hoteles) y, sobre todo, les hacía compañía.

Para mí, ir cada tarde era un acto testimonial. Un ritual sin demasiado sentido. Sabía que no me necesitaban, pero también intuía —solo podía intuirlo— que les gustaba verme cruzar el recibidor con algo para merendar. Mi madre siempre me preguntaba por Gemma, por si estaba bien, por si había alguna posibilidad, por remota que fuese, de que volviésemos, y cómo estaban Roc y Clara. Decía que los echaba mucho de menos, y yo le prometía que la semana siguiente me acompañarían y pasarían un rato con ellos. Aunque las criaturas cada vez vieran a mi padre más apagado y cada vez me hiciesen más preguntas.

Después hablábamos de trabajo, mi madre me contaba cómo le iban las cosas a Mireia, que también los iba a ver de vez en cuando, y de Oriol nunca hablábamos.

Luego esperaba a que Rebeca acabase de preparar la cena y la ayudaba a poner la mesa. Mis padres tenían por costumbre cenar muy temprano, al principio mi padre podía comer solo y aún bromeaba, después hacía esfuerzos por controlar el pulso. Recuerdo la noche en que se sentó por primera vez en la silla de ruedas —fui con Mireia a comprarle una con todas las prestaciones— y, con el paso de los meses, Rebeca o mi madre, porque a mí nunca me dejó que le ayudase, cogían la cucharita y, muy despacio, como a un bebé en su trona, le acercaban la comida a la boca.

Mi padre fue empeorando. Yo no era consciente de cómo lo consumía la enfermedad porque iba todas las noches, pero Mireia, que los visitaba una vez por semana, o Gemma, que también lo hacía de vez en cuando para fingir a ojos de mi padre que todavía vivíamos juntos, lo veían cada vez peor.

Por voluntad expresa de mi padre no lo llevamos a ningún hospital, teníamos a Rebeca y una enfermera en casa. Alguna noche, después de cenar, justo antes de

acostarse, reconocía en su mirada un grito de auxilio; reconocía, en cada gesto cuando nos quedábamos en silencio, sus palabras en aquel bar infecto de la calle Ravella.

—No lo hagas por mí. Hazlo por tu madre... No le deseo tanto mal, no quiero causaros problemas. ¿No te das cuenta de que todo el mundo sale ganando?

Todo el mundo sale ganando.

Los ojos me suplicaban clemencia, no alargar más aquella agonía. Los primeros días fingía que todo iba bien, le acariciaba la frente, le regalaba palabras de ánimo, pero evidentemente me daba cuenta. Intentaba aparentar que no, pero sabía que aquello no podía durar para siempre.

Unas horas más tarde, cuando estaba en la cama, ancha y fría, intentando descansar acurrucado entre las sábanas, meditaba sobre cuál sería la mejor manera de conseguir que mi padre dejase de sufrir. Cómo podía ingeniármelas para que mi madre no se diera cuenta, para que todo fuera limpio. Como mínimo, discreto. Recordé que el abuelo había encargado que le trajesen un medicamento de Dinamarca. Pero era muy complicado seguir el rastro para saber de dónde había sacado el contacto. Habían pasado veinte años y el abuelo conocía a mucha gente, pero a pocas personas. Los que me rodeaban tampoco querían compartir el peso de aquella decisión. Mireia no quería saber nada, a Gemma cada vez le costaba más contestarme los mensajes y Oriol andaba demasiado ocupado criticando con furia la última decisión del Ayuntamiento.

Lo decidí una noche del mes de febrero.

Lo decidí después de acompañarlo al baño, mientras Rebeca le ayudaba y él, ya sin fuerzas, se agarraba a mi brazo. Y volví a sentir su petición de auxilio, y una vergüenza espantosa porque aquella buena chica de Guinea Ecuatorial le limpiara el culo con toallitas perfumadas.

Busqué información en foros y páginas de Internet más o menos especializadas, lógicamente no había tutoriales de YouTube sobre cómo liquidar a tu propio padre. Y también me asustaba la idea de que ciertas búsquedas en Google pudieran despertar el interés de la policía. Empezaba a sentirme bastante paranoico. En mi historial solo había pornografía de Xvideos y Pornhub, páginas de *escorts* que me prometía que alguna noche me regalaría y enlaces de eutanacias y muertes plácidas. Di muchas vueltas para acabar en el mismo lugar exacto donde había empezado todo, la idea más sencilla y tal vez más eficaz.

Así que, después de cenar, cuando mi madre ya estaba sentada en el sofá viendo la televisión, después de que Rebeca se despidiera, fui al baño y me senté en la taza sin levantar la tapa. Necesitaba respirar, necesitaba tener claro que todo aquello lo hacía solo porque le quería. Era un acto de amor. El acto de amor más grande de todos, ahorrarle una agonía.

Recé un padrenuestro. No sé por qué lo hice, no soy una persona religiosa, pero en aquel momento, aquella noche del mes de febrero, a oscuras, en el baño de mis

padres, lo necesitaba.

Al salir del baño cerré la puerta muy despacio para no hacer ruido. Aunque mi madre empezaba a estar sorda, quería guardar todas las precauciones posibles. Respiré hondo.

Tenía miedo, mucho miedo. Y el corazón me palpitaba con furia.

Retiré la almohada sobre la que descansaba la cabeza de mi padre y aproveché para darle un beso en la frente, un beso de despedida. Le dije que creía que había llegado el momento, que esperaba que nadie tuviera nunca que devolverme el favor. Él, con los ojos entrecerrados, babeaba. Después de dejar sus gafas en la mesita de noche, descubrí que mejilla abajo se deslizaba lentamente una lágrima.

Había llegado el momento.

No podía echarme atrás.

Apagué la luz; me hacía ilusiones de que, si lo hacía todo a oscuras, imaginando que era noche negra, como en una pesadilla, podría despertarme en cualquier momento y nada de aquello habría pasado. Me acerqué a la cama. Palpé los brazos, el rostro, de mi padre. Cogí la almohada y, sigilosamente, le tapé la cara, primero sin hacer mucha fuerza, pensando que si lo hacía de aquella manera... pero al ver que el cuerpo sufría convulsiones, apreté con más decisión.

Una respiración acelerada.

Fuerza.

Un jadeo.

Un cuerpo tenso, moviéndose.

Más fuerza.

Luchaba, pero no podía más.

Después, paz.

Silencio.

Le busqué el pulso en la muñeca y no lo encontré. Me quedé un rato en silencio allí dentro, los dos, compartiendo aquella prisión oscura. Después encendí la luz de la habitación, no había sido una pesadilla, mi padre ya nunca despertaría. Y, con discreción, fui hacia la cocina, abrí una botella de *whisky*, eché un trago largo y, en voz baja, dije:

—Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad...

Volví al comedor, mi madre apartó la mirada del televisor y me traspasó con ella. Intuí que ya lo sabía y que en silencio me daba las gracias.

Le di dos besos.

—Me voy.

—¿Ya?

—Sí, quiero ir a casa y descansar un poco —mentí.

—Yo me quedaré a ver cómo acaba la serie y después me acostaré.

—Muy bien.

No fui a casa.

Busqué en la agenda del iPhone los teléfonos de unas *escorts* que me había apuntado unos días antes. Era tarde, pero estaba convencido de que alguna me respondería. Probé suerte con la primera. Pero como no tenía ganas de hablar con nadie, escogí entre las que tenían WhatsApp.

Mi preferida se hacía llamar Houston.

Prometía GFE (*Girlfriend Experience*), un trato más humano, con besos, caricias y una buena mamada (imprescindible para cualquier servicio).

A juzgar por las fotografías era muy alta y con unas tetas como dos cántaros llenos de agua en verano y en pleno desierto. Una prostituta de lujo, porque después de matar a mi padre creía que me merecía lo mejor, y sí, me podía regalar doscientos euros en una hora con una chica de nivel *premium*.

Era evidente que las fotos llevaban un trabajo esmerado de Photoshop. No eran nada del otro mundo, pero las tetas operadas y el culo redondo como una pelota de baloncesto me convencieron. La chica en cuestión se daba un aire a Gianna Michaels. Ojos claros, pelo moreno, piel blanca, curvas pronunciadas. Una de las actrices porno que más horas me ha acompañado casado y soltero.

Le escribí:

Hola, Houston! Cómo estás? He visto tu anuncio y me ha encantado. Me gustaría saber si estás por Barcelona

Ya sabía que estaba, pero no se me ocurrió nada mejor para romper el hielo. Al cabo de unos minutos, me escribió.

Utilizaba expresiones como «cielo», «tesoro» y «corazón», que, por un lado, me entristecían porque sonaban mecánicas, pero, por el otro, eran muy de puta, tan de puta que parecían obscenas y eso me volvía loco.

Le pregunté si daba besos con lengua y si me dejaría acabar donde quisiera. A todo me contestó que «sí, corazón».

Cuánto tiempo necesitas para que te vaya a ver?

Cuándo quieres venir, cielo?

Ahora (Aquí fingí con el emoticono de los ojos como corazones).

Dame media hora

Me dio la dirección y me recomendó que, al llegar, le diese un toque. Yo, obediente, de escuela cristiana, así lo hice. Cuando descolgó el teléfono, una voz dulce y ficticia me dio otro número de piso; lo hacía siempre por seguridad.

Me abrió la puerta con un batín de seda negra y dos tetas inmensas que sobresalían. Me dio un beso en la boca. Se alegró de verme joven. No puedo

imaginarme la cantidad de pellejos arrugados que debía de haberse tragado a lo largo de su vida. Y después le dejé los doscientos euros encima de la mesa. Ella no le dio ninguna importancia, como si aquel dinero fuese lo menos importante del encuentro.

Era un piso con parqué, bien decorado. Allí había mucha pasta, mucha arruga tragada. Me ofreció una cerveza. Agradecido, le dije que no, me cepillé los dientes y, cuando entré en la habitación para follármela, cuando le mordí la boca y me puse a acariciarle las tetas... ¡mierda! No podía ser...

¡Mierda!

¡Hostia puta!

Llevaba la misma colonia que mi abuela. ¡Me cago en todo!

Una colonia que me penetraba en el cerebro y me dibujaba la cara de mi abuela, su cuerpo cargado de años durante las largas tardes de verano.

No, no podía hacerlo. Pero ya estaba allí y, lo peor de todo, ya había pagado.

Me volqué sobre aquel otro cuerpo, castigado por otros cuerpos, lleno de tatuajes infames y que apestaba a mi abuela. No se me levantó. Ni siquiera tímidamente, a pesar de la profesionalidad de la chica. Pese a sus pechos de silicona. Me los empotró contra la boca, y yo me sentía como aquella criatura de *Amarcord*. La pena me paralizó. Cuando ya estaba en la cama, y no había nada más que intentar, ella me dio un masaje. Habían pasado diecinueve minutos y lo último que quería era follar. Quería irme a casa y no salir nunca más de ella.

¿Qué podía hacer con los cuarenta y un minutos restantes?

De repente, me sentía el hombre más triste del planeta, desterrado en un satélite perdido. ¿Cómo había podido caer tan bajo?

—¿Te gusta la música? —le pregunté.

—Me encanta.

—¿Sí? ¿Te puedo cantar una canción?

—Claro, tesoro. Mientras no me hagas cantar a mí, que canto fatal. —Y se rio sola.

—¿Qué música te gusta?

—Pablo Alborán. ¿Sabes alguna?

—No...

—¿David Bisbal?

—Tampoco... —Aquí mentí porque lo último que quería era cantarle cualquier mierda—. Siéntate —le pedí con mucha educación.

—¿Me puedo vestir?

—Desnuda es más poético.

—Como quieras, cielo.

Me puse de pie en la cama, desnudo, con los cojones que me colgaban como una bolsa de supermercado, y canté:

M'he trobat al fons de la Vall Clara.

*M'he vist com un vell que mai no dorm.
Què hi fa un home sol dalt la Plantada
si no mudar pell com una serp?
D'un vell cos brut
a un nou lloc pur,
d'un vell cos brut
a un nínxol dur.
He anat a fer un tomb per l'Arca Plena,
he vist com un llop menja guineus.
Què hi fa un home vell a la Plantada
sinó esperar amb temps la seva mort?
D'un vell cos brut
a un nínxol dur.
I passió
acció.
Sóc jo,
no cal penjats,
però on és el pal.
Sóc jo, senyor,
que espero el que fos.^[2]*

Cuando acabé, ella aplaudió.

—Es una canción preciosa.

—¿Te gusta?

—Un poco triste, pero me encanta. ¿La has escrito tú?

—¿Yo? No, Pepe Sales.

—¿Es amigo tuyo?

—Está muerto. Pero sí, podríamos decir que es amigo mío, pasamos horas juntos, de vez en cuando...

—Todavía te queda más de media hora, ¿qué te apetece?

—Llorar.

—Pues follemos, cielo.

Había pagado doscientos euros por cantarle la *Vallclara* a una chica que había perdido tanto el alma como la virginidad, y a fuerza de mirarla creía que yo también.

Nos despedimos con un beso intenso en la boca y todavía faltaban veinticinco minutos. Quería huir. No sé adónde, pero lejos.

Cuando salí del apartamento, aún tenía el móvil apagado. No quería encenderlo, no quería volver a la realidad. Supongo que mi madre, al acabar la serie, el concurso o no sé qué cojones estaba viendo, siguió el ritual de costumbre, una especie de teatro mal preparado. Como cada noche, mi madre apagó el televisor, se dirigió con sus pasos cortos a la habitación de mi padre —hacía tiempo que ya no dormían juntos—

para darle un beso de buenas noches.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue ducharme, frotándome a conciencia para intentar quitarme de encima aquel olor a sexo y abuela mezclados. Después encendí el iPhone. Tenía más de diez llamadas de Mireia. Me senté en el sofá y, mientras se iluminaba la cara de mi hermana, dije:

—Mireia, soy yo. ¿Qué pasa?

La temperatura es espléndida. Hace sol pero no cae a plomo, hace calor pero no bochorno. Un tiempo para tenderse en la arena y que pase la vida. Paso pisando los mismos tablones que hundí ayer mientras iba de camino al restaurante con Rubén. Y ahora empiezo a hundir las Luigi 3 Daino de Church's. Me quito los zapatos de trescientos euros en rebajas que me compré en la tienda de la calle Rosselló y empiezo a caminar hacia el espigón. Desde lejos observo a un puñado de *mossos*, cuento cuatro guardias urbanos y una veintena de personas que no tienen nada mejor que hacer que curiosear. Entre los vyeristas, mayoritariamente de edad avanzada, hombres con bermudas ridículas y que elevan a gritos sus pensamientos privados para hacerlos públicos. La zona está acordonada con cinta policial. Me acerco. Me da el alto uno de los *mossos*.

—Buenos días. No se puede pasar.

—Hola. Soy Albert Martínez Boixadera, investigador. Llame al comisario Pérez Navarro y le dará mi nombre.

—Perdone, pero eso no puedo hacerlo. Necesito autorización en un docu...

De pronto se oye una voz grave:

—Ricard. Tranquilo. Ya me ocupo yo de este pesado de mierda.

El agente da un paso atrás y aparece detrás de mí un armario ropero de dos metros de alto por metro y medio de ancho vestido de *mosso*.

—¡La madre que te parió, Joan, qué cabrón! —le suelto.

Joan Cid es uno de los mandos policiales con los que más he colaborado en estos últimos años. Es de los que dejan hacer; ayuda, pero si es que no, sabes que es que no.

—Ja, ja, ja. Cuando te he visto, he pensado: ya ha llegado mi *husmeacadáveres* favorito.

—Tu *husmeacadáveres favorito* tiene una historia para cagarse en mi puta madre sin parar.

Joan me mira con cara de susto.

—¿Ves ese restaurante de allí? —Y señalo hacia Ca La Nuri.

Mira el restaurante, me mira a mí y, como buen *mosso d'esquadra* que es, clava una mirada angustiosamente profunda en la mía y dice:

—Anoche estuviste cenando allí.

Joan, o el comisario Cid, nunca deja de sorprenderme. Siempre sabe antes que los demás. Intuye con la mirada, adivina escuchando los suspiros. Es perro viejo. Uno de los veteranos del cuerpo. Una de las manos derechas de Pérez Navarro.

—Sí. Y vi cómo llegaban y cómo se iba uno solo. Y me sorprendió, pero no le di ninguna importancia. Menuda mierda.

—Te haces viejo, Albert. —Y estalla en carcajadas—. Tendrías que testificar ante el juez. Eres el único que puede aportar algún dato sobre lo que viste.

—Poca cosa. Lo justo para entender que uno se fue y el otro se quedó. Y si el que se quedó se ha quedado, el que se fue lo asesinó. Así de simple.

13

El entierro de mi padre fue discreto. Nada que ver con el faraónico de los abuelos. Publicamos una esquela en *La Vanguardia* y acudieron amigos, antiguos trabajadores de los hoteles y parientes de esos que solo se ven cuando alguien se muere.

Asistió también Oriol, enganchado todo el rato al teléfono, y Mireia, que leyó cuatro palabras (previsibles y nada sentidas) y un poema de Miquel Martí i Pol.

Hablamos de ti, pero no con pena.
Sencillamente hablamos de ti, de cómo
nos dejaste, del sufrimiento lentísimo
que te fue consumiendo, de tus
cosas, hablamos y también de tus gustos,
de lo que amabas y lo que no amabas,
de lo que hacías y decías y sentías;
de ti hablamos, pero no con pena.

Mientras Mireia leía el poema, que declamaba bastante mal, yo tenía la certeza de que muy pronto dejaríamos de hablar de nuestro padre y hablaríamos de lo que realmente nos importaba: su dinero. Nuestra madre, a pesar de la pena que llevaba a cuestas, mantenía una fachada serena, con gafas de sol, agarrada de mi brazo y muy educada con todo el mundo. Llegaron unas primas del pueblo, para ayudarnos en casa, además de Rebeca. Roc y Clara me preguntaron qué era la muerte y en un momento de lucidez les confesé que no lo sabía, que era un misterio. El mayor misterio de todos, pero una vez leí que la muerte tiene que ver con una infinita sucesión de habitaciones vacías y blancas que se comunican entre sí, y que allí nos sentimos abandonados y sin ninguna esperanza, y que estamos tan solos que somos incapaces de encontrar a nadie más.

Gemma me miró asustada, pero estoy convencido de que mis hijos entendieron la metáfora.

Después del entierro, volvimos a casa de mi madre para comer todos juntos. En el ascensor, en silencio, Mireia y yo nos miramos un momento y nos abrazamos. Ella lloraba. Oriol subió por las escaleras. Casi no decía nada, parecía que siempre tuviera prisa, rehuía a la gente, hasta cierto punto parecía que nuestra presencia allí, o la muerte de nuestro padre, le molestasen porque habían alterado sus planes cotidianos.

Después de comer, mientras las primas del pueblo recogían la mesa, Mireia y yo fuimos al estudio de nuestro padre para mirar álbumes de fotografías: bautizos, nocheviejas, comuniones, veranos en la playa, en los hoteles con los trabajadores, cumpleaños...

—¿Te has fijado en que solo sacamos fotos de los buenos momentos? No las hay

de los entierros, ni de...

—Mucho mejor —respondió sin apartar la vista de la boda de mis padres.

—A lo mejor lo hacemos para recordar que hemos sido más felices de lo que realmente fuimos.

Mientras se entretenía con la fotografía de la boda, Mireia me agarró la mano, con fuerza.

—Tenemos que hacer algo, Jofre —dijo.

—¿Algo? ¿Qué quieres decir?

—¿Tú sabes cuánto dinero ganaron los abuelos? Mucho —respondió ella misma sin esperar a que dijera nada—. Nuestros padres seguro que perdieron una parte, da lo mismo la cantidad, ahora todo lo tiene mamá, y mamá es mayor, y nosotros, jóvenes.

—¿Qué me quieres decir con eso de que «mamá es mayor»?

Hizo una pausa y tragó saliva, meditando bien las palabras que debía escoger.

—Yo tengo la vida por delante, tú tienes una exmujer y dos hijos. A mamá no tiene que faltarle nada. Nunca. La tenemos que cuidar, porque la queremos y es nuestra madre. —Decía obviedades. Siguió—: Imagina que la estafan. Es mayor. Se le acerca mucha gente y no sabemos con qué intenciones.

—¿Qué gente?

—Jofre, de verdad, esto no es ninguna broma. Tenemos que hablar con ella.

—¿Y qué le quieres decir a mamá? Antes tendríamos que hablar con Oriol, ¿no?

—Sí, Oriol... —repitió de pasada, como si esas palabras le trabasen el discurso—. Oriol...

—Tendríamos que reunirnos los cuatro y hablar.

—Oriol nunca responde a las llamadas, siempre va a lo suyo. Si quieres probar suerte y convocarlo por medio de Facebook en su muro, a lo mejor entonces ve el mensaje y nos hace el gran favor de venir —dijo alargando la mano.

Aquella tarde me llamó Gemma, me decía que no me preocupase por los niños, que ya se los quedaría ella durante unas semanas, cosa que le agradecí. La muerte de mi padre me acercaba a una Gemma mucho más tierna, y más dulce, pero sabía que entre ella y yo habíamos trazado una línea imaginaria que separaba su cuerpo del mío, como separaba su vida irremediablemente de la mía.

Al salir de casa de mi madre, antes de coger la moto, tenía un WhatsApp de Mireia:

No quiero que nadie nos arruine la vida. Nos merecemos lo mejor. Y lucharé hasta donde haga falta por lo nuestro

Oriol había colgado en Twitter una fotografía de unas nubes y una frase de Paulo Coelho:

Algún día todo tendrá sentido. Por ahora, riéte ante la confusión, sonrío a través de las lágrimas y síguete recordando que todo pasa por algo

Y después, en el siguiente tuit, añadía:

Hay gente que comete genocidios y otros que leen a Paulo Coelho, no sé a cuál mataría antes si tuviese una pistola y una única bala

Guardé el teléfono.

Qué puta mierda.

Mira que es pesada la gente.

La Guardia Urbana y los Mossos tienen que ir apartando a los chismosos que no paran de mirar la escena. El voyerismo del personal es inexplicable. Cuando hay un accidente en las carreteras se forman colas kilométricas, no por el choque, sino por las ganas de pasar con el coche poco a poco para ver si hay algún decapitado, alguna pierna cortada, mucha sangre o un cuerpo tapado, y poder decir: «¡Qué pena!».

Aquí, lo mismo, lo de siempre: hay tertulias organizadas debatiendo sobre el suceso. Cómo ha caído, dónde ha ido a parar, quién puede haber sido, cuándo ha llegado la policía y, sobre todo, cómo se ha enterado cada uno de los tertulianos.

Hay varios grupitos. En uno, una mujer en bañador habla con un hombre que lleva un espantoso Turbo lila. En otro, tres hombres cortados por el mismo patrón, pelo blanco, bajos, con bermudas compradas al peso colocadas estratégicamente por encima del ombligo y con chanclas. No quiero acercarme porque me cabrearía con solo oír la cantidad de teorías absurdas que deben de haber inventado.

Al lado de los corrillos hay una chica con gafas de sol mirando. Lleva un vestido rojo mojado. Se nota que viene de bañarse. También tiene empapado el pelo rubio. Mira y no dice nada. Observa no sé muy bien qué, porque las gafas son absolutamente opacas. Quizá a los policías, quizá el espigón, quizá a mí.

De hecho, la noticia es que el cuerpo de aquel pobre desgraciado está tirado y envuelto al lado de una roca esperando a que alguien dé permiso para levantarlo y hacerle la autopsia y las exequias.

Abandono la proximidad de las tertulias sobre el difunto y me acerco por fin al cuerpo. Le pido al comisario Cid que me acompañe y, si puede, retire un momento la manta que lo cubre.

El comisario ordena a un pobre *mosso* que se ocupe del movimiento. Levanta la capa y aparece Superman. Del bolsillo saco unos guantes de látex, que me pongo delicadamente. Al contrario de cómo se pinta a los investigadores en series y relatos, soy de los que se sientan en el suelo como si quisieran acariciar a la víctima y acompañarla en el sentimiento.

Miro el cuerpo: por el color diría que lleva muerto una docena de horas. Si son las doce del mediodía, desde medianoche, pocas horas después de que acabásemos de cenar.

—No sabía nadar —digo en voz alta.

Los *mossos* me miran con cara de sorpresa. Parece una fantasmada. No lo es, pero como si lo fuera. La clave es muy sencilla. Si con Rubén acabamos de cenar a las diez y media y vimos partir al acompañante una media hora antes, con dos horas habría bastado para haber salido. No hay ningún indicio de violencia en el cuerpo, ni un arañazo, ni los pantalones están desgarrados ni la camisa rasgada... Nada.

Sin zapatos, eso sí.

Inflado, a causa de las horas que ha pasado sumergido en el agua, y con la piel de color morado a juego con el ridículo bañador Turbo de uno de los espectadores. Por lo tanto, o cayó o lo lanzaron y fue incapaz de llegar a las rocas. Es evidente que no sabía nadar, pero que lo tenían que haber lanzado lejos para que no intentase avanzar sin ahogarse de alguna manera. ¿Cómo se las habría ingeniado el acompañante? ¿Estaba solo? En principio, sí. Estaban los dos solos en el espigón.

Tapo el cadáver. Nada nuevo. Uno de los agentes de los Mossos me enseña una bolsa de plástico con todo lo que han encontrado cerca del cuerpo. ¿Algo interesante? Un zapato, un móvil con el que verán qué pueden hacer por si es posible sacarse algo y un pañuelo. Sí: un pañuelo. Qué curioso. «De momento no se ha encontrado la cartera», me explican.

Me acerco a las rocas. Intento simular desde dónde podría haber sido lanzado o haber caído. Tiene que ser en la parte más lejana de la costa. Una roca en forma de acantilado no permitiría escalarla en caso de caída. Te obligaría a nadar unos treinta o cuarenta metros para agarrarte a otra. Con la corriente en contra, que era lo más probable, si no tenías ni idea de nadar eras hombre muerto.

Observo si hay algo más que pudiera habersele pasado por alto a la mirada de los Mossos d'Esquadra. Nada. Vuelvo hacia la arena y, ay, joder, la chica de las gafas de sol sigue mirando vete a saber qué.

No podía entretenerme más.

Mientras caminaba hacia el espigón, ahora que empezaba a oscurecer, pensaba en mi madre.

Pasé por una farmacia, compré un par de calmantes con receta que, aunque ya no me hacían efecto, mezclados con un poco de ginebra me tranquilizaban, y volví a mirar el teléfono. No paraba de hacerlo. Mireia no había respondido ni un mensaje. ¡Hostia puta! ¿Por qué lo ponía todo tan difícil? Ella y yo siempre habíamos estado en el mismo bando, siempre habíamos podido confiar el uno en el otro.

Recuerdo una vez, mientras comíamos en uno de los hoteles cercanos a Nápoles, que Oriol y Mireia discutieron por no sé qué, y él, con una mala hostia envidiable, cogió el plato hondo de gazpacho y se lo vació en la cabeza a la tocapelotas de su hermanita, que gritaba como un cerdo en el matadero. Yo habría reído, de hecho lo hice, si todo aquel estropicio hubiera pasado en la intimidad de casa, pero claro, en el hotel de mi padre con todo el comedor mirándonos... El hombre se levantó enfurecido y, sin decir una palabra a sus hijos, le arreó tal bofetada a Oriol que fue pura suerte que no se le cayeran un par dientes al suelo. Entonces, mientras una buena señora sexagenaria italiana se agachaba para fregar aquel desastre, nuestro padre nos miró y sentenció:

—Tú, Jofre, fuiste un accidente; tú, Oriol, un error, y tú, Mireia, una maldición.

Y después se limpió los labios con la servilleta y se fue del comedor. Nos quedamos en silencio y, aunque Oriol dijo alguna tontería, teníamos la certeza de que hablaba en serio.

Aquella puta frase se me grabó a fuego en el cerebro.

Un accidente, un error y una maldición.

No creo que nuestra madre nos perdona nunca que la hayamos abandonado en una residencia. Pero nosotros no sabíamos qué otra cosa hacer.

Cuando nos reunimos los tres hermanos, Oriol no se lo podía creer.

—¿Qué cojones queréis hacer con mamá?

—No queremos hacer nada —aclaró Mireia.

—La queréis meter en un puto asilo. Mamá está bien. La cabeza le funciona, no le duelen las piernas. Si la encerramos en ese asilo...

—Residencia —matizó Mireia.

—Se marchitará, la enterraremos antes de tiempo.

Nos quedamos en silencio. El teléfono de Oriol vibró.

—Oriol, seamos un poco prácticos. Mireia tiene razón. ¿Tú cuidarás de mamá?

No respondió.

—No te digo que debas —proseguí, escogiendo muy bien las palabras—. Tú tienes tu vida, Mireia, la suya y yo, la mía. Todos estamos ocupados, nunca tenemos tiempo para nada. Con papá enfermo, ¿cuántas veces lo fuisteis a ver?

—¿Es un concurso de quién es mejor hijo, Jofre?

—No. No es ningún concurso.

—Mamá se puede valer por sí misma.

—Mamá puede caerse el día menos pensado y no tiene a nadie que la ayude — replicó Mireia, convencida.

—Está Rebeca.

—Rebeca va a limpiar. ¿Quieres que paguemos a una mujer?

—Pues sí, la pagamos.

—¿Entre los tres? —pregunté yo sabiendo que ninguno de mis hermanos querría ceder ni un euro de su sueldo.

—A mamá no le falta dinero. Seguro que si le explicamos la situación preferirá una mujer que acabar encarcelada en un puto asilo.

—¡No lo lames así, Oriol! —exclamó Mireia, que se sentía culpable.

—Si quieres lo llamo *spa*, pero los tres sabemos lo que es.

Tanto Mireia como yo sabíamos que, si los dos le planteábamos la situación a mi madre, sería un desastre. Teníamos que ir en bloque y no mostrar ni una pequeña fisura. Por lo tanto, debíamos convencer a Oriol. ¿Cómo lo haríamos? Yo no lo sabía. Pero Mireia, sí. Mireia —yo entonces no podía sospecharlo— sabía más de lo que me imaginaba.

—Mira, Oriol, a veces tomar decisiones es complicado. Decidir es una mierda, no te digo que no. ¿Crees que yo no preferiría que papá estuviese vivo? ¿Crees que a mí me gusta ver a mamá tan sola en casa? Ninguno de los tres queremos esta situación, ¿verdad que no? —preguntó mientras me miraba y yo asentía con la cabeza—. ¿Cuántos años tienes ahora, Oriol? ¿Y tú? —Me señaló con los ojos—. ¿No creéis que todo el patrimonio de nuestros padres tenemos que gestionarlo nosotros? Tenemos la edad, la experiencia y las ganas. Este patrimonio lo crearon los abuelos y, cuando papá tomó el relevo, ¿qué pasó? Casi se lo pule todo. Esa es la verdad. Y ahora, mamá sola, puede llegar cualquiera, pueden engañarla... Tenemos que estar juntos en esto. A ella no tiene que faltarle nada. Busquémosle un sitio donde esté a gusto, cerca del mar; hay residencias que son hoteles, que tienen actividades todo el día. Yo no he de convencerlos de nada, pero alguien tiene que poner un poco de sentido común en esta familia. Por el amor de Dios, que no sabemos ni cuánto dinero o patrimonio tenían nuestros padres.

—Patrimonio, poco.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida, Mireia.

—Ya oíste lo que dijo papá en Nochevieja. Todo vendido.

Oriol recordaba bien aquella conversación.

—¿Y es verdad?

—¿Por qué se lo iba a inventar?

—Papá era imprevisible.

Todo aquel discurso de Mireia no parecía tan descabellado. Quizá, en el fondo,

los tres pensábamos lo mismo, pero nos daba miedo que alguien lo expresara con palabras. A mí me había pasado por la cabeza, por supuesto que sí, y estoy seguro de que a Oriol no le parecía ninguna locura. Mireia siguió hablando, ya no era tan contundente, yo hacía rato que había dejado de escucharla porque habíamos tomado una decisión. Oriol callaba, y cuando Oriol callaba, otorgaba.

Aquel mismo viernes nos sentamos los cuatro. Era de noche. Dejamos que Rebeca se fuese antes de su hora. Nuestra madre ya se olía que algo tramábamos los hermanos, porque estaba inquieta y hacía muchas preguntas.

Lo hicimos muy bien. Fuimos muy pacientes. Se lo explicamos con mucha delicadeza y, a pesar de que ella lloraba y no lo veía nada claro, Oriol le prometió que iría a verla casi cada día.

—Mamá, solo será una temporada de prueba. No es una cárcel. Si no te encuentras a gusto, no pasa nada. Nos lo dices y volvemos a casa. Lo hacemos por ti. Por tu bien.

Mireia podía sonar tan convincente que daba miedo.

Oriol aquella noche se quedó a dormir en casa con nuestra madre. Desde entonces no lo he vuelto a ver. Mireia y yo no hablamos mientras bajábamos con el ascensor. A lo mejor si callábamos podíamos disimular nuestras conciencias.

Al día siguiente pusimos en marcha todos los trámites. No sé si éramos buenos hermanos, pero sí que éramos los mejores huyendo de nuestra familia.

No creo que mi madre me perdone nunca que aceptase la decisión de mi padre, pero en aquella familia alguien tenía que ensuciarse y entendí que, no sé por qué designio ancestral, me tocaba a mí.

Cada tarde, cuando iba a la residencia (lo más parecido a un hotel diáfano y blanco queapestara a lejía), me daba una pena espantosa verla allí, desorientada los primeros días, enfadada las primeras semanas y mustia después. Decidió dejar de hablarme y, como los otros hermanos no iban, supongo que comprendió que no hacía falta gastar más saliva y se tragó todas las palabras.

Le gustaba escribir y llevaba un diario personal donde lo apuntaba todo. Qué comía, si iba a verla alguna amiga del pueblo, alguna conversación que hubiera oído, noticias o libros que leía. Seguramente, mi madre era una mujer más interesante de lo que sus hijos creímos nunca, pero no nos dio la oportunidad.

La noche se había apagado a medida que me acercaba al espigón.

Me tomé otra pastilla que me tragué con saliva y comprobé la hora. Llegaba tarde, pero me daba igual porque Oriol seguro que estaba desde hacía un rato. Me costaba respirar, porque hacía tiempo que no lo veía y su voz agitada en el contestador solo podía traer malas noticias.

Atravesé un par de calles del Born queapestaban a porro. Después saqué el teléfono. No me llamarás nunca, hermanita. De lejos, veía el espigón. Y un hombre, no reconocía quién, que se movía de un lado a otro, fumando, nervioso.

Nos miramos. Y me hizo un gesto levantando el brazo. Era Oriol. No sé muy bien por qué, me recorrió la espalda un sudor frío y empecé a marearme. Quizá necesitaba una pastilla más, o una botella entera de ginebra.

He decidido ir a tomar un café a uno de los bares de por aquí cerca. La cafeína me acompaña desde que era más joven y, por tanto, siempre busco refugio en cualquier barra. He pedido uno solo, bien pensado, un *ristretto* como dice un amigo: «de esos transparentes».

Estos dos míseros tragos son bebida de Dios. Mientras me tomo el café pienso en mis males, en mis desastres. Me estoy haciendo mayor y es un drama porque no quiero verlo. No quiero verlo pero vaya si lo veo, joder. Todo me cuesta mucho más. Y tengo la permanente manía de pensar que estoy hecho una mierda y que en cualquier momento me dará algo. Lo peor es cuando se suman pequeñas historias que te ponen dramático. Rubén me dice siempre que no, que lo deje correr, que muchos pagarían por tener mi edad y estar como estoy.

He decidido llamar a Eva. Eva es una amiga del alma que me ayuda. Es psicóloga pero nunca me cobra. De vez en cuando la invito a cenar. Ella se alegra de verme y yo, de que me escuche.

Necesito hablar con ella pronto. No puede ser. Esta pifia tan brutal. Seguramente no habría podido salvar de la muerte a ese pobre desgraciado, pero sí habría podido ver la cara de quien lo mató. Y distinguiría el efecto de la causa. Me estoy haciendo mayor. Miro el móvil. Llamo a Eva. Salta el contestador. Puto buzón Movistar. El dinero más fácil de ganar para cualquier empresa del mundo. Pasas por un túnel sin cobertura, buzón Movistar. Estás en un ascensor, buzón Movistar. Vas al cine o el teatro, buzón Movistar. Su puta madre, buzón Movistar. Cabrones, buzón Movistar. Caja, cobre. Y claro, después, cuando te devuelven la llamada, a cobrar otra vez. Eso, si no estás desconectado y... buzón Movistar.

Le dejo un mensaje a Eva en un inglés de andar por casa:

Eva. Soy Albert. Necesito que me escuches un rato. ¿Podemos vernos? ¿Cenamos? ¿Carne o pescado? ¿O marisco? Please, I need you.

Cuelgo y vuelvo a la arena.

La mitad de la gente se ha ido, se ha levantado el cadáver. No queda prácticamente nadie. Se ha roto el cordón que separaba el orden del cotilleo y todo se ha entremezclado. Pero nada y nadie.

Anda, joder, sí. De pronto vuelvo a ver a la chica de las gafas de sol encima de una roca, mirando el mar como si buscase algo. Se ha quitado las gafas. Lo intuyo aunque esté de espaldas porque se las veo encasquetadas en la cabeza. Mira hacia abajo durante un buen rato, vuelve a ponerse las gafas y se sienta en la piedra con las piernas dobladas.

Desconozco lo que hace, si ríe, si llora, si es bizca, guapa, fea... Nada.

La tengo de espaldas. Pero ¿qué coño hace esta tía aquí sentada mirando el mar?

¿Se lo pregunto? ¿Me acerco? ¿La dejo en paz? ¿Qué hago? Decido alejarme, pero sin perderla de vista. Me suena el móvil. Es Eva, que me devuelve la llamada. Ahora no. Cuelgo. Buzón Movistar. Lo siento, guapa.

Desde los soportales donde está el restaurante se ve el espigón a la perfección, y más ahora que es de día y cae un sol que hace sudar a las piedras. La chica lleva un rato allí plantada como si nada, caminando por la zona. Me preocupaba una hipotética insolación, pero al cabo de un rato ha decidido marcharse. Ahora es mi ocasión, pienso.

La clave, para saber quién es, es saber adónde va.

Cinco minutos después ya ha dejado la arena y camina en dirección al Hospital del Mar. Es una mujer elegante o por lo menos me lo parece. Tiene ese algo que se tiene o no se tiene. Y ella lo tiene. Sí que lo tiene. Y mucho. La sigo desde muy lejos. Va unos ciento cincuenta metros por delante de mí por el Paseo Marítimo, cerca del parque de la Barceloneta. Ahora cruzo una calle de nombre insólito que no sabía ni que existía: Trelawny.

¿Qué coño será Trelawny?

La chica de las gafas de sol camina a buen ritmo. No parece que tenga intención de coger ningún coche ni de pararse a llamar un taxi. Ni de buscar una parada de autobús, porque ha pasado de largo de una. No mira atrás. Tira recto, lo que indica que, si va a buscar el coche, no lo tiene en un aparcamiento cercano, ya que disponía de uno en el mismo Hospital del Mar. O vive por aquí o trabaja por aquí. Si tengo que quedarme con una opción, escojo la segunda. Una chica no viste así si es de por aquí. Efectivamente, es clasismo, pero no me equivoco. Estoy seguro.

La chica que destaca por el rojo del vestido lleva zapatos planos y, por tanto, puede caminar sin cansarse en exceso. De pronto decide doblar por una calle cuyo nombre desconozco pero es el punto donde termina el parque de la Barceloneta.

Decido apretar el paso, porque no quiero perderla de vista si la calle es corta. En medio minuto me planto en la calle por la que ha girado. Se llama Andrea Dòria, según el rótulo. La calle es corta pero he cogido un buen ritmo porque la atisbo a unos cien metros acera arriba. Creo recordar —tenía una amiga que vivía en un piso de la Barceloneta— que entrar en este barrio es como penetrar en un enjambre de callejuelas pequeñas que recuerda al Plan Cerdà en miniatura. Tengo que ir más rápido; si no, la puedo perder. De repente vuelve a girar a mano izquierda. Parece como si caminara más deprisa, pero no se ha vuelto ni una vez. Se sabe perfectamente cuando alguien es consciente de que lo sigues. Y la chica de las gafas de sol no tiene ni idea. Ahora veo el nombre de la calle minúscula: Proclamació. Ni puta idea. Empiezo a correr sin esprintar. Joder con la tía. La calle (a cualquier cosa la llamamos calle en este país) va a dar a una plaza. Miro a la derecha, miro a la izquierda. Miro recto. Nada.

Justo enfrente hay una pequeña plaza con un par de árboles a la derecha, unos

cuantos bancos y mucho cemento. La vuelvo a ver. Por la calle Sant Carles. Ha acelerado el paso. Debe de hacerse tarde. Gira de nuevo a la izquierda. Parece que quiera recortar por estas calles pequeñas para llegar a su objetivo. Supongo. Disimulo en mitad de un grupo de chicos jóvenes con absurdos patinetes que pasan en bandada. ¿Hay cacharro más absurdo que un puto patinete? Me driblan y me entran ganas de hacerles descarrillar. Vuelve a girar y vuelve a hacerlo hacia la izquierda. Calle Vila Joiosa. Y por delante, ella. Que, sin pensárselo mucho, abre la puerta del copiloto de un coche y se sienta. Parece un Audi Tres. Es gris. Se sienta al lado de un hombre que parece más joven que ella. Es un Audi Tres, sí. Lo veo cuando arranca. Me quedo con el final de la matrícula: HHA. Juraría que 0424. Pero no estoy seguro.

La he perdido.

Y es evidente que esta chica de las gafas de sol no estaba allí curioseando. Esta chica sabe algo, seguro.

—Llegas tarde —dijo con tono nervioso.

—¿Qué pasa, Oriol?

—Lo he hecho yo, solo.

—¿De qué hablas?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo con ojos dubitativos y mordiéndose los labios.

—Dime —respondí con voz calmada.

—¿Qué pensaste...? —Hizo una pausa sin apartar la mirada—. ¿Qué pensaste cuando acompañaste a papá a la habitación la última noche?

¿A qué venía todo eso ahora?

Nunca habíamos hablado de la muerte de nuestro padre. Era un pacto de silencio. Nuestro padre había muerto por culpa de la esclerosis. Ninguno de los hermanos se había ocupado. Y ahora este hijo de puta...

—¿Qué te pasa, Oriol?

—¡Necesito saberlo!

—¿Por qué necesitas saberlo?

—Lo hiciste muy bien —pronuncia con una media sonrisa.

—Oriol...

—Pero ¿qué pensaste? ¿Qué cojones se te pasó por la cabeza?, dímelo.

Una respiración acelerada. Fuerza. Un estertor. Un cuerpo tenso, moviéndose. Más fuerza. Luchaba, pero no podía más. Después, paz. Silencio.

De repente, Oriol calló.

Tenía los ojos completamente desorbitados y la mandíbula desencajada. No sé qué coño había tomado, pero iba hasta las cejas y yo cada vez estaba más mareado. Caminamos por la playa. Intenté calmarlo. Entonces paró en seco y se echó a reír, era una risa tenebrosa que nunca le había visto, decía palabras sin sentido, inconexas, habló de las competiciones que hacíamos los dos en el agua, decía que siempre ganaba yo, que siempre hacía trampas, decía trampas muchas veces, trampas, y me miraba, trampas, y se partía de risa.

Me volví, alterado, para ver si a nuestro alrededor había alguien, porque no quería que aquella conversación llegase a otros oídos, que pudieran vernos. Estábamos solos, completamente solos en la playa. Lo único que veíamos eran las luces de los restaurantes y chiringuitos, a más de cuarenta metros.

—Oriol, hazme caso, vamos a casa y lo hablamos tranquilamente, quiero que me expliques bien todo lo que me quieres decir...

—No tienes ni puta idea, hermanito. Ni puta idea...

Nos paramos.

—Oriol, Oriol, no estás bien, este no es lugar... ¿Me oyes? Oriol, escúchame un momento, iremos a casa y todo se solucionará...

Caminamos un poco más hasta llegar al espigón. Intenté acercarme. Teníamos que hacer las paces.

—Calla —me ordenó.

Emitía una respiración que parecía un gemido. Y yo empecé a encontrarme mal. El estómago, la boca...

—Oriol...

Lo intenté por segunda vez, me acerqué, pero ahora con mucho más cuidado. Oriol se había dado la vuelta, tenía la mirada perdida en el mar. Era noche cerrada, ya no se veía nada. Y no dejaba de repetir la palabra «trampa». «Trampa. Trampa». No quería que llamásemos más la atención, en cualquier momento podía pasar un *runner* hijo de puta o alguien paseando al perro y llamar a la policía: dos imbéciles se están gritando en medio de un espigón.

Y cuando le puse la mano en el hombro prudentemente, dio media vuelta y me atizó un puñetazo que me hizo caer al suelo fulminado.

—Trampas, has hecho trampas. Trampas. Trampas.

Todavía en el suelo, vi de reojo cómo se movía de un lado a otro, intentando mantener el equilibrio. A mí la cabeza me daba vueltas. Me toqué la nariz y la tenía llena de sangre. Me había pegado. Mi hermano pequeño me había pegado. Nunca lo habíamos hecho, ni de pequeños ni de adolescentes; hacía años que no nos tocábamos, y de repente me había pegado.

No recuerdo qué le dije después, no sé si tuve entereza suficiente para intentar calmarlo... Tal vez las pastillas, la sangre o toda la rabia acumulada no me dejaban decir nada. La nariz no paraba de sangrar y me dolía todo el cuerpo. Quería estrangularlo.

Oriol, quieto como un muñeco, me miraba. Era del todo imprevisible. Me levanté, él se acercó lloriqueando e intentó abrazarme, pero yo le pegué un empujón.

—No me toques, desgraciado.

Eso lo enfureció más y le hizo retomar su letanía de palabras inconexas. Ahora hablaba todo el rato de nuestra madre. También me dijo que yo había matado a nuestro padre, que él era tan asesino como yo, que éramos la misma mierda, la misma mierda y me escupió.

—¿Qué dices? —No le entendía.

Entonces me asaltó la sospecha. «¿Qué pensaste...? ¿Qué pensaste cuando acompañaste a nuestro padre la última noche a la habitación?».

—¿Qué has hecho, Oriol? ¿Qué coño has hecho?

Volví a mirar por última vez si había gente cerca, no se veía nada, parecía que la oscuridad nos estuviera engullendo, y a lo lejos las luces de los bares y las terrazas...

—¿Cuánto hace que no vas a ver a mamá? Si me hubieses contestado el teléfono... Mamá sufría. Y yo no quería que sufriese. No queremos que la gente a la que queremos sufra, ¿verdad, Jofre? ¿Verdad que no? Tú no querías que papá sufriese y yo no quería...

No dejé que acabara la frase, me lancé sobre él. Si era verdad que nuestra madre estaba muerta, que la había asesinado ese hijo de puta, no respondería de mí.

Le pegué un rodillazo en el estómago y le vi caer doblado. ¿Hablabas en serio? ¿O era un farol? ¿Me estaba mintiendo? No podía ser verdad. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? ¿Para joderme? ¿Porque nos odiaba tanto a Mireia y a mí que no podía soportarlo? Cada vez me costaba más coordinar las fuerzas y las extremidades. Estaba muy mareado. Me apoyé en un parapeto. Quería vomitar. Vomitar.

Y Oriol, enfurecido, no paraba de gritar, y se puso más nervioso. Me insultaba y decía que yo había matado a papá y que era el mayor hijo de puta, que le había arruinado la vida, a él y a toda la familia. Y cada vez que se llenaba la boca con nuestro padre, me hervía la sangre.

Yo tenía las manos calientes, y el corazón me palpitaba delirante en el pecho. Y él venía directamente hacia mí.

Se me echó encima, pero lo esquivé. Tendría que haberlo lanzado directo al mar, tendría que haberle aplastado la boca contra las rocas, pero cuando me aparté para evitar el golpe, el mareo me hizo resbalar... Ya no controlaba el cuerpo... caí y él, que estaba al borde del espigón, me miró sin entender nada... y vio cómo me precipitaba lentamente al mar.

He ido a comer a Can Vilaró, que, junto con el restaurante de Fermí Puig, son los dos mejores lugares que conozco de Barcelona para comer judías verdes. En Can Fermí las acompañan con trozos de jamón serrano, aquí con patatas hervidas. De segundo me he zampado un conejo con hierbas para llorar de la emoción. Y, para regarlo, un vino de Gadesa que no sé si es blanco o tinto porque, en cuanto a color, es una mezcla de los dos. En cuanto al sabor, digamos que es de esos que lo matan todo.

Mientras me tomó el café recibo un WhatsApp del pesado de Rubén:

Ni un triste adiós. La noche debió de ir bien

Estos mensajes que no tienen alma y no sabes si son una colleja o una ironía.

Estas chorradas, o las acabas rápido o pasan a formar parte de las preocupaciones absurdas. Por lo tanto, marco el teléfono de Rubén.

—Hola, ligón.

Es indiscutible que el mensaje era pura ironía.

—Hola, imbécil.

Y estalla en carcajadas.

—¿Qué? ¿No te querías acostar temprano porque tenías trabajo esta mañana? Menos mal.

Y sigue riendo, el muy zoquete.

—Mira, guapo —le digo—, fue bien. Dejémoslo así.

—Y Eduard, ¿qué tal?

Y replico con un silencio doloroso. ¿Cómo cojones sabe Rubén que se llama Eduard?

—¿Qué dices? —le pregunto con muy mala leche.

—Sí, hombre, Eduard. Es un clásico de las noches de Barcelona.

Y me cae encima un jarro de agua fría. Segundo error en apenas veinticuatro horas.

No existe ninguna ley universal que explique qué decanta la balanza de un lado o del otro. No existe justicia alguna ni lógica alguna contra el caos. Estamos aquí y no podemos hacer nada al respecto. Sobrevivir ya es mucho. Y es verdad que a algunos les destrozan la vida de pequeños y ya nunca pueden volver; otros arrastran los pecados de sus ancestros y tampoco salen adelante. A veces, solo es cuestión de estar en el sitio justo en el momento adecuado, y eso tampoco lo controla uno, ni el cuerpo ni el mareo... y Oriol que tiembla al borde del espigón mirándome sin entender nada... observando cómo me precipitaba lentamente al mar y chocaba contra las rocas.

Primero un golpe en la cabeza.

En las piernas.

En el tronco.

No grité.

Mi hermano se quedó mudo viendo cómo me ahogaba poco a poco.

Miraba, al igual que yo, cómo su hermano había tropezado en el espigón. Cómo me sumergía... cómo abría los brazos pidiendo auxilio, auxilio, auxilio, pero no podía hablar, solo tragaba agua, no podía respirar, tenía la sensación de que la cabeza me pesaba una tonelada y llevaba los zapatos llenos de cemento. Lo veía todo borroso, estaba confundido y el agua estaba fría, muy fría. No recuerdo si con un último esfuerzo logré acercarme a las rocas, era un instinto inútil...

Oriol me miraba inmóvil, ayúdame, hijo de puta, ayúdame, y yo no sentía que la vida se alejara de mí, no oía ninguna música, ningún aviso, ninguna palabra reveladora, no encontraba la paz en mi interior, no veía a mi padre, ni a mi madre, ni sentía la espantosa tranquilidad de que aquello era el final, el vacío absoluto, nada que se pareciera a nada...

Solamente yo, solo, y el peso de mis huesos y el frío que había calado en mi interior, solamente yo, solo, de noche, en medio de una playa asquerosa de Barcelona ahogándome, muriéndome, mientras mi hermano huía.

—¿Eva?

—Hola, Albert.

A cagar el buzón Movistar.

—¿Cenamos?

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—No puedo.

—¿Imposible?

—Nada es imposible aunque sea poco probable.

—Cámbialo.

—¿Qué te pasa?

—Me hago mayor y es un drama.

—Yo también y ya lo sé.

—¿Cenamos?

—¿Mañana?

—No. Hoy.

—No puedo.

—Nada es imposible. Hazlo por mí.

—Es que he quedado con...

—Conmigo en el Disfrutar.

—La madre que te parió. Eres un chantajista.

—A las nueve.

—No te lo puedo asegurar. Dame unos minutos.

Al cabo de diez minutos, el WhatsApp de Eva:

Ok 21 h. Disfrutar. Prepara la visa

Respuesta:

Pagaré en cash

Eva está de buen ver, y mejor tocar. Rubia, con el pelo rizado, muy rizado, es como si le cayesen barrenas de la cabeza. Delgada, muy fina, muy blanca, aparenta treinta años pero ya se acerca preocupantemente a la cuarentena.

Va vestida con unos tejanos muy claros y una blusa negra con chaqueta blanca. Estupenda de la vida. Llega tarde. Un cuarto de hora esperando a la puerta del restaurante en la calle Villarroel. Resopla como solo saben resoplar los que llegan con retraso.

—Lo siento —dice con expresión compungida.

Abrazo, beso cariñoso y olvídete.

—¿Entramos? ¿Has estado alguna vez? —le pregunto.

—Es la primera vez y lo sabes, malnacido.

Río con ganas porque si ha cambiado la cena es precisamente por venir al Disfrutar, un sitio de moda de Barcelona donde se come divinamente, a buen precio y en una buena ubicación.

Oriol, que es a quien conozco, Mateu y Eduard se encargan de esta bestia gastronómica. Coincidieron trabajando en El Bulli para Ferran Adrià y montaron este restaurante en el Eixample barcelonés, junto al mercado del Ninot.

Eva me pregunta si es verdad que tiene una estrella Michelin. Le digo que sí, aunque, ciertamente, a mí me la suda. Le daría veinte estrellas a Can Vilaró y a las patatas con judías que me he zampado este mediodía. Tengo hambre, ahora que lo pienso, porque es poca cosa para lo que suelo almorzar.

—Hola, señor Martínez —me saluda Hug, uno de los camareros.

Me entusiasma que, en un restaurante, me reconozcan la veteranía.

—Hug, te he dicho mil veces que me llames Albert —le digo con ternura.

—Perdone, Albert, es la costumbre —responde.

—O es perdone o es Albert. Las dos cosas son incompatibles. Por lo tanto: perdona. Y quedarás perdonado de inmediato —le suelto.

Ríe y me da la carta de vinos. Le digo que nos prepare el menú Festival.

—Gran elección, como siempre, Albert.

Estoy a punto de besarle. Estos son camareros de una gran exquisitez. Saben hacerlo bien. Aplauden la elección, la reiteración y cumplen tus órdenes. Hug lo ha hecho con una sola frase.

—Gracias —respondo.

—¿Alguna intolerancia, la señora? —pregunta a Eva.

—Nada. Adelante con todo.

—Y para beber antes del vino, ¿algún aperitivo?

—Un agua con gas —pide Eva.

—Para mí, también. Ahora te pido el vino —le digo al joven camarero.

Eva me mira y sonrío.

—Te gusta el muchacho, ¿eh? —pregunta irónica.

—Para secuestrarlo y adoptarlo. Nada de sexo. ¿No ves que es como un hermano pequeño?

—Por cierto —cambia de tema Eva—, un menú que se llama Festival para cenar, ¿no es pasarse un poco?

—Es el más suave. También tienen el Gran Festival.

—¿Blanco, tinto o rosado?

—¿Rosado? ¿Te gusta?

—Me ofende la pregunta. A partir de marzo, rosado o blanco hasta septiembre. Fresquito y para adentro.

—Pues un rosado.

Cierro la carta de vinos y al cabo de medio segundo Hug pregunta, que no confirma, si ya hemos decidido.

—Un Gramona Primeur rosado.

—Perfecto, Albert. Enseguida.

Al cabo de pocos minutos ya tenemos el agua con gas, el vino abierto, una cubitera y las copas con los líquidos. Y el clásico de la casa que no entra en el menú Festival, pero, «como deferencia a vuestra presencia, Oriol me ha pedido que os lo traiga»: la aceituna que explota, que ya hacía Ferran Adrià en El Bulli, y la galleta con Idiazábal y zumo de manzana y apio. Me hago el interesante, pero al abrazo le añadiría ahora un morreo. Anda que no saben quedar bien. A Eva le explota la aceituna, hace una mueca y dice que es uno de los platos más originales y exquisitos que ha comido nunca. Echa un trago de vino rosado.

—Y a ti, ¿qué te pasa ahora? —pregunta.

Este «ahora» es insultante porque quiere decir que ha habido uno antes, o muchos y, pese a ser una gran verdad, parece que se cachondee.

Me paso toda la cena explicándole lo de Eduard y lo del hombre que se ha caído en el espigón.

Van trayendo platos que no se pueden explicar con palabras. Un *tatin* de maíz y fuagrás, ceviche, una conserva de navajas y algas con sal, una berenjena frita, atún con frambuesas marinadas, un *risotto* de tomate y albahaca, una especie de sándwich de gazpacho, un *suquet* de langostino... Y todo dándole al vino, que se acaba. Yo pimplo, pero ella no es manca. Cae la segunda botella de rosado. Nos traen, dice Hug, un capuchino de *suquet*, un salmonete que te hace saltar las lágrimas de bueno, con papada, unos ñoquis de berenjena y, finalmente, un pichón que según nos dicen está hecho a la marroquí.

Durante toda la cena Eva me deja dos titulares, ambos positivos. Es el resumen del festival: «Si resuelves lo que ha pasado con el hombre que cae, no hay problema, y si aclaras quién es Eduard, más allá de la frase que te ha dicho Rubén, tema zanjado».

Me siento tan bien cuando hablo con Eva... y ella me suelta un coscorrón doloroso:

—¿Sabes cuál es el problema, Albert? Que no te quieres. Tienes un problema de autoestima enorme. No te dejes engatusar por una frase de mierda de Rubén. Resuelve este caso. Es muy bueno y muy fácil. Con una llamada tienes suficiente. Igual que con lo que viste. Piensa que, si no hubieras estado, ni te habrías enterado. Quiérete y resuelve el caso.

Nos traen los postres: una especie de pan con chocolate-naranja-aceite, un pastelito con *whisky* y un brazo de gitano de café, todo pequeño pero, como pasa en estos casos:

—Estoy a punto de explotar —dice Eva.

Y yo más, cuando recibo un mensaje en el móvil:

Ya no me quieres? Eduard

La noche antes del desastre había llamado a Jofre un montón de veces. ¿Quién cojones se creía para no responderme? El teléfono me temblaba en las manos. Era tarde, de acuerdo. No sé qué hora era.

Pero lo dejé bien claro:

Tete, soy Oriol, sé que es tarde pero es importante, por favor, llama en cuanto puedas, tenemos que hablar... de mamá... Tenemos que hablar, ¿vale?

Tete, soy yo, Oriol, no sé si has oído el mensaje o no... o quizá no lo he grabado bien, sé que es muy tarde, pero llámame, ¿de acuerdo? Llámame o escíbeme un mensaje y te llamo. Pero tenemos que hablar de mamá.

Jofre, ¿no piensas mirar el puto teléfono en toda la noche? Soy Oriol. ¡Llámame, hostia, llámame, por favor!

¡Joder!

Después del último mensaje me costaba respirar. No sé cuántas horas hacía que no dormía. Me desplazaba de un lado a otro como si estuviera en una pista de patinaje. Encima de la mesa del comedor, el DVD de la película *Persona* de Ingmar Bergman y, esparcido sobre el rostro de Liv Ullmann, lo que me quedaba de coca.

Cuando ya empezaba a amanecer, Jofre me envió un WhatsApp. ¿Un puto mensaje? ¿Un mensaje de mierda, después de tantas llamadas? ¿Me estaba vacilando?

Agarré el móvil, aún tenía lucidez suficiente para no estamparlo contra la pared, pero en aquel momento me habría dejado llevar, si no hubiera sido porque ya sonaba el segundo tono, y respondió:

—Oriol, ¿qué quieres? Son las siete de la mañana. —Tenía muy mala voz.

—Tendríamos que vernos lo antes posible —le supliqué con el tono más amable del mundo.

—¿Esta semana?

¿Esta semana? ¿Qué se creía? ¿Lo antes posible quería decir esta semana?

—Mañana.

Me dijo que estaba muy liado, que no podía, yo insistí y, como si me hiciera un favor, me dijo, sin asegurarme nada, que a lo mejor podríamos vernos por la noche. No me quedaba otra opción. De acuerdo, por la noche, porque antes no podía. Y una mierda, claro que podía, pero no le salía de los cojones.

—¿Dónde quieres quedar? —me preguntó.

—En la playa. En el espigón de la Mar Bella.

Y colgamos.

Noté que el sitio no le dejaba indiferente, pero si quería llamar la atención tenía que utilizar todas mis armas. Me eché en el sofá, con la intención de dormir el resto del día para estar despierto y en buenas condiciones por la noche.

Había pasado una semana en el infierno. Porque supongo que, si el infierno adopta alguna forma humana, alguna forma que podamos reconocer, no puede ser muy diferente del asilo al que habíamos enviado a nuestra madre. Será como un hotel, sentenció Mireia haciendo gala de un cinismo infinito.

El sitio quizá sí que daba el pego, porque era grande, con espacios diáfanos y mucha luz, con ascensores sin espejos, unas vistas a la playa espléndidas y unos muebles que debía de haber escogido algún decorador homosexual con un máster de vete a saber dónde. Reconozco que tampoco es que estuviera sucio, apestaba a lejía, había sudamericanas que limpiaban hasta el último rincón, cuidadoras o enfermeras (no sabía distinguirlas) que intentaban que los abuelos estuviesen mínimamente despiertos, contentos era imposible, y puede que sí, que vista desde fuera aquella residencia pareciese un lugar extraído de alguna postal.

Pero no nos engañemos. Jofre y Mireia lo habían meditado durante mucho tiempo.

Bastaba quedarse una tarde, un rato, no mucho más, pasear por dentro, sentarse al lado de mi madre. Cuando me veía llegar me daba unos abrazos... Nosotros, que nunca nos habíamos tocado. Me daba una pena espantosa verla allí, desorientada los primeros días, enfadada las primeras semanas, y mustia después. Al principio hablábamos mucho, bueno, hablaba ella, y como de los tres hermanos yo era el único que iba a verla, pobrecita, siempre hacía preguntas, me pedía explicaciones, y tenía toda la razón del mundo para hacerlo, pero yo no disponía de respuestas. Yo callaba, muerto de vergüenza, cuando ella me preguntaba:

—Oriol, me vienes a buscar, ¿verdad?

—No, mamá.

—¿No nos vamos?

—Vengo a verte. ¿No te hace ilusión?

—Mucha. Pero ahora nos iremos, ¿no?

No paraba de repetirlo y a mí se me partía el corazón y me entraba un asco irremediable hacia los tres hermanos. Después se calmaba y hablaba siempre de mi padre. Me contaba anécdotas que no sabía si eran inventadas o si realmente aparecían en su memoria como un conejo de una chistera en un truco de magia. Y cuando lo hacía, cuando se dejaba llevar por los recuerdos, gesticulaba y reía enseñando aquella dentadura pegada a conciencia y parecía por unos segundos que estaba bien.

Lástima que la tristeza de aquella residencia se mezclara con el oxígeno. Eran los años, las sillas de ruedas, los abuelos silenciosos como zombis sacados de cualquier

serie norteamericana delante del televisor. Eran los gritos de uno, las quejas de otro, una enfermera que intentaba ser simpática, pero solo encontraba la indiferencia como respuesta.

A mi madre le gustaba escribir, llevaba un diario personal donde lo apuntaba todo. Y a menudo me lo enseñaba y presumía de buena letra. En él constaban los menús, quién la visitaba, si venía alguna amiga del pueblo, alguna conversación que había oído y las neuronas se conectaban de repente, noticias...

—Mamá, estás muy guapa.

—Y tú más, hijo. Los tres sois muy guapos. ¿Sabes por qué?

—No.

Y entonces respondía pícaro:

—Porque os parecéis a mí.

Pero cuando llegaba la hora de despedirnos, a mí se me formaba un nudo en el estómago. No quería irme. Alguna vez llegué incluso a pensar en secuestrarla y llevármela a algún hotel de la costa Amalfitana, los años que fuimos más felices.

—Mamá, ahora tengo que irme. Que ya es hora de cenar y van a venir a buscarte, ¿de acuerdo?

—Pero ¿es que no me voy contigo?

—No, mamá.

—Pero ¿es que no has venido a buscarme?

—No, mamá...

—Pero ¿cuánto tiempo más vais a dejarme aquí?

—¿No estás bien?

—No. Quiero volver a casa. Tu hermana dijo que si no me encontraba a gusto me sacaríais de aquí.

—Sí.

—¿Y cuándo será?

—Pronto, mamá. Hablaré con Jofre y Mireia y te sacaremos de aquí.

Sonó el despertador.

Había dormido casi todo el día y no había comido nada. Tampoco tenía hambre, el estómago se me había cerrado completamente. Desperté en el suelo del comedor con los labios reseco y la boca pastosa. No había logrado quedarme en blanco, descansar como un tronco... La mezcla de droga y sueños no suele dar buenos resultados.

Ahí dentro se me aparecía mi padre. Indolente y desagradecido. Iba vestido de verano, con bermudas y sombrero. Nunca lo había soportado, y él a mí tampoco. Si con mi madre en la residencia sentía que nuestro cordón umbilical era indestructible, mi padre dejó de interesarme desde que tuve un mínimo uso de razón y entendí que era un farsante, que no tenía talento ni para los negocios ni para querer a sus hijos. Afortunadamente, hacía muchos años que había decidido alejarme de la familia,

porque la enfermedad de las familias no la cura ningún medicamento.

Me duché, repasé las llamadas del móvil y escribí un tuit:

El cine de Bergman es adictivo

Una foto del póster de *Persona* y un emoticono de mierda. Los emoticonos siempre me parecen una mierda, pero a la mayoría de la gente le gustan.

Salí de la ducha y repasé unos cuantos Favs (o «me gusta», tócate los huevos) y retuits, me vestí y me dirigí al espigón de la Mar Bella.

Todo me parecía muy confuso.

Existir era muy pesado.

Cerré la puerta y bajé los escalones de dos en dos, pero a medio camino me asaltó un pensamiento, de golpe y porrazo, como un autómatas, me giré y volví a subir por la escalera. Abrí la puerta nervioso, me temblaban las manos, y rebusqué por todas partes, entre los libros y revistas, porque sabía que aún me quedaba algo de perico en algún rincón.

Uf... Encontré una bolsita, suficiente.

Al salir a la calle no me lo podía creer, era completamente de día. Miré el iPhone y no tenía batería. ¿Había escrito aquel tuit o me lo había parecido?

Me acerqué a una farmacia y pregunté qué hora era:

—La una del mediodía.

Aún faltaban siete horas para ver a mi hermano. ¿Cuánto rato me había quedado en el sofá sin soñar nada?

A las siete de la mañana es triste salir a la calle si puedes hacerlo a las diez. Las diez es la hora a la que me gusta salir de casa. Antes, pocas cosas interesantes pueden pasar en mi vida.

Hoy tengo que ir al juzgado a declarar como testigo por el hombre que cayó. He desayunado en la plaza de Sarrià, cerca de casa. Digo de casa porque no vivo en un piso. Vivo en una casita del barrio más cuco de los que cortan el bacalao. Y cuando salgo me gusta tomar el café en la plaza, al lado de la pastelería Foix.

He cogido *La Vanguardia* y he empezado a leer un rato buscando información sobre el difunto. Voy al juzgado.

Arranco la moto y me plantó allí en veinte minutos. Ciudad de la Justicia. Y adentro, previo paso por el arco de seguridad, uno de los sistemas más odiosos que existen en la sociedad de la globalización. Me compré hace unos meses cuatro cinturones de hebilla gruesa. Dos marrones y dos negros. Uno de cada para ir bien vestido y uno de cada para ir bien vestido pero más de *sport*.

Siempre que tengo que pasar por un arco de estos, y por desgracia tenemos que hacerlo cada vez más, debo quitarme el cinturón, las llaves del coche, las monedas y la Montblanc y abrir la bolsa y sacar el ordenador, el iPad y el móvil. Es un drama, no por la pérdida de tiempo, sino por la pereza que da sacar y meter y la incomodidad que siento cada vez que me silba el arquito de los cojones.

El juez David Bartra, que, según dicen las voces de ultratumba, parece que es tío segundo del exjugador del Barça, me hace esperar diez minutos, me recibe con un apretón de manos y me invita a sentarme. Hace años que lo conozco. Hemos tomado café en varias ocasiones. Serio, con buen sentido del humor y un sentido de la justicia admirable. De esos jueces que valen la pena. De los que querría tener como juez si fuese inocente y no tener si resultara culpable.

La declaración dura diez minutos. Al grano: qué viste, cómo iban vestidos, qué hora era, dónde estaba yo, qué hacía allí y por qué no hice nada, la pregunta que no quería que me planteara y para la cual, pese a todo, tenía la respuesta preparada: porque era de noche y no podía imaginarme que nadie tirase a alguien desde un espigón a las nueve de la noche en la playa de Barcelona.

Nuevo apretón de manos.

—¿Te ocuparás del caso? —me pregunta el juez mirándome con unos ojos claros que efectivamente me recuerdan a Marc Bartra.

—Sí. Y ahora que ya no me estás tomando declaración te contestaré con más afecto que el que le he demostrado al juez hace un momento: porque no entiendo cómo es posible que no actuara y tengo cargo de conciencia.

El juez ríe y me suelta:

—Qué poca estima te tienes.

Touché.

Del mismo modo en que, si nos rodeamos de gigantes, sin saber cómo, acabamos creciendo, si nos rodeamos de serpientes, tarde o temprano nos morderán.

Todo empezó a torcerse la Nochevieja en que nuestro padre nos dijo que se moría, y la putada era que no se moría de golpe, y la otra putada todavía más grande, que no era tan valiente como los abuelos..., y el muy desgraciado no nos lo quería decir, nos aclaró que lo hacía obligado por nuestra madre.

Aquella noche me fui de casa y creo que todavía no he vuelto. Sí, físicamente, de vez en cuando, tenía que ver a mis hermanos, hablar con ellos, planificar cuál era la mejor manera de encarcelar en el asilo a nuestra madre, vernos en el entierro de nuestro padre... Pero, después de la duodécima campanada, después de la última sílaba del discurso del patriarca mientras mi madre clavaba la mirada en el suelo, yo desaparecí para siempre de aquella familia.

Me alejé tanto que, cuando mi hermano me suplicaba auxilio en aquel espigón, no lo reconocí, ya no sabía quién era.

El miedo me paralizó, me cubrió el cerebro con una extraña neblina, me inmovilizó. Sin saber qué hacer, dejando que la inercia misma me dictase una solución, miraba a mi hermano pero no lo reconocía, no era Jofre, era otro, completamente diferente, como si las facciones de su cara, la fisonomía, hubiese cambiado del todo.

Mientras gritaba no dejé de mirarlo, hubiese querido darme la vuelta y correr, pero por algún absurdo motivo me quedé allí plantado, inútil, como si un hilo invisible me impidiese marcharme.

Sé que, años atrás, mi hermano me admiraba. Vale, como el hermano mayor puede admirar al menor, con condescendencia y un pelín de orgullo. Pero veía en mí a un tío divertido e ingenioso. Habíamos reído mucho juntos y, cuando por fin me puse a trabajar, gracias a un amigo de mi padre que tenía *spas* y franquicias de masajes por todo el mundo, él me aconsejaba.

—No te pongas esa camisa, pareces un garrulo. ¡Estos pantalones hacen que todo el mundo piense que te falta un hervor, Oriol!

Y se meaba de risa cuando yo salía de casa treinta minutos antes, sudando como un cerdo, camino del matadero. Pero las cosas salieron bien, eran años en que ya no creíamos en los milagros, pero sí en las posibilidades; ¡él fue el primero a quien invité a mi despacho nuevo!

—¡Hostia puta, Oriol! ¿Tienes despacho?

—¿Qué te parece? —Tenía unas vistas de mierda, pero me daba igual.

—¿Es que le has comido el rabo a alguien o ahora por fin ya sabes dónde está Cuenca?

Se alegraba, aunque disimulase.

Me habían hecho indefinido y formaba parte del equipo estratégico. Mis

decisiones contaban porque aportaba la palabra justa en las reuniones, la anécdota divertida en las cenas de empresa y los compañeros decían que, para la edad que tenía, sabía escuchar.

Creo que la intuición empresarial de nuestra casa se saltó una generación, y todo el talento del abuelo fue a parar directamente a mí.

Pero muy pronto me aburrí. No tenían ningún sentido aquellos horarios y aquellos clientes. Dilemas absurdos, reuniones para discutir si subíamos un cinco por ciento el precio de los abonos anuales para ahorrarnos la subida del agua. Una cosa llevó a la otra. Vivir, de improviso, era una excusa. La gente de fuera del despacho también me aburría y con ella no tenía ninguna obligación de ser simpático.

Y cuando me atrevía a salir para conocer a alguien, porque me apetecía o por lo que fuera, era completamente inútil. En la vida real era un inútil desprovisto de talento, no sabía desenvolverme, y cuando me enamoraba (quizá no sea el verbo adecuado), cuando me obsesionaba compulsivamente, la gente de mi alrededor, sobre todo Jofre, que las veía venir a años luz, me avisaba de que aquello solo podía acabar fatal.

No me importaba.

Tal vez, sin saberlo, en el fondo me atraía la desgracia, sentía cierta propensión a buscar el error, a complicarme con mujeres casadas, extranjeras que se aprovechaban de mí.

—¡Esta vez, no, Jofre! He conocido a la mujer de mi vida.

—Oriol, cada semana conoces a la mujer de tu vida.

—¡Sí, pero esta es la hostia! Tendrá prórroga.

Y él callaba.

Macarena, la serpiente más guapa que me picó.

Macarena, yo la llamaba *Maca*^[3].

Sí. Le he contestado. Claro que no te quiero. ¿Cómo quieres que te quiera después de una madrugada escuchando a Raphael y de la cual no recuerdo ni qué hora era ni cómo entró la llave en la cerradura de casa? ¿Cómo quieres que te quiera si uno de mis mejores amigos me cuenta que en la noche marica te conoce media Barcelona? ¿Te has pasado por la piedra a medio Eixample y medio barrio de Sant Antoni? ¿O se te han pasado ellos? Nada. Una simple respuesta por WhatsApp:

No te quiero. Claro que no

Y una mierda de careto de esos con un beso en forma de corazón.

Cuando pulso «enviar» me doy cuenta de la cagada. La noticia no son las dos frases; es el emoticono. No he puesto énfasis suficiente en la dureza que me debería caracterizar y, en cambio, me he entregado a este festival de macramé en polvo que son las caras estas de idiotas compulsivos.

Le he dicho «No te quiero, pero te mando un besito de amor». Maricóoon de mierda que soy. Qué imbécil.

Al cabo de poco, él replica, pero lo hace con clase y elegancia, no como yo.

Si no me quieres, tus motivos tendrás. Si me los quieres explicar quedamos para cenar cuando quieras. Estaré encantado

La madre que lo matriculó. Me está proponiendo quedar. Y ahora dudo: le hago sufrir, si es que este tío sufre, o le respondo lo que deseo, decirle sitio y hora.

Mientras pienso llega un mensaje de Rubén. Siempre en medio, como el jueves.

Ya no me quieres?

Otro con carencias afectivas. Añado:

Llama a tu madre si necesitas amor. No me toques los huevos, Rubén, que no tengo el día

Recibo una respuesta concisa:

Ya lo veo

Insisto:

Disculpa. Ya hablaremos

Inmediatamente recibo la réplica:

Rubén tiene estas cosas que lo convierten en un gran tío. Que cuando lo necesitas, siempre está. El problema es que, cuando está, lo echarías a patadas porque te lo complica todo un poco más.

Y suena el móvil. Y claro, es Rubén.

—¿Qué quieeeres? —digo arrastrando la e.

—Saber qué coño te pasa. ¿Ha ido mal la declaración ante el juez?

—Nooo. No es eso.

—¿Qué es?

—Mira, por teléfono, no.

—¿Tomamos el aperitivo? Acabo de salir del gimnasio y tengo tiempo hasta la hora de comer. ¿Dónde quedamos?

Me da mucha pereza, pero quizá me convenga que me explique a qué se refería cuando me dijo que todo el mundo conoce a Eduard en la noche de Barcelona. Dependiendo de lo que me diga, actuaré en consecuencia.

—Dentro de media hora en la cafetería del Hilton.

—Buena elección.

Ya lo sabía. Cualquier café de hotel de cinco estrellas para Rubén es lo mejor. Lucir el cuerpo, la americana, el peinado repeinado, el perfume.

—Hasta ahora.

Voy en moto desde la Ciudad de la Justicia, en L'Hospitalet. Durante todo el recorrido he tenido tiempo de pensar en Eduard, pero sobre todo en aquella condenada chica de las gafas que he perdido y que no sé qué cojones tiene que ver con todo esto.

Rubén ya debe de estar sentado en la amable cafetería del Hilton. Va a un gimnasio cercano. También se mueve en moto y, a pesar de la vuelta que tiene que dar, en cuestión de cinco minutos llega. Durante los diez que tardo yo en ir de los juzgados hasta el hotel de la Diagonal, no miro el móvil, ni ganas. Por eso cuando dejo el casco atado a la Vespa blanca y me saco el teléfono del bolsillo interior de la americana veo dos llamadas perdidas y un mensaje. El WhatsApp es de Rubén, que llega cinco minutos tarde. Ha ido a poner gasolina.

Las dos perdidas son de un número de móvil que desconozco y del 123.

Marco el número.

Una voz de mujer ronca, muy cascada, que me recuerda a las de doblaje, me ha dejado un mensaje. Lo ha hecho después de escuchar uno con mi voz:

Soy Albert. Deja el mensaje. Que sea corto y coherente.

Ese vozarrón le responde:

Disculpe la llamada. Es por el tema de la muerte en el espigón. Sé que usted es un buen investigador. Me gustaría que llevara el caso. ¿Podría llamarme?

Y me deja un número. Cojo la Montblanc y lo apunto en una pequeña Moleskine que siempre llevo encima. La mujer no me ha dejado ningún nombre, algo que me pone especialmente nervioso. Si llamas, lo primero, el nombre, y después lo que te salga de las narices.

Veo cómo Rubén llega con la moto. Me sonrío al quitarse el casco.

—Hola, ligón —me dedica la broma absurda cuando mete el casco en el agujero de su moto pija.

—Hola, gilipollas —le digo con una sonrisa caída.

Y no sé qué hacer primero: si preguntarle por Eduard o llamar al número misterioso. Los dos casos delante de mí. Rubén se me abraza y le pido que me permita hacer una llamada.

—Te espero dentro —me dice—. Aprovecharé para trabajar.

Cojo el móvil, miro la Moleskine, marco el número apuntado y me da señal. Descuelga la misma voz cascada, con un «diga» ha bastado para saber que es la misma que me ha dejado el mensaje unos minutos antes.

—Soy Albert. ¿Con quién hablo?

Odio no saber quién es mi interlocutor y no saber de quién es una llamada perdida que no tengo en mi agenda.

—Hola, Albert. Me llamo Gemma. Disculpe la llamada, pero me interesaría saber si podríamos hablar un momento. Es por el tema del espigón. Soy pariente de la víctima y no sé muy bien cómo funciona contratar a un investigador privado, ni el precio ni toda esta parafernalia de novela negra. Así...

La corto. Ya me conozco esta cantinela.

—¿Cuándo le iría bien quedar?

—Lo antes posible.

La matraca de siempre. Quieren el trabajo para hoy mismo. Resolver el caso, pagar, enterrar al difunto, la pena, y adiós muy buenas.

—Tengo mucho trabajo, pero, si quiere, mañana para desayunar.

—Me parece perfecto. ¿Hacia qué hora?

—¿A las diez?

—Muy bien. ¿Dónde?

—¿Por dónde se mueve usted a esas horas?

—Por donde me diga.

Qué manía de que todo lo decidamos los demás. Estoy a punto de decirle que quedamos en Sos del Rey Católico.

—Pues mire, a las diez en punto en el Mauri de la calle Provença.

—Hecho. Hasta mañana.

Cuelgo y entro por la puerta principal del hotel Hilton de la Diagonal de

Barcelona. A mano derecha, el bar, de tan pulcro, parece que no se haya ensuciado nunca. Al fondo del salón veo a Rubén despatarrado, con elegancia, eso sí, en uno de los sofás, con un café y un bocadillo invisible de queso.

—Tienes hambre, ¿eh, ladrón?

Esta ridiculez de bocadillos sin alma ninguna que los liquidas de dos dentelladas. Rubén finge que no me oye. De repente, me mira con cara de pocos amigos.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —me espeta.

—Mejor me siento primero.

No me gusta sentirme acorralado por muy chorra que sea la situación. Y Rubén me hace sentir contra las cuerdas con esa mierda de pregunta.

—Mira. Me pasan demasiadas cosas y tengo una edad que ya...

—Tengo una edad, tengo una edad... ¿Qué coño quiere decir que tienes una edad? Como todos. Basta ya de pensar en la edad. ¿Estás bien? ¿Trabajas? ¿Ligas? ¿Te lo pasas bien?

A veces, la vida es muy simple y es de los simples. Y Rubén lo es. Y cuando menos te lo esperas, explota su sencillez.

—Mira, Rubén, si tienes razón, pero...

Llega el camarero. ¿Por qué los camareros aparecen siempre en el peor momento de una conversación?

—Un café doble muy cargado, un cruasán de chocolate y una botella de agua fría.

—De acuerdo —dice el camarero sin mucho brío.

—¡Pero si todo es culpa tuya! —le grito a Rubén.

—¿Qué coño he hecho ahora?

—Chismorrear.

Rubén pone cara de no entender nada.

—No te entiendo.

Efectivamente.

—Eduard... ¿sabes quién es?

—Claro que sé quién es. Eduard Miñambres.

—Vaya, muy bien. Y lo conoce media noche barcelonesa, me aseguraste.

—Sí, claro. Y me quedé corto. Es uno de los mayores organizadores de fiestas de la ciudad y el responsable de una de las agencias de modelos más importantes de Europa, pero como tú solo sales de copas un día cada medio año, si salieses más a menudo sabrías perfectamente de quién hablo.

—Pero ¿este hombre sale mucho?

—Eso ya no lo sé. Yo lo he visto tres o cuatro veces y discretamente. No sé si es drogadicto o alcohólico. Yo, siempre que lo he visto, iba con un mismo grupo de barbudos cortados por el mismo patrón. Y él ni baila ni canta. Diría incluso que es un aburrido de cojones, pero claro, lo conoce todo el mundo. Para entendernos, cuando hay una fiesta en cualquier discoteca o sala de fiestas en Barcelona y muchas en Madrid o Sevilla siempre está Eduard de por medio.

El corazón empieza a latirme con fuerza y debe de subirme la tensión. O sea que, en efecto, me había hecho una película falsa, me he pensado lo que no era y Eduard no es el calavera que creía.

Llega el camarero con el café, el agua y el cruasán y los deja encima de la pequeña mesa del bar del Hilton.

Y, de repente, en diez minutos, dos temas turbios empiezan a aclararse. Bien pensado, podría haberme ahorrado la cena de anoche con Eva.

Maca.

La más *Maca*.

La conocí por Tinder. Me habían hablado tantas veces de Tinder (los amigos, en el trabajo) que no me atrevía, me daba pánico dejar mi cara en la pantalla de los teléfonos de un montón de chicas que me mirarían y ridiculizarían con sus amigas. Pero, al final, una noche de fiesta, una amiga —vamos, Oriol, no seas idiota— me quitó los prejuicios de encima y me habló de las mil posibilidades y ninguna derrota que suponía.

Las primeras noches, cuando hacía un repaso de las chicas extranjeras que nunca formarían parte de mi vida y las miraba tumbadas en alguna playa, haciendo muecas con la Sagrada Familia de fondo o paseando, bebidas y guapas, por las calles del Born, me imaginaba que el abuelo se sentaba a mi lado, a los pies de la cama, y me preguntaba qué coño era esto del Tinder.

—Una red social.

—¿Como Facebook?

—Abuelo, tú nunca tuviste Facebook ni sabes lo que es.

—Por suerte —me respondería.

—No es como Facebook. En Facebook puedes compartir tu vida, tus pensamientos. Si vas a un sitio u otro con tus amigos.

—Pero eso ¿a quién cojones le interesa, Oriol?

—A los amigos... supongo.

—Pero si son amigos, no hace falta que les des la tabarra, ¿no?

—Puede que sí... —El abuelo siempre me hacía dudar de todo.

—Y en el Tinder de marras, ¿escribes lo que te pasa por la cabeza?

—No, a Tinder la gente va a ligar.

—A ligar...

—Sí. Mira, van apareciendo las fotografías de las chicas. Yo he pedido que no estén más lejos de diez kilómetros y entonces, si deslizo la imagen hacia la izquierda quiere decir que no me gusta, y si lo hago hacia la derecha, que sí que me gusta.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil...? ¡Joder, qué maravilla!

—No, abuelo, no es tan sencillo. Ella tiene que hacer lo mismo.

—Ella, ¿qué quieres decir?

—Que si los dos hemos dicho que sí nos gustamos, entonces podemos hablar.

El abuelo me miraba desconfiado, como si aquella tecnología tan alegre y tan cercana en el fondo escondiese la peor de las tristezas. Charlamos un buen rato, sobre fútbol y mujeres. Nunca me había parecido buena idea compartir gustos femeninos con el abuelo, básicamente porque me incomodaba, pero él no paraba de insistir. Quizá por eso le animé a mirar juntos las fotografías de Tinder, que seguro que nos reíamos, y no se lo pensó dos veces.

—Esta tiene cara de pelandusca. Uy, esta la llevas a casa y al día siguiente te ha robado las joyas. Esta es guapa. A esta no la querría ni de vecina. De esta me llega el tufo a pescado hasta aquí. A esta le falta un hervor. Esta tiene cara de hacer daño. Madre mía, ¿y sus padres saben que estas niñas se hacen esta clase de fotos?

—No lo sé, abuelo... supongo...

No sé cuándo apareció Maca en mi pantalla. Tinder me dejaba repartir cien «me gusta». Y entre tanta mujer es fácil confundirse. Lo que recuerdo es el momento en que ella también me dijo que sí y empezamos la conversación. XD. Lo recuerdo porque, justo cuando ella me habló, el abuelo, no sé muy bien por qué motivo, desapareció.

Maca. Tenía cuatro fotos de perfil.

En todas sonreía. Era de Medellín, y casualmente estaba en Barcelona por un viaje de trabajo. Una especie de convención premio para gratificar los éxitos empresariales del último ejercicio. No me explicó a qué se dedicaba su empresa, pero me avisó de que solo se quedaría una semana.

Yo le hablé de mí —siempre prudente— y fingí que mis proezas eran pequeños detalles, que era el hombre más empático de la ciudad, intenté conectar con su sentido del humor y le conté historias (inventadas) de Barcelona. Le parecí un chico delicado, discreto y sensible, que no solo quería follar con ella.

Así que quedamos a la tercera noche.

La llevé a cenar a un sitio del centro, un hotel pegado a la Rambla. Hablamos toda la noche, me explicó que vivía en la plaza de Botero, me preguntó si conocía al pintor, discutimos de arte, de política, reímos mucho y ella dejaba caer expresiones colombianas que yo no entendía pero que me parecían las palabras más dulces del diccionario.

Tal vez aquella noche lo habría podido intentar, invitarla a un último cóctel, un *gin-tonic* o un mojito, y después preguntarle, entre chiste y chiste, si quería acompañarme a casa. Pero no lo hice, aunque sabía que solo se quedaría cuatro días más, preferí acompañarla a su hotel, que se sintiera cómoda y sorprendida, y al llegar a casa le mandé un WhatsApp:

Por las noches tengo pesadillas, Maca. Mañana quiero dormir contigo

No falló.

De acuerdo, era un mensaje cursi, poco trabajado, nada imaginativo, pero funcionó. Y a veces conviene ser resolutivo. Al día siguiente vino a mi casa, cenamos, no sé qué nos prometimos, entró en mi habitación, rio como una loca, se tumbó en la cama y derramó un poco de cava en la almohada, después se enredó en mis sábanas y mis piernas y mi cerebro y ya no salió nunca más. Sus maletas pasaron del hotel al recibidor de mi casa. Tenía una serpiente tatuada en un tobillo, y yo nunca había estado con una chica sudamericana tan fogosa, que me diera tantos besos, que me dijera tantas cosas bonitas y me hiciese olvidar durante un rato lo poco que dura

vivir.

Ella fue una tregua en mitad de aquella vida gris.

Mi padre ya nos había dicho que estaba enfermo, y sabía que Jofre y Mireia iban a verlo de vez en cuando. Yo no, yo no podía. Cuando pensaba en él me entraba una arcada de asco que me nacía en el intestino delgado y que debía hacer grandes esfuerzos por tragarme. En cambio, cuando Macarena, con su vestido negro hasta los tobillos, me mordisqueaba las orejas o me arañaba o nos insultábamos, parecía que el mundo era un sitio más digno y más justo.

Se quedó —yo creí que para siempre— y le prometí que podríamos vivir aquí tranquilamente, que no se preocupara por el dinero, que no le faltaría de nada, y ella, de pronto, una tarde desapareció.

Me escribió un WhatsApp desde el aeropuerto, y una nota de voz larguísima llorando:

Perdona por haberme enamorado de ti, por amarte y por hacerlo de la peor manera. No sé más. No sé mejor. Y perdona porque me cuesta mucho hablar de mis sentimientos, y cuando lo hago, lo hago poco y mal. Todo me desborda y me da mucha pena. Me he enamorado de ti. Me he enamorado de ti de la forma más loca, más total y más bestia que recuerdo. En el peor momento. Te quiero, necesito abrazarme y coserme a ti y decirte que estoy más cerca de ti que nunca. Perdóname. Lo siento mucho y no quiero hundirte, ni destrozarte ni que me odies. No quiero hacerte daño. Nunca he querido hacerte daño.

No sabía por qué me pedía perdón, no entendía absolutamente nada.

Corrí hacia el aeropuerto con el primer taxi que encontré, y cuando llegué, su avión ya despegaba rumbo a Colombia. Intenté llamarla durante muchos días y no me contestaba nunca al teléfono, solo me respondía con mensajes de texto, decía que si oía mi voz o cruzábamos una palabra se volvería más débil y vulnerable.

Maca.

La más Maca de todas.

Le pregunté si había muerto su padre, o su madre o qué cojones había pasado. Ella jamás me había hablado de su vida, yo no sabía ni el nombre de sus hermanos o sus amigos. Cuatro cosas de su barrio, curiosidades. Siempre me explicaba que en Barcelona había encontrado una calma que nunca podría recuperar en su país, que aquí era una hoja en blanco, en la que era capaz de escribir todo lo que quisiera, que nadie la juzgaría... ¿Y para qué tantas palabras de mierda, y para qué tantos ratos juntos para al final un mensaje de voz y un vuelo a Medellín?

Mientras volvía a casa desde el aeropuerto, casi de madrugada, el taxi me dejó en el otro lado de la calle. Lo recuerdo perfectamente porque, mientras esperaba a que el semáforo se pusiese verde para cruzar, subir al piso y morirme de pena, sonó el teléfono. Era un mensaje de Mireia.

Ven a casa, papá ya no está.

Se habían atrevido.

Uno de mis hermanos (hijo de la gran puta) se había atrevido a hacer caso a mi padre. Su última voluntad. ¿Cómo podía hacer alguien una cosa así? A lo mejor le había prometido una recompensa que los demás nunca conoceríamos. Yo tenía el cerebro en un avión rumbo a Colombia, y cuando llegué a casa, mi madre se desmayó, Mireia me abrazó y Jofre, que llegó más tarde, se encargó de hablar con los de la funeraria y de todo el papeleo.

Aquellos días son confusos, no recuerdo nada, solo que Mireia, antes de leer cuatro palabras en el funeral, me dijo que quería hablar conmigo. A solas.

Hablar conmigo y no explicárselo a nadie.

Hablamos de ti, pero no con pena.
Sencillamente hablamos de ti, de cómo
nos dejaste, del sufrimiento lentísimo
que te fue consumiendo...

—De todo lo que voy a contarte, Oriol, tienes que prometerme que no le dirás ni una palabra a Jofre, ¿me lo prometes?

—¿Qué pasa?

—¿Me lo prometes? —insistió.

—Nunca hablo con Jofre, ya lo sabes.

He quedado con Eduard esta noche y tengo muchas ganas. Me ha dicho que proponga yo el restaurante. Soy de los que se ofuscan cuando tienen que escoger dónde ir a cenar. Tengo tantos sitios en la cabeza que debo casar el local y la persona con quien he quedado. Quedar bien. Siempre. Que no me puedan decir que no les ha gustado la elección. Y con Eduard, más aún. Tengo que buscar un espacio que le sorprenda. Pienso que, si es un hombre de la noche, tiene que conocer muchos restaurantes. Y de los buenos. Quedará ridículo preguntarle si conoce el bla, bla, bla y que él responda eso tan típico de que sí lo conozco pero no me importa volver, que es un eufemismo para decir ¿qué te crees, imbécil?, ¿por qué vas de sobrado, crees que eres el único que puede ir a restaurantes como estos? Eduard tiene pinta de conocer los clásicos. Puedo optar por algo sofisticado que sospeche que no ha pisado nunca o por alguna pequeña joya escondida y alejada del gran público y que le sorprenda. Me martirizaré toda la mañana y a primera hora de la tarde lo decidiré.

He quedado con la chica, que irá a la cita con un vestido azul marino y una chaqueta blanca. Ridículas situaciones las de encontrarse con gente que no conoces. Lo he hecho con alguna de esas aplicaciones para encontrar sexo. ¿Por qué lo llaman sexo si quieren decir amor? Quedas para echar un polvo, te miras, te remiras, tomas un café, charlas de temas absurdos, ves que no te entenderás nunca con ese pelagatos y te acuestas como si lo hicieras con una barbacoa.

En fin. Hoy estoy de buen humor. Hace sol, he dormido bien, tengo que ver a Eduard y puedo conseguir un buen contrato sobre un caso que me tiene mosqueado.

La pastelería Mauri es un clásico entre los clásicos. No voy mucho porque no soporto visitar sitios para hacer cola. Vas a tomar un café y unas pastas y tienes que esperar a que la abuela que lleva dos horas sentada tenga la bondad de levantarse.

Cuando llego noto un delicioso aroma a dulce. Es de esos recuerdos de cuando eras adolescente, salías de marcha y, a las seis de la mañana, cuando volvías a casa, pasabas por delante de una panadería y te llegaba el olor. «Póngame dos cruasanes». Y te ibas a sobar con la panza contenta y un batiburrillo de sentimientos: los de la madrugada y el alcohol, y los de la mañana y los cruasanes. Una piscina de aguas turbias.

Saludo a la chica de detrás del mostrador de pastas, donde se mezclan colores de dulces: verdes, blancos, rosas, azules... y giro la cabeza hacia la zona de las mesas y las sillas. Al fondo, una chica me llama la atención con la mano. Es ella, seguro. No me cabe ninguna duda. No solo porque ha alzado la mano, sino porque solo puede ser ella.

Me acerco seguro de mí mismo, sin miedo, sin manifestar ningún escrúpulo de superioridad. Cuando me aproximo, ella se levanta de la mesa y, antes de que se mueva, le tiendo la mano. Por si acaso. Distancia, siempre distancia. Ella me la da. Y yo, muy cabrón porque voy de señor, hago un gesto de cortesía bajando la cara hacia

la mano como si fuera a besársela.

—Buenos días.

—Hola, buenos días. ¿Qué tal? —dice ella.

Nos sentamos. Ella, mirando hacia la puerta. Yo, de espaldas. Primer síntoma evidente de que no tiene ninguna clase. Por muy mujer que seas, nunca haces que la persona a la que has invitado o con quien has quedado se siente de espaldas a la puerta. Empezamos mal.

—Me llamo Gemma Hortal.

—Mucho gusto. Usted ya sabe quién soy. ¿En qué puedo ayudarla?

Jamás empatía alguna con el cliente, por si acaso. Distancia de seguridad.

—Empiezo por el principio.

Mal asunto cuando alguien suelta esa frasecilla. «E hizo Dios el firmamento», quiere decir más o menos. Eso significa que esta señorita se da mucha importancia.

La tal Gemma ronda los cuarenta años. No está mal, aunque la última vez que se puso crema en la cara debió de ser cuando Nivea tiraba pelotas desde los aviones en verano por la costa catalana. Tiene arrugas. Demasiadas para los cuarenta, pero le calculo la edad por las manos, que las tiene fantásticas.

—Soy la mujer del difunto. Mejor dicho, la exmujer del difunto.

—¿Jofre? —le pregunto absurdamente para que vea que tampoco soy una columna de hierro.

—Sí, Jofre —certifica ella.

Esto se pone interesante.

—Hace veinte años lo conocí y, como siempre pasa, pensé que sería el hombre de mi vida. Nos casamos al cabo de tres años, pero debo confesarle que aquel día ya sabía que no sería el hombre de mi vida.

Alzo las cejas para hacerme el sorprendido, que siempre queda bien.

—Sí. No me mire así. ¿No piensa nunca que existe el amor a primera vista y el desengaño en la segunda esquina?

—Oh, desde luego —respondo.

—Pues eso. ¿Y no me pregunta por qué aguanté con él y me casé?

—No. Usted puede hacer lo que quiera. Solo faltaría. A menos que fuese usted quien lo mató.

Gemma ríe, acto que empeora la cara arrugada y la convierte en una especie de pasa.

—No lo maté, puede estar bien seguro. Aunque le juro que más de una vez tendría que haberlo hecho. Cuando empezamos a salir vimos que éramos tal para cual. El primer año confieso que fue maravilloso, divino. Tenía la sensación de que él estaba enamorado y yo también. De hecho, estoy segura de que era así. Viajamos mucho, estábamos muy compenetrados, un enamoramiento pleno. Hablábamos de casarnos, de tener hijos... Debía de hacer medio año que salíamos cuando un día me dijo que tenía que conocer a su familia. Me pareció bien. De hecho, un día

coincidimos con su hermana Mireia. ¿Me sigue?

—Sí. Conozco a la familia: el padre, la madre y los tres hermanos. Jofre, Oriol y Mireia. Lo he leído y me he informado.

—Eso mismo. Pues, un día, Mireia entró en un restaurante donde estábamos comiendo. Sé que era en el Eixample, cerca de Villarroel, pero no recuerdo el nombre. Ella iba con un grupo de gente y al vernos nos saludó muy exageradamente. «Holaaa, Jofre», gritó un poco histérica, la hermana. Jofre puso una cara inexpresiva. Me presentó a su hermana como si tal cosa, diciendo que era Gemma, que ya sabía que era mi pareja y tal, y que cómo estaba y dos besos y encantada. Con Mireia siempre hubo una complicidad por el hecho de que éramos las dos mujeres de la familia y de que yo nunca quise apuntarme ninguna ventaja sobre ella. Era la cuñada y punto. Le ayudaba cuando podía y ella me llamaba de vez en cuando para saber cómo estábamos yo y los niños. Una relación correcta.

—¿Y con Oriol?

—Oriol era un sinvergüenza. Tenía la autoestima por los suelos y eso le llevó a tener problemas con las drogas y el alcohol. Me daba pena. Cuando nos conocimos me pareció un gran tío. Era muy amable conmigo. No se entendía con sus hermanos, como siempre pasa con el del medio, pero en el fondo son los más libertarios, los más listos, y hacía todo lo que le apetecía.

—Perdone, que antes la he interrumpido. Lo que no entiendo es dónde quiere ir a parar contándome todas estas historias.

—No me trates de usted, por favor. Soy Gemma y tú eres Albert.

—De acuerdo.

—Menciono a Mireia porque, con ella, siempre hablábamos de cómo eran mis suegros. El padre era un cretino. Un mierda que se creía que ser rico era ser admirado. Es cierto que había gente que eran unos lameculos y que les gustaba mucho hacer el «besamanos» cada dos por tres. Y a él le gustaba. Mireia siempre hablaba de su padre como un putero que, por haber ganado cuatro duros, se creía que tenía derecho a despreciar a su mujer. Mireia era muy de su madre y muy poco de su padre. Al revés que los chicos, que sentían una especie de veneración por su padre.

—¿Por qué me dices que el padre era un cabrón? ¿Por cómo trataba a su esposa?

—No solo por eso. Era un depredador en el trabajo. ¿Sabes lo que es ser una mala persona? De esas que hablan de los demás a sus espaldas. El hombre no confiaba en nadie más que en sí mismo. Vivía para ganar dinero y pensaba que, por eso, era mejor que los demás. Generoso con los otros y nada con los suyos. Un día, cuando Jofre y yo hacía poco que nos habíamos casado, Mireia empezó a salir con un chico, Ricky, un torpe pero buen chaval. Delante de él, su padre le preguntó que quién era aquel mierdoso. Tal cual. El muchacho se quedó paralizado y no respondió. Mireia empezó a llorar de vergüenza. Cogió al chico de la mano y se lo llevó. Duraron tres días más, porque él decidió dejarlo. Mireia me explicó que Ricky la había llamado, unos días después, y le había dado los motivos: «Siempre estarás sometida a su voluntad.

Nunca me habrías querido». Y tenía razón. Todo el mundo estaba a las órdenes del padre.

—¿Jofre también?

—El que más. Era el primogénito y eso se notaba.

—¿Y Jofre era...?

—Jofre era tan hijo de puta como su padre. Oriol tan memo como la madre. Y Mireia una desgraciada como todos. Un desastre de familia. Se creían que eran la gran familia catalana y eran una mierda. Una gran mierda.

Los muertos acompañan y los vivos molestan.

Lo aprendí en el entierro de mis abuelos y todavía nadie me ha hecho cambiar de opinión.

Después de que Maca se fuera a Colombia, de vez en cuando, algunas noches, sobre todo de insomnio, se me volvía a aparecer el abuelo a los pies de la cama y hablábamos. De hecho, no hablábamos, lo hacía él. Me explicaba anécdotas suyas de cuando era joven, de cuando compró los hoteles, de la gente que iba y venía, un hotel es una mina de anécdotas, de tráfico, de cualquier historia que uno pueda imaginarse.

Me gustaba sentirlo cerca, tener la sensación, para mí la certeza, de que el abuelo estaba dos pasos más atrás, de que volviéndome lo vería, bien vestido y con una sonrisa, con la cabeza sobre mi hombro, aconsejándome. Además, él conocía perfectamente a la familia, y si le preguntaba por mis hermanos siempre (¡siempre!) tenía la respuesta justa. Lo que más me gustaba del abuelo era su capacidad para destruir con una sola frase a mi padre, es decir, a su hijo. Lo odiaba. Lo odiaba seguramente como también lo odiábamos los hijos, y a veces el odio es la mejor manera de querer a los demás.

—¿Qué harás con Maca? —me preguntó una mañana mientras salía de la ducha.

—¿No puedes vestirte? ¿Tienes que ir desnudo por la casa, mojándolo todo?

—Estoy muerto, Oriol, puedo hacer lo que me salga de los cojones.

Tenía razón.

Pues no. Todavía no sabía qué hacer con Maca. Una parte de mí me decía que tomara el primer vuelo, que me dejase de hostias y me presentase allí; otra parte me decía que aún debía solucionar un montón de cosas aquí.

—Abuelo, ¿puedo explicarte lo que me dijo ayer Mireia?

—Soy tu abuelo, me lo tienes que explicar.

—Es mi hermana, pero para mí es un enigma.

—Oriol, que sea tu hermana no quiere decir nada. Las familias se han inventado para hacer infeliz a la gente. De una manera muy sutil, pero bastante eficaz.

—Me ha propuesto denunciar a Jofre.

—¿Cómo?

El abuelo dejó de secarse con la toalla.

—Denunciarlo.

—¿Por haber matado a tu padre?

—Sí.

—Pero si tendríais que darle las gracias, os ha hecho un favor. Me cago en Dios...

No le dejé acabar. A veces el abuelo me replicaba y me llevaba por caminos muy extraños. No siempre me daba la razón y eso me ofuscaba.

—Dice que, si le denunciemos, podremos pararle los pies.

Yo no sabía qué diablos quería decir con eso de pararle los pies. Pero Mireia

estaba convencida de que nuestro padre le había prometido mucho dinero a Jofre.

—¿Tú la crees? —preguntó el abuelo con la toalla atada a la cintura, empapado aún de la ducha.

—De mi padre me lo puedo creer todo. Mireia no dice que tiremos adelante con el procesamiento, solo que lo usemos como amenaza, nada más. Pero claro, todo esto puede enmerdarse mucho, ¿me entiendes?

El abuelo asintió con la cabeza.

—Evidentemente que todo esto se enmerdará, Oriol —repitió mi última frase. A veces le gustaba hacerlo.

—Pero si acojonamos a Jofre con el tema de la denuncia, puede que nos explique la verdad sobre qué pactos hizo con papá.

El abuelo ponía cara de pocos amigos.

—Mireia me dijo: imagina que antes de morir le hiciera firmar algún documento, un testamento que dijera que se lo dejaba todo. Nosotros entonces no podríamos hacer nada. Yo le dije que podíamos hablar con algún abogado.

El abuelo se desató la toalla y mientras le colgaban las mollejas y se secaba los pies, con muy mala leche sentenció:

—Exacto, solucionarlo con buitres es la mejor manera.

Como cada comentario del abuelo me ofuscaba más, le supliqué si podía bajar la basura. Quería estar solo, pensar con claridad.

—¿Ahora? No es la hora —dijo.

—¡Hostia! ¡Me da absolutamente igual que no sea la hora, cojones!

Nunca había discutido con él; que de golpe le gritase hizo que se le cambiara la cara. Se levantó silencioso, dejó la toalla mojada encima de la silla y, con pasos largos como un general del ejército, desfiló escaleras abajo en pelotas. Durante toda la tarde no volví a verlo y yo, por fin, recapacité tranquilo sobre lo que tenía que hacer.

Mireia me había dicho que era mejor que hablásemos cada uno por separado con Jofre, que si lo hacíamos los dos juntos podía sentirse atacado y entonces no sacaríamos nada en claro. Tenía razón. Decía, me lo repetía a menudo, que no quería que discutiésemos, ni que nos peleáramos. Porque no hay nada más triste que unos hermanos que se odian por un pedazo de tarta que no se han ganado. Cuando los hermanos discuten, nunca has de preguntar por qué sino por cuánto.

Mireia quería que llegásemos a un acuerdo, pero que Jofre no nos tomara el pelo, que nadie engañase a nadie. Por eso me llamó tantas veces aquella noche, antes de que yo dejase cinco mensajes en el contestador de Jofre, por eso también me decía que habláramos con nuestra madre por si sabía algo, y yo, poco a poco, dejaba de ser yo mismo y me convertía en un títere...

Y todo se me mezclaba, como un charco sucio de fango: la muerte de mi padre, Macarena que había huido en avión a Colombia, el abuelo que había bajado desnudo por la escalera del piso y no había vuelto, todo me estallaba dentro de la cabeza...

Fue Mireia la que me exigió que lo llamase, que le dejara los mensajes, que lo presionara de alguna manera, teníamos que asustarlo, nada más.

Tete, soy Oriol, sé que es tarde pero es importante, por favor, llama en cuanto puedas, tenemos que hablar... de mamá... Tenemos que hablar, ¿vale?

Encima de la mesa del comedor, el DVD de la película *Persona* de Ingmar Bergman y, esparcido sobre el rostro de Liv Ullmann, lo que me quedaba de coca.

—¿Oriol, qué quieres? Son las siete de la mañana.

Si el infierno adopta alguna forma humana, alguna forma que podamos reconocer, no puede ser muy diferente del asilo al que habíamos enviado a nuestra madre.

Jofre y Mireia lo habían meditado durante mucho tiempo.

—Mamá, ahora tengo que irme. Que ya es hora de cenar y van a venir a buscarte, ¿de acuerdo?

—Pero ¿es que no me voy contigo?

—No, mamá.

—Pero ¿es que no has venido a buscarme?

—No, mamá...

Y la alarma que no paraba de sonar. Y yo que creía que había dormido casi todo el día y no había comido nada. Pero solo habían pasado unas horas y cuando salí del piso aquella tarde, sabiendo que me encontraría con Jofre, no sé por qué extraño motivo, tenía la certeza, muy adentro, de que mi hermano ya estaba muerto.

El camarero nos ha traído los dos cafés que le hemos pedido. Ella desempeña el papel de primera dama. De esas falsas que se limpian la boca cada vez que toman algo que puede mancharles los labios. Teatro. Ciertamente, Gemma es guapa, pero se nota que va de lo que no es.

—Jofre era un mierdecilla. Y su padre, un putero. Una mierda seca. Mal marido, pésimo padre, una desgracia de hijo. Siempre pendiente de su manera de ser. Siempre...

Se le encendían los ojos.

—Escucha —la atajé—, ¿puedes explicarme cómo aguantaste tantos años con este desastre de hombre?

—En principio, por los niños. Al final, por la pasta. No te voy a engañar. Es una familia con mucho patrimonio y mucho capital. Es evidente que la vida la ves de otra manera cuando tienes mucho dinero, y siempre lo tuvimos.

—Entonces, ¿por qué se acabó?

—Pues porque hay un día en que la dignidad está por encima.

—¿Qué pasó?

Gemma baja la cabeza, como avergonzada.

—Déjalo correr.

—Mira, Gemma, si quieres saber qué ha pasado con la muerte de tu exmarido, a lo mejor tendré que saberlo todo.

—La verdad es que me importa un pimiento que esté muerto, si no fuese por la tristeza de los niños. Era su padre, a pesar de todo. Un día se presentó en casa con una de sus fulanas, como una cuba. Ya hacía tiempo que me había perdido el respeto, pero aquella imagen, delante de mí, sin ningún escrúpulo, sin ningún respeto, no era lo que quería para mi vida. La furcia se dio cuenta de la gravedad de la situación y fue más decente que él. Ella era una pobre infeliz pero con más dignidad. Él se echó a reír y se fue a la cama con una tajada considerable. Era media tarde. Durmió hasta el día siguiente. Yo ya me había ido de casa, sin ninguna maleta, y los niños conmigo. Cuando el mayor me preguntó por qué nos íbamos, le respondí «porque tu madre ya no puede más». Nunca olvidaré lo que me respondió él: «No me extraña. Lo que más me sorprende es que no lo hayas hecho antes».

Hablamos media hora más. Fue fácil llegar a los honorarios. Ella había ganado pasta. Tenía mucha de la separación.

—No sé qué puede haber pasado —me dijo al final—. Jofre aparentemente no tenía enemigos.

—Gemma, a veces todo es más sencillo de lo que parece. Pero las historias previsibles son malas y esta no lo es.

Sonríe y quedamos en que nos llamaremos cuando tengamos novedades.

Empiezo a subir por el paseo de Gràcia hasta el palacio Robert. Aprovecho el día

soleado en Barcelona. Tiro Diagonal arriba, unas pocas calles más allá, y luego hacia Via Augusta, donde tengo el despacho. Y, de pronto, me viene a la cabeza un sitio perfecto para ir a cenar con Eduard. Seguro que ha estado, pero es un restaurante que me da muy buen karma.

Le envió un WhatsApp:

En el Coure, a las 21 h. Va bien?

Sabía que Jofre llegaría tarde. Su impuntualidad siempre me insultaba. Y mientras le esperaba llamé a Mireia.

—¿Por qué me llamas si puede llegar en cualquier momento? —preguntó ella, riñéndome con su voz de profesora de primaria.

—Porque no sabe con quién estoy hablando. Y porque necesito hablar contigo, Mireia. He tenido una idea.

—¿Cuál?

—Mireia, lo asustaré. —Y me tragué la saliva.

—No, no es buena idea. Le tienes que decir que sabemos lo que ha hecho, que no puede hacer trampas, ¿me oyes?

Aunque su voz se me clavaba como un cuchillo afilado en el cerebro, la oía cada vez más lejana. Solo me rebotaban en la cabeza unas palabras: «Tienes que asustarlo. No tengas miedo. Haz lo que tengas que hacer. Trampas. Lo denunciaremos, Oriol. Ha hecho trampas».

—Mireia, lo asustaré.

—¿Qué harás?

—Le diré que mamá ya no está... A ver cómo reacciona.

—No lo hagas, no lo hagas.

—Mireia.

—No le digas eso, no es buena idea. Le basta hacer una llamada para saber que mamá está bien.

—Mamá no está bien, Mireia.

Y colgué el teléfono porque estaba harto de recibir instrucciones; el abuelo, si hubiese estado presente, me habría aplaudido por ello. Modo avión. Bien hecho. Demuestra un poco que también tienes unas buenas mollejas entre las piernas. El corazón me latía a mil por hora. Cuando lo vi llegar de lejos, con sus andares tan parecidos a los de nuestro padre, me dio miedo y lo odié.

—Llegas tarde —dije con la voz agitada.

—¿Qué pasa, Oriol?

Su tono era de aburrimiento. Como si estuviese harto de tener que lidiar con el hermano pequeño y sus historias de mierda. Yo me quedé en silencio por un momento. No sé qué me dictó el impulso. Las frases se me disparaban solas.

—Lo he hecho, yo, solo. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Qué pensaste...? ¿Qué pensaste cuando acompañaste a papá? ¡Necesito saberlo! Lo hiciste muy bien. Pero ¿qué pensaste? Qué cojones te pasó por la cabeza, dímelo.

Jofre hizo un gesto de mareo. Caminamos poco a poco por la playa. El pobre desgraciado intentaba calmarme inútilmente. Él, que siempre lo sabía todo, que siempre ganaba a todo, había hecho trampas.

Me pidió que me fuera a casa, pero ya era demasiado tarde. Una extraña fuerza

me conducía hacia aquel espigón. El cuerpo se me descontrolaba, quería reír, llorar, bramar, arrancar a correr, quería que todo fuera posible. Nos paramos. Creo que, por una fracción de segundo, nos dimos cuenta de que estábamos solos en la playa. Solo nos espiaban las luces de los chiringuitos.

—Oriol, Oriol, no estás bien, este no es lugar... ¿Me oyes? Oriol, escúchame un momento, iremos a casa y todo se solucionará...

Caminamos un poco más hasta llegar al espigón.

—Calla.

Su voz, como la de Mireia, me taladraba la cabeza. Y entonces pronuncié las palabras que le hicieron enloquecer.

—¿Cuánto hace que no vas a ver a mamá? Si me hubieses cogido el teléfono... Mamá sufría. Y yo no quería que sufriese. No queremos que la gente a la que queremos sufra, ¿verdad, Jofre? ¿Verdad que no? Tú no querías que papá sufriese y yo no quería...

—Dime, Pérez.

He descolgado el teléfono móvil en medio de mi despacho mientras releo apuntes que voy haciendo en la Moleskine.

Apunto detalles de lo que veo, de lo que me dicen, y hago pequeños dibujos en el margen de la libreta que me ayudan a relajarme. En una de las páginas subrayo una expresión que me ha dicho Gemma: «mierdecilla». Me gusta mucho esta palabra combinada con el diminutivo: «mierda» y «cilla». No llega ni a mierda completa. Imagina qué drama de persona.

Pérez Navarro me llama cada vez que tiene una información policial que puede serme de utilidad. Los Mossos y yo nos complementamos a la perfección y, si les puedo resultar útil para su trabajo, también les echo una mano. Ellos hacen exactamente lo mismo. Y como, además, esto del lucimiento personal lo mantengo en el congelador, pues miel sobre hojuelas. Que se lleven ellos la fama y el éxito... y yo los honorarios.

—Hemos revisado el móvil del muerto.

Era importante saber si habían podido recuperar algún dato del difunto que hubiera caído con él al Mediterráneo. Por mucha marca que tengan los aparatos, normalmente, con el agua, hay poco o nada que hacer, pero ignoro la táctica que emplea la policía para intentar hallar algún rastro que permita recuperar aunque sea la última llamada realizada o la galería de fotos almacenadas o, sencillamente, el último mensaje de WhatsApp.

—Nada, Albert. Ni un dato. Insalvable. Hemos pasado el chip a Movistar para ver si pueden rescatar algo, pero ya nos han dicho que, cuando ha estado tanto rato en contacto con el agua, además con sal, difícilmente pueden aprovechar nada.

—De acuerdo, Pérez. Gracias, de todas formas.

—Por cierto, Albert, si te enteras de algo más, llama. Hemos recuperado su ropa, pero tampoco nos dice gran cosa, la verdad.

—La clave es saber quién era la persona que estaba con él. Dos y dos tienen que ser cuatro. Y si el muerto se cayó, debió de ser el otro quien lo empujó.

—Pero ¿y si había más de uno y tú no lo viste? —me preguntó sensatamente Pérez.

—Es una buena pregunta. Yo solo puedo garantizar dos. Pero tampoco puedo afirmar que solo fueran dos. Por lo tanto, no puedo acusar al segundo de nada porque tampoco sé lo que pasó. Confirmando que había dos discutiendo y muy probablemente, pero mucho, uno es el muerto y el otro, el asesino, pero a la vez no lo puedo confirmar.

—Pues todo está tan claro que todo es demasiado oscuro.

Fue él quien se abalanzó sobre mí. Yo lo esquivé. Mis palabras lo enfurecieron. Ahora necesitaba que se calmara, que me escuchase, que me dijera definitivamente qué le prometió nuestro padre. Pero era imposible. Jofre tenía los ojos rojos. Le aticé un puñetazo; él, otro...

Y después...

Primero, un golpe en la cabeza.

En las piernas.

En el tronco.

No gritó.

Resbaló entre las rocas y cayó. Cayó él solo.

—¡Ayúdame, hijo de puta, ayúdame!

¿Por qué no salía del agua? ¿Qué cojones se lo impedía? ¿Sabía nadar, hostia! ¿Cuántas veces habíamos competido hasta la boya? Se le pusieron los ojos en blanco y movía los brazos desacompañadamente.

Parecía un perrito abandonado luchando contra la inmensidad del mar y las olas que chocaban contra la escollera. Intentó ladrar.

Y el mareo y su cuerpo que se sumergía en el agua, como si las piernas pesaran toneladas, como si fuese un hombre de cemento agua abajo...

¿Qué podía hacer?

No sé por qué absurda razón nunca lo dudé.

Me giré, no podía mirarlo.

Estaba su cartera, allí en el suelo. Se le había caído en plena pelea. No sabía qué hacer, pero el instinto me mandó cogerla. Me la guardé en el bolsillo.

Hostia puta.

Arranqué a correr, lo dejaba todo atrás: Jofre, la playa, las olas, las luces de los chiringuitos, la arena, las calles, mi casa, Mireia, mi madre, Maca, el sueño, los días, el asco.

Tengo un surtido de perfumes poco convencional. Tantos, que me da vergüenza enseñarlos. ¿Por qué tengo tantos? Pues porque huelen tan bien que me los compraría todos. Cuando voy a cualquier fiesta y huelo a un tío que desprende un buen aroma no tengo ningún reparo en preguntarle por el nombre del perfume que lleva y al día siguiente lo compro. Cuando viajo, en los *duty free* de los aeropuertos cargo y voy acumulando frascos de perfumes diversos y repetidos en los armarios del cuarto de baño.

Ahora dudo entre el *Comme des Garçons*, un *Dolce&Gabbana*, el *Armani Noir*, el *Dunhill Desire*, uno de los *Dsquared2* o un *Hermès*.

Me pregunto qué coño hago escogiendo entre tantos frascos. Al final llegaré tarde y el anfitrión que escoge restaurante nunca puede retrasarse. Pasan de las ocho y media y, aunque el *Coure* está a diez minutos en taxi de casa, me gusta llegar siempre con tiempo.

He decidido ponerme *Un Jardin sur le Nil*, de *Hermès*. Me entusiasma. Juraría que es el más caro de todos los que tengo y confirma la solvencia de esos empleados de *El Corte Inglés* que van lanzando perfume con un dosificador en una tira de papel. Aquel olisqueo engañoso me ha hecho invertir una cantidad indecente de dinero en diversos tipos de botellas.

Un Jardin sur le Nil, de *Hermès*, es perfecto para esta noche. Lo noto cuando esparzo el aire perfumado por el cuello, por las muñecas y por encima de la camisa.

—Hala, lárgate de una puta vez —me digo.

Me he puesto americana. Si este tío vale la pena, también llevará. La americana es una *Bikkembergs* oscura, que combina de maravilla con una camisa blanca de *Armani* y unos pantalones color vainilla *slim fit*. Zapatos oscuros y marchando que es gerundio.

Me he cambiado de reloj. Es demasiado sofisticado ir con un *Pattek Phillipe*, herencia de mi padre, excesivo se mire como se mire. Solo me lo pongo para las grandes ocasiones. Esta podría serlo, claro, pero si *Eduard* sabe de relojes, podría pensar que soy demasiado pretencioso. Un *Rolex* es lo suyo. Lo justo para observar el buen gusto y nada más. *Rolex* plateado, naturalmente. Esos fantasmas que llevan el *Rolex* dorado, que se te van los ojos a la muñeca en vez de mirar a la persona a los ojos: fantasmas, más que fantasmas.

Salgo de casa y cojo la moto. Tiro hacia abajo, en dirección al *Coure*, y entro en el pasaje *Marimon* por la *Diagonal*. Debo llegar el primero, me digo. Siempre tiene que llegar antes el que concreta el sitio y la hora. Faltan siete minutos para las nueve de la noche y aparco la moto. Levanto la cabeza y solo veo a una niña paseando a un bóxer por la acera. En la otra esquina, un señor camina rápido en dirección a la *Travessera*. Guardo el casco. No lo veo. Rezo por que no haya entrado. Abro la puerta y, pasada la barra, me encuentro al camarero, que me sonrío.

—¿Tiene mesa reservada?

—Sí. Albert Martínez Boixadera.

Vistazo a un papel, afirma con la cabeza y vuelve a sonreír.

—Serán dos, ¿no es así?

Buena señal. La pregunta implica que sabe que seremos dos, pero certifica que todavía no ha llegado mi acompañante.

—Sí. Dos.

—¿Quiere pasar?

—Sí, por favor.

Bajamos por la escalera y me lleva hasta una mesa redonda en una esquina. El Coure es un magnífico restaurante sin ninguna intimidad, a la vista de todo el mundo, pero allí uno come como los ángeles.

El camarero me retira la silla, como Dios manda, y me siento. Me pregunta si quiero tomar algo. Pido un agua fría y me pongo la servilleta sobre el regazo.

Saco el móvil de la americana. Joder, cómo me sudan las manos. La mierda de los nervios, que me provocan sudor. No puedo darle la mano. Me las seco con la servilleta. Le daré dos besos, pero tampoco sería apropiado. ¿Un beso en los labios? Ni pensarlo. ¿Un abrazo? Nada. Que mande él. En el móvil, hay un mensaje de Rubén.

Ya folláis?

Le respondo:

Sabes dónde está la mierda? Pues ve tirando para allá, rey

Busco la web de *La Vanguardia*. Demasiada política de andar por casa. De pronto oigo un «muchas gracias». Es Eduard, acompañado por el camarero. Me levanto. Sonríe mucho. ¿Mano, abrazo, labios, mejillas, nada?

Se me acerca y me da dos besos. Soy muy reservado para esto de los besos, pero los encajo con felicidad. Ningún problema, y menos cuando estamos solos en el comedor. Es pronto. Son las nueve y cuatro minutos.

—Perdona el retraso —se disculpa con empalagosa educación.

—Coño, si solo pasan cuatro minutos. Tranquilo, hombre.

Eduard lleva americana. *Twelve points*. *Douze points*. Oscura. Es de noche. Camisa con puntos azules, muy moderna. Demasiado para mi gusto. Y unos tejanos ajustados. Zapatos negros con puntera. Un perfume profundo. Demasiado, también, para mi gusto. Salvados. No lleva ese caramelo insoportable de Gaultier que se ponen todos los maricas de Europa.

Tengo las manos como unos pies de pato, mojadas. Nunca me pongo nervioso en circunstancias como estas. Hoy, sí. Qué horror. Debo mantener la calma. No puede ser. No puede ser. Una noche y no puedo tener esta angustia, solo una miserable

noche y babeo mirándolo cuando soy de los que marcan las distancias entre un alma y otra. En las historias de pareja que he tenido, fuera de inicio, nudo o desenlace, siempre he marcado yo el ritmo: la guitarra la toco yo. El otro da palmas. Tengo que frenarme y marcar más distancia. Más dureza, más acritud, más rocosidad.

—¿Quieres tomar algo de beber? —pregunto para romper el hielo.

—Un zumo de tomate —me desarma.

Yo con esa simple agua con gas que ha traído el camarero hace un rato, esas burbujas y esa botella con relieve blanquinegro, y él con el vaso rojo sangre lleno de tomate y la pimienta marcando cintura en el tejado del líquido. El aburrido y el divertido. Uno a cero. Ya me gana y no llevamos ni cinco minutos de partido. O cambio de táctica o estoy a punto de comenzar la humillación más grande de mi vida, yo que he sido campeón de la Champions año tras año.

Suena el puto móvil que está en vibración. Ronronea en la mesa. Número oculto. Va a contestar al teléfono su tía.

—¿No contestas? —me pregunta Eduard.

—Nunca descuelgo las llamadas ocultas.

—¿Y si es una urgencia de trabajo?

—Si es urgente dejarán un mensaje de voz o me enviarán uno escrito.

Me siento más seguro en esta nueva conversación.

El camarero trae las cartas, que parecen las tablas de Moisés. Espero que pronuncie la frase. Para hacer una exhibición a veces hace falta ayuda.

—¿Qué me recomiendas?

Et voilà. Aquí está. La frase gastronómica más maravillosa de cuantas son y serán. Sobre todo si no la pronuncias tú. Tú escoges.

—¿Me dejas a mí?

—Plenas competencias —responde.

—¿Alguna intolerancia, alguna aversión?

—Las cabezas de cordero.

Levanto la mirada de la carta.

—No sabes lo que te pierdes, pero si en este restaurante las tuviesen, me levantaría y me iría. La cabeza de cordero no pega en un sitio como este.

Eduard ríe y las manos me sudan más aún. El móvil vuelve a vibrar. Mensaje de voz. Paso.

Cierro la carta y al cabo de unos segundos tengo al camarero en la esquina con una maquinita y un puntero, una pijada que enlentece el proceso. Papel y boli, cojones, papel y boli.

—¿Qué les apetece a los señores?

Estoy a punto de responder: follarme al señor de aquí al lado, pero quedaría descarado, soez e impertinente.

—De primero, los mejillones con tomate natural, la tortilla de patatas, un plato de jamón con pan con tomate y, de segundo, compartiremos el pescado que nos

recomiendes y el solomillo de ternera.

—El rodaballo, entonces. ¿Les va bien?

Miro a Eduard, que pone cara de aprobación.

—No pasaremos hambre, ¿verdad?

El camarero me lanza una mirada de «calla, vaca», pero, con educación, me dice:

—Creo que es una gran elección, pero si pasan hambre pueden pedir algo más después. ¿Para beber seguirán con lo mismo o buscamos un vino?

—Un vino, por favor.

—Traigo la carta.

Minutos más tarde hemos escogido un tinto del Priorat. Eduard me pregunta si me importa que lo metan en una cubitera para que coja un punto de frescor. Al contrario, le doy mi bendición.

Hablamos de su trabajo, de los modelos, que a mí no me gustan porque me parecen cirios pascuales; me habla de una antigua pareja suya que duró tres años pero que acabaron matándose y se fue a vivir a Madrid, por suerte para los dos. Le hablo de mi trabajo y, de repente, cuando el camarero nos trae los entrantes y nos sirve la primera copa de vino y brindamos mirándonos a los ojos, vuelve a sonar el móvil. Un WhatsApp.

—Disculpa —le digo a Eduard—. Es de trabajo.

Vaya si es de trabajo. Es Gemma, que ha dejado escrito que la llame, que es urgente.

—Hostia —suelto la palabrota como resaltando el enfado.

De hecho, lo tengo, porque no quiero que la noche se vaya al garete y me temo lo peor.

—¿Pasa algo grave?

—Tengo que llamar a un cliente.

—Adelante, por favor, sin problemas. Sé lo que es coger teléfonos en mitad de cenas, copas y polvos. Llamadas de empresas de Estados Unidos que quieren contratos inmediatos con el horario del revés.

Me relaja este hombre. Me relaja mucho. Esa simplicidad para todo.

Cojo el móvil y pulso el teléfono de la viuda. La voz de Gemma interrumpe el pitido del tono.

—Albert. Perdona las molestias, pero he visto una cosa que a lo mejor te interesa.

—Dime, porque estoy en mitad de una cena.

—Hablamos después, entonces.

—No, no, no. Di —le ordeno.

Nunca he soportado a esos que tienen que decirte cosas tan importantes y cuando les preguntas te sueltan que ahora no. Los estrangularía hasta que el hueso de la garganta se les saliera por el cogote.

—Cuando puedas, entra en el Facebook de Oriol. No hay nada punible pero sí sospechoso. Y mira, en general, las redes sociales en las que está mi cuñado. Todo es

muy extraño.

—Pero ¿qué hay?

—Una chica con él en algunas fotografías. Cuando acabes de cenar lo miras y hablamos, si te parece.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Y cuelga.

—Discúlpame.

—Me hago cargo. ¿La llamada te ha servido para resolver algo?

—No mucho, de momento. Todo es demasiado elemental...

—... mi querido Watson —me corta con hábil rapidez.

Rompemos a reír. Y confirmo, en este momento, que si yo me lo estoy pasando bien, él también.

Mientras me alejaba del espigón las piernas me temblaban, todo el cuerpo me temblaba. No me quise volver, fingí que los últimos veinte minutos de mi vida no habían existido, un lapso borroso, una resaca cruel. Yo no había visto a mi hermano y él nunca me había suplicado auxilio mientras se ahogaba. Todo aquello era un error de mi cerebro, que me había hecho creer, como horas antes había creído que había dormido un montón de tiempo, que yo y mi hermano nos habíamos encontrado en la playa, que habíamos discutido, que él me había empujado, que había resbalado...

Quería echar a correr, pero también sabía que no hay nada más sospechoso que un hombre, solo, corriendo por la playa en plena noche. Comprobé que llevaba su cartera y miré hacia un lado y el otro para ver si había alguien por ahí cerca, por si algún desgraciado paseando a un perro o vete a saber quién podría habernos visto, pero ni rastro.

Cuando llegué al paseo, apreté el paso, y un sudor frío empezó a deslizarse por mi espalda. Cogí el metro, me puse los auriculares y no recuerdo qué música sonaba, sé que tenía el volumen al máximo, a lo mejor molestaba a los vecinos de vagón, pero para mí todo se quedaba corto. The Prophet. Eric Dolphy. At The Five Spot. Quería que la música me borrara la memoria.

Todavía jadeaba al llegar al rellano de casa. Subí por las escaleras como un rayo, no tenía nada en la cabeza, tal vez algún gramo de coca y unas ganas locas de no volver al mundo real.

Delante de la puerta estaba el abuelo, completamente desnudo, sentado en el suelo abrazándose las rodillas, medio muerto de frío.

—¿Abuelo...?

—¿Dónde estabas? Te he esperado todo este rato.

Al abuelo no lo podía engañar. Pero tenía una pequeña esperanza, muy remota, algo a lo que aferrarme, de que a lo mejor Jofre al final había podido recobrar el aliento, nadar un poco, llegar a la piedra..., a lo mejor había vuelto en sí, o alguien que pasaba por allí lo había salvado, lo que fuera...

—¿Qué haces aquí, solo y desnudo?

—¿Qué mierda de pregunta es esa? —replicó el abuelo, todavía en el suelo—. Me habías pedido que bajase la basura, y eso es lo que he hecho.

—Pero has tardado mucho en volver. Has tardado dos días, abuelo.

—¿Y? Lo que necesite, Oriol, el tiempo es relativo.

Me froté los ojos. Llevaba toda la ropa empapada en sudor frío.

Antes de continuar con alguna frase pseudofilosófica y decadente, me preguntó si podíamos entrar, que se estaba muriendo (muerto él) de frío. Al sacar la llave del bolsillo, justo en aquel instante, el abuelo se dio cuenta de que tenía las deportivas llenas de arena.

—No me has contestado, ¿de dónde vienes?

No quería oírle. Le pregunté qué quería para cenar y si se ducharía, que una ducha de agua caliente en su estado le devolvería la vida. Se rio como un loco. No volveré a vivir, cojones. Yo le hablaba para entretenerlo y para entretenerme. Pero a veces el abuelo tenía información privilegiada. No sé de dónde la sacaba. Sabía cosas..., cosas que era imposible que supiera porque no había estado presente, y ahora no paraba de hacerme preguntas sobre Jofre, preguntas malintencionadas, como si ya lo supiera todo, como si hubiera estado dos pasos más atrás en el espigón, viendo cómo su otro nieto caía al agua.

—De acuerdo, te lo contaré todo.

Le hice sentarse y nos servimos dos copas de vino, que me bebí yo. Se lo expliqué todo, sin excusas, sin prejuicios, nervioso, no quise ahorrarme nada. A veces me trababa con alguna palabra, pero el abuelo me escuchaba muy tranquilo, fumando —él que en vida nunca había fumado— como si aquel relato no formase parte de su existencia; de hecho, no la formaba. Y se movía por la casa, despacio; cuando la historia no le interesaba tanto, se levantaba e iba a la cocina, después me preguntó si mientras yo hablaba él podía sentarse en la taza del váter, porque tenía que hacer de vientre, porque hacía un par de días que se paseaba desnudo por Barcelona y, joder, no había podido hasta entonces.

—Qué asco de ciudad, no tiene baños públicos.

—Ahora cambiará todo, abuelo, tenemos una alcaldesa nueva y...

—No queda papel de váter —me interrumpió.

Le llevé.

—Y haz el favor de acabar con tu historia... que, por cierto, ya sé cómo acaba.

—¿Cómo?

—Mal. —Y dobló un trozo de papel—. Tendrías que comprar toallitas para el culo, hacen que todo sea más fácil.

Le expliqué que Jofre se me había echado encima primero, que había intentado calmarlo, pero que había sido imposible, y que él finalmente había resbalado. El abuelo tiró de la cadena y con una absoluta tranquilidad, como si le hablase de un proyecto de trabajo o de cualquier tontería, me preguntó:

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé, abuelo. ¿Qué crees que tendríamos que hacer?

—A mí no me metas.

En uno de los estantes del comedor, dentro de la Biblia que me habían regalado por la primera comunión, guardaba siempre un poco de coca. Era la coca de emergencia, la coca de San Juan de todos los días que se me hacía imprescindible.

Nunca había esnifado delante del abuelo, pero necesitaba que un poco de calma me entrase en el cerebro y me cambiase aquel malestar, ser otra persona.

—No puedes perder tiempo —me avisó.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrás que huir, Oriol.

—Huir, ¿por qué?

El cabrón del abuelo no iba a dejarme tranquilo.

—¿Crees que el cuerpo de tu hermano no acabará apareciendo? ¿Crees que esto que ha pasado no lo ha visto nadie? Hoy que todo el mundo lo ve todo, que hay cámaras por todas partes, satélites... —Se limpió el culo.

—¡Está bien! Basta. Quizá con un poco de suerte no encuentran el cuerpo hasta dentro de muchas semanas. Podría pasar. ¿Sabes cuánta gente desaparece sin dejar rastro? Mucha. Muchísima.

—Estás bien jodido... —susurró mientras se vestía.

Volqué la coca encima de la mesa, usé el DNI y la ordené en una raya larga infinita, deseando que nunca se acabase. Que nadie lo dude, la felicidad es química, solo química. Me la esnifé entera, del tirón. Cuando volví a abrir los ojos, el abuelo ya no estaba.

Tenía razón, debía darme prisa.

El teléfono todavía estaba desconectado. Lo había colgado después de hablar con Mireia y estaba convencido de que echaría humo. Por una fracción de segundo, quedé paralizado. Tal vez tenía que volver al espigón y ver qué había pasado, tal vez alguien había avisado a la policía. No, eran demasiados riesgos. ¿Qué sentido tenía volver? Perdería el tiempo, y ahora el tiempo era una ventaja.

Empecé a hacer la maleta, de manera desordenada, impetuoso. La coca ya empezaba a surtir efecto y yo sentía que tenía la fuerza (suprema) para escalar el Kilimanjaro sin oxígeno.

Pero ¿adónde ir? ¿Hacia dónde escapar?

Y entonces pensé en Maca. Hicieron conexión las neuronas y las bragas que había olvidado encima del sofá. Encendí el Mac y entré en eDreams. Cogería el primer vuelo a Medellín, la iría a buscar, el resto ya se vería. Pero ahora como mínimo tenía un destino, una idea para entender cuál era el paso siguiente. Gracias, coca.

Me pedía una fecha de regreso. Me la inventé. Y el buscador me propuso un vuelo al día siguiente a las doce del mediodía desde El Prat. Con escala no sé dónde, un vuelo de veintiocho horas. Perfecto. Lo que necesitaba. Ochocientos treinta y nueve euros. Dos escalas. En Ámsterdam y Panamá. No sabía si España y Colombia tenían leyes de extradición, a lo mejor tendría que buscar otro país, uno africano. Demasiado tarde. Había clicado y había dado mis datos bancarios. Tendría horas suficientes para despedirme de mamá. Ya estaba hecho.

Cuando me tumbé en el sofá, el corazón aún me latía furioso.

Tenía que encender el teléfono, tenía que volver, aunque solo fuera un momento, a la vida real.

Tenía cuatro mensajes en el contestador.

Todos de Mireia.

—Dime, Pérez.

Cuando llama Pérez Navarro siempre pasa algo interesante. Por lo tanto, siempre hay que contestar.

—Tengo la foto de la familia del difunto. Padres, hermano, hermana y pareja. ¿Te la mando por correo electrónico?

—Sí. Por favor.

—Ok. Se los ve muy felices.

—Pues parece que no lo eran nada.

—Ya verás la cara de la madre. Imagina que un día te tiran limón en los ojos. La mueca que se te quedaría es la señora. Si una cara revela infelicidad, es esta.

—Ya lo comentaremos, entonces. Envíamela ahora mismo.

Al cabo de pocos segundos recibo un correo electrónico con el asunto «foto de familia». Lo abro. Un sencillo texto de cortesía encabeza el documento que debo abrir: «Aquí la tienes». Hago doble clic y se me abre una fotografía apaisada en color. La foto no es reciente. Debe de tener unos cuantos años. No más de diez. Voy mirando las caras escaneándolas para mi cerebro. El padre, cara de poder mal entendido. La madre, avinagrada, triste, marchita y pasiva. Los dos niños juntos con cara de romper platos solo cuando los friegan, es decir, tienen pinta de lo que ya se ve que no son, y la hermana... La hermana. La hermana... Cojones, la hermana... Llamo a Gemma. Desconectado. La hermana es la chica de las gafas de sol.

Llamo a Pérez Navarro.

—¿Sí?

—Necesito el nombre de la hermana.

—¿Por qué?

—Lo necesito.

—Mireia.

—Gracias.

Y cuelgo el teléfono.

Vuelvo a la mesa y entre Eduard y un servidor nos hemos zampado una botella de vino. No hemos dejado un mejillón vivo; además, he tenido que oír que son los mejores que ha comido nunca. Le ha entusiasmado la tortilla de patatas del Coure, que es gloria bendita, y el resto lo ha dado por excelente. He triunfado con la elección del restaurante.

Nos hemos saltado el postre y hemos pasado directamente a los cafés. Tengo la sensación de que él quiere lo mismo que yo y no es precisamente ir a la Filmoteca.

Me pasa por la cabeza la llamada de Gemma y la deformación profesional hace que no pueda desconectar y, al margen del festival de sábanas que nos espera esta

madrugada, me muero de ganas de llegar a casa y conectar el Apple a toda castaña para mirar el Facebook de Oriol. Ciertamente podría hacerlo ahora mismo con el móvil, pero ni es el momento ni quiero sobreexcitarme si veo algo sospechoso. Es Facebook, está ahí y no se moverá hasta que llegue y me conecte.

Pido la cuenta al camarero. Y, cortésmente, le pregunto a Eduard si vamos a tomar una copa. Sonríe y me da el visto bueno.

—Escojo yo el sitio —me dice.

—Ya debes de tenerlo pensado.

—Sí.

Llega el camarero, que me entrega a mí la nota. La miro, certifico que es un buen precio y le digo que pagaré con tarjeta de crédito. Al cabo de poco vuelve el chico con el datáfono.

—Gracias —dice Eduard—. La copa la pago yo.

—De acuerdo. ¿Vamos?

Nos levantamos de la mesa y se excusa para ir al baño. Le espero fuera. Subo por las escaleras un pelín torcido. Media botella de vino hace efecto, aunque debería tener más dignidad. Cuando salgo a la calle, la temperatura ha bajado pero es un mayo muy llevadero y se está la mar de bien. Al cabo de un momento reaparece Eduard.

—¿Cómo has venido? —le pregunto.

—En taxi —responde.

Mierda. No tengo más que un casco y no soporto la idea de ir cada uno en un medio de transporte. La idea era que él me llevase en coche por la ciudad y mañana ya vendríamos a buscar la moto.

—¿Nos movemos en taxi? —le propongo después de explicarle que tengo la moto aparcada y bla, bla, bla.

—De acuerdo. No vamos muy lejos —dice con una sonrisa.

Para un taxi. Hemos tenido suerte. Ha pasado uno enseguida por la Travessera.

El taxista escucha Radio Tele Taxi.

—Joder, los cojo todos yo —confieso.

Suena «A fuego lento» de Rosana.

—Mira que es empalagosa, la pobre. —Hago la crítica.

—Pues esta canción triunfó.

—Sí. Y aquí se acabó la chica, su mono tejano de *Siete novias para siete hermanos*, su guitarra, su voz y «su alma enamorada». Pesada.

El taxista espera.

—Pues ya dirán.

—Ah, sí, perdón. Al hotel Casa Fuster.

—Joder, vas a tope. ¿Pedirás un crédito para los dos *gin-tonics*?

—No, lo he pedido para pagar la habitación donde dormiremos esta noche.

Touché. Lo miro fijamente. Puedo hacer varias cosas: abrazarlo, besarlo, violarlo o sodomizarlo. Tomo el peor de los caminos: emito una onomatopeya ridícula.

—¡Ohhh! —exclamo como un pringado.

—No sabía si querías acompañarme, pero con esta respuesta me doy por satisfecho.

Me imagino la cama, las sábanas, la terraza con vistas a los Jardinetes de Gràcia, el minibar para vaciar entre polvo y polvo, la bañera...

En la radio del taxi, una chica con muy buena voz nos quiere vender no sé qué producto de no sé qué empresa de no sé qué villa del Besòs. Cuando se acaba la publicidad suena Siempre Así, un Mocedades a granel con treinta tíos cantando una canción que habla de «unos hombres que han llegado hasta la Luna». Estamos en el hotel. Eduard paga la carrera de cinco con ochenta euros. Me estoy excitando solo de pensar en lo que nos espera.

Al cabo de diez minutos de entrega de carnets y llaves llegamos a la habitación 324, efectivamente, con vistas a los Jardinetes. Eduard ya me ha besado y esto no solo promete, sino que estoy por ponerme a hacer de *crooner* y arrancarme a cantar mi momentánea felicidad. Va hacia el minibar y me pregunta qué quiero. Le pido un botellín de vino tinto minúsculo que veo desde la cama.

La trae y la abre con un vaso al lado. Él ha cogido un *whisky*. Decido ir a la pequeña terraza con vistas. Delante hay un restaurante japonés que, sin ser el Nobu de Londres, es muy aceptable. Unos números de calle más abajo, uno de los locales donde he tomado el mejor sake de la comarca, el Parco.

No es tarde. Miro el reloj y son las once y media, no llega. Hay gente en la terraza del Nomo, el restaurante japonés. Noto que me dan un cachete en el culo. Hasta tocando el culo tiene arte este tío. Me ofrece el vino y brindamos. Comentamos lo complicada que es la calle de Gran de Gràcia: tantos coches y tan pocos carriles. Tantos restaurantes y tan pocos sitios para aparcar.

—Hostia puta —grito.

—¿Qué pasa? —pregunta alterado mi acompañante.

—La hermana, Mireia. La que perseguí el otro día y se me escapó —digo, aunque sé que Eduard no me comprenderá.

—No entiendo nada.

—Es complicado. Estoy investigando un posible homicidio con una familia de por medio y esta mujer que sube por la calle es una voyerista que fue al espigón a ver qué hacíamos.

—A lo mejor solo es una cotilla.

—No, no. Seguro que no.

Me giro y pronuncio una palabra de la cual me habría tenido que arrepentir.

—Vamos.

Eduard me mira, abre unos ojos como melocotones y grita.

—¿Adóonde?

—A seguirla. O mejor aún: a perseguirla.

Los cuatro mensajes de Mireia:

Primer mensaje.

Oriol, soy Mireia. ¿Por qué coño has apagado el teléfono? ¿Qué quieres hacer? Llámame. Llámame, por favor. No le digas nada de mamá, no quiero que discutáis. Llámame, Oriol, antes de cagarla.

Segundo mensaje.

Oriol, estoy muy asustada.

Entonces se producía un largo silencio donde se oía su respiración o tal vez meditaba sus palabras:

Por favor, llámame, por el amor de Dios, no os enfadéis tú y Jofre, él está muy nervioso... Estaré despierta toda la noche. Cuando puedas.

Tercer mensaje.

Aquí el tono era cada vez más furioso.

Oriol, ha pasado una hora y todavía no me has dicho nada. He llamado a Jofre, para saber cómo había ido la conversación, para saber qué le habías dicho y si estabas bien. No me responde. Estoy preocupada por ti, Oriol. Envíame un mensaje, un WhatsApp, lo que sea. Si no quieres llamarme, no hace falta que lo hagas, pero quiero saber que estás bien.

Cuarto mensaje.

Oriol, por el amor de Dios, no pierdas la cabeza. Somos hermanos. Podemos solucionarlo hablando. No sé qué le habrás dicho a Jofre ni tampoco qué te habrá respondido él, pero podemos solucionarlo, Oriol, seguro que lo podemos solucionar. Llámame... No sé nada de ninguno de los dos. ¡Llámame! Si no me llamas, iré a casa a buscarte, necesito verte y hablar contigo.

Me quedé un rato con el teléfono pegado a la oreja, esperando más mensajes. Después volví a buscar por la librería si aún guardaba alguna bolsita de coca escondida entre Dan Brown y Sánchez Piñol, pero nada, absolutamente nada. Me

duché y, a pesar de que tenía el estómago hecho un nudo, me obligué a picar algo. Eran las cuatro de la madrugada y dentro de mi cabeza los minutos, las horas, empezaban a desaparecer. Acabé de llenar la bolsa de viaje. No sabía si en Colombia sería verano o invierno, así que me lo llevé todo. ¿Facturaría? Ni de coña. Imprimí unos cuantos mapas y direcciones de hoteles. No conocía nada de aquel país, no sabía si tenía que vacunarme, si necesitaba pagar por el visado y dudé incluso si enviar un mensaje a Maca para que supiese a qué hora llegaría mi vuelo, pero preferí no hacerlo.

Llamaron al timbre del interfono.

¡Mierda!

En el mejor de los casos podía ser Mireia. En el peor, la policía o, incluso, quería creer que era Jofre, calado hasta los huesos, que venía a partirme la cara. Me moví sigilosamente. De puntillas, apagué todas las luces de la casa. No abriría. Había decidido huir, abandonar la realidad, y no podía desistir a la primera de cambio. Descolgué muy despacio el auricular del interfono por si podía oír alguna voz. Lo tapaba con la mano y me concentraba. Silencio durante unos segundos. Lo único que pude descifrar fue cuando la puerta se cerró de golpe. ¿Cómo? ¡Me cago en la puta!

Quien fuese ya subía por la escalera. Cerré las ventanas, corrí a coger el iPhone y lo desconecté. Mireia seguramente había visto que me había conectado al WhatsApp hacía poco. ¿Por qué no había caído en eso? Ya no podía fiarme ni de la tecnología. Oí unos pasos que iban subiendo los escalones, lentamente.

Coloqué el ojo en la mirilla de la puerta. Pero quien fuese había decidido subir a oscuras para no levantar sospechas. Por tanto, era alguien que conocía bien la escalera. Me quité un peso de encima. La policía no podía ser (Jofre, tampoco).

—Oriol, ábreme la puerta. Sé que estás ahí detrás.

Era la voz de Mireia. Con tono conciliador, amable. Con lo alterada que estaba en los mensajes de voz, y ahora, de golpe y porrazo, quizá gracias a un par de ansiolíticos, quería que el mundo fuese un lugar donde reinaran la paz y el amor libre. Tócate los huevos.

Me quedé quieto, agarrado a la puerta y sin respirar. El abuelo desde la otra punta del piso me hizo un gesto abriendo las palmas de las manos. Estábamos a oscuras, pero el abuelo y yo teníamos la virtud de vernos sin necesitar nada más. Levantaba el brazo y me decía que fuese hacia él.

¿Qué cojones quería?

—Me quedaré aquí el tiempo que haga falta, ¿me oyes? No tengo prisa —me advertía Mireia con voz cansada.

De puntillas, anduve sobre mis pasos y me acerqué al abuelo.

—¿Qué quieres? —pregunté casi sin voz.

—Ayudarte, hostia. Escóndete aquí. —Y me señaló el baño.

—¿Cómo? ¿Dentro del baño?

—Aquí estarás a salvo, hazme caso. —Se le veía muy seguro de sí mismo.

—¿Y Mireia? Ha dicho que no se iría. Se quedará en el rellano.

—No te preocupes por Mireia. —Y sonrió complacido—. Son las cuatro de la madrugada. Ya verás como dentro de un par de horas no está. Puede llamar a la puerta, armar un escándalo, lo que sea, pero no lo hará... Ya conoces a tu hermana, no hará nada. Nunca ha hecho nada en la vida, sería una noticia que empezase ahora.

Me acurruqué a los pies de la taza del váter y me quedé allí un buen rato, no sé cuánto, y, a pesar de la raya infinita que me había metido en la mesa, descansé un par de horas buenas. Cuando abrí los ojos, se filtraba claridad por la ventana del baño. Tenía la boca reseca, dolor de cabeza y la espalda destrozada. Una radio sonaba de fondo. Muy despacio, volví hacia la puerta del piso y, conteniendo la respiración, comprobé si Mireia seguía esperándome en el rellano.

Nadie. No había nadie.

El abuelo no se equivocaba.

Quise darle las gracias, lo busqué por el piso, pero no lo encontré. Antes de cantar victoria, con todo, miré por la ventana por si Mireia estaba en la calle; tal vez se había cansado de esperar delante de la puerta o quería que me confiase y me esperaba en el portal. Pero tampoco. Ni rastro.

Eran las ocho de la mañana.

Faltaban algo menos de cuatro horas para que saliera el vuelo, todavía tenía tiempo de despedirme de mi madre antes de ir hacia El Prat. No sabía si lo tenía que hacer, seguro que el abuelo me hubiera dicho que no era muy buena idea, pero necesitaba abrazarla y decirle adiós.

Encendí el televisor. Quería tener alguna pista del mundo exterior. Me hice un café y con el Google Maps me aseguré de cuál era la ruta más rápida y más discreta para ir al asilo.

En el 3/24 apareció una periodista con la playa de fondo y rostro serio.

Subí el volumen.

«No se ha podido identificar todavía el cuerpo del hombre que se ha encontrado a primera hora de esta mañana flotando a pocos metros del espigón. Según los Mossos d'Esquadra podría tratarse de un homicidio, pero cometido con torpeza, ya que el cuerpo en vez de viajar mar adentro se ha quedado cerca del espigón toda la noche hasta que, por la mañana, unos pescadores con caña lo han encontrado golpeando contra las rocas».

Apagué el televisor. Me eché la bolsa al hombro y partí.

Quería llorar, pero no podía.

Hace un cuarto de hora que enfilamos Gran de Gràcia para girar por las laberínticas calles, callejuelas y plazas del barrio. Qué manía tiene esta mujer de caminar a paso ligero. Recuerdo aún cómo se movía por la Barceloneta. Parece que tuviera un mapa en la cabeza. Soy de los que cuando van a pie tienen que sacar el móvil, ir a Google Maps y buscar el recorrido más corto entre dos puntos. Si no, estoy incapacitado. Esta mujer, no. Gira a derecha o izquierda a conciencia, con una seguridad impropia de quien diseñó estas cabriolas de calles del barrio de Gràcia.

Eduard me acompaña. Este tío es un amor. Le dejé tirado en mi casa el día en que nos conocimos. Ahora me regala una noche en el hotel Casa Fuster y, cuando estábamos a punto de hacer el salto del tigre en una habitación que era como si la hubiesen diseñado para estrenarla nosotros, tiene que hacerme de Doctor Watson y seguirme como un fiel escudero. Es tan magnífico que, en lugar de mandarme a tomar por culo, me ha pedido permiso para acompañarme.

—¿Te importa que te acompañe? —ha preguntado después de proponerle que me esperase, que no tardaría.

Creo que esta aventura o bien le distrae o bien, incluso, le apasiona. Mira que debe de tener una vida entretenida con una empresa de modelos y todo el glamur del divismo que lo rodea. También entiendo que no debe de ser muy habitual en su agenda perseguir a nadie.

—¿Hay algún manual de instrucciones? —pregunta cuando al cabo de diez minutos dejamos la recepción del hotel.

La pregunta es procedente para un ingenuo en la materia como él.

—No, pero alguna recomendación, sí. La primera, hacer teatro en esto que podríamos llamar persecución, es decir, aparentar que no perseguimos a nadie.

—De acuerdo, Albert, pero ¿no crees que necesito alguna explicación más? Por lo menos saber a quién perseguimos y por qué.

La explicación es un buen argumento para crear un teatro real durante la persecución de esta mujer. Sin perderla de vista, le comento a Eduard la historia del espigón, el cadáver, la chica de las gafas de sol, la llamada de Gemma y el nudo en el que me encuentro. No pregunta, se deja llevar por mi ritmo y, de vez en cuando, me mira interesado. Le explico lo mismo que a mi amiga Eva, que si estoy fracasando, que si tenía la historia justo enfrente de mis narices y no fui capaz de reflexionar sobre lo que estaba pasando.

De repente, mientras caminamos, Eduard, imprevisiblemente, de golpe y a traición, me agarra por el hombro cruzando con el brazo toda mi espalda y aprieta cuerpo contra cuerpo. Es solo un segundo, tal vez dos o tres, como símbolo de amor, de aprecio, de ternura, qué sé yo, pero hubiese deseado que dejara su brazo ahí quieto.

Mientras avanzamos voy mirando las calles de Gràcia, por las cuales o bien no

había pasado en la vida o bien no me había fijado. Hemos ido a parar a la plaza del Sol, donde hace unos cuantos agostos, por la fiesta mayor, pillé una cogorza con unas supuestas caipiriñas hechas con una supuesta *cachaça* que preparaban unos supuestos brasileños y acabé vomitando en un portal de la calle del Canó. La mujer de las gafas de sol sube por la calle de la Virtut, pasa por un bar que tiene el original nombre de Kopes, vuelve a torcer a la derecha por la calle Montseny y me encuentro de cara al Teatre Lliure, local que suelo frecuentar con amigos muy extraños que se creen que inventaron el pensamiento. En él he visto grandes obras y enormes mierdas, aunque es interesante ir con mis colegas, porque las que a mí me han gustado ellos las detestan, y viceversa. Suele ser así. Se lo explico a Eduard. No le va mucho el teatro, me comenta. Veo que anuncian una obra que dirige Julio Manrique. A mí este Manrique siempre me ha caído bien. En entrevistas que he leído me ha parecido honesto, sincero, sencillo y nada altivo, que es lo que me molesta de estos directores que se creen que han inventado las bambalinas. Mientras miro de reojo cómo la chica cruza la calle Torrent de l'Olla, le digo a mi acompañante si le apetecería venir conmigo un día a ver esta obra. Me sonrío y me suelta una frase que no me gusta demasiado por excesivamente pragmática.

—Si cuadramos agendas, sí.

Qué idiota, pienso. Qué inmenso idiota, me repito.

—Eres muy idiota, ¿eh? —le digo.

Se echa a reír.

—Es una manera de afirmar que acepto la oferta a la espera de confirmar que el día en cuestión no tengo ni un encuentro, ni una reunión ni un viaje. Tú tienes una vida más fascinante que la mía, pero la mía tampoco es plana.

Ya me la ha clavado. Sonrío y me doy cuenta de que ha sido una sonrisa de niño idiota. Y, efectivamente, el idiota era yo.

—Ya te propondré fechas para que mires la agenda y de esta manera...

De repente, la chica para delante de un portal. No sé el nombre de la calle porque no hay placa alguna a la vista. Una de dos: o seguimos recto como si nada o nos paramos. Si seguimos recto, dejaremos atrás a la chica y no veremos qué hace. Eduard está, ahora sí, nervioso, y me susurra:

—¿Qué tengo que hacer?

—Callar —respondo.

Lo cojo entre los brazos y le morreo con fuerza. Me gusta porque él se aplica bien. Joder, si se aplica. Noto que le gusta este capítulo de la obra de teatro. Está de culo a ella y yo por encima de su hombro observo cómo la chica, vestida con un jersey de algodón gris, unos vaqueros no muy ajustados y unas deportivas con brillantitos mete la llave en la cerradura del portal, empuja y entra.

Aparto a Eduard con respeto. Él me clava una mirada que vale por el mejor de los polvos que podamos echar el próximo siglo.

—¿Y ahora qué? —me pregunta.

—Ahora nos casamos —le respondo.

Nos echamos a reír.

—Ahora sabemos dónde vive esta mujer. Eso es importante. Déjame un momento.

Busco en la esquina siguiente el nombre de la calle y lo cuadro con el número 14. Miro el reloj: es medianoche. La casa no tiene vecinos. La pared es de obra vista y hay dos plantas. El ático está descubierto. Es probable que allí arriba haya una gran terraza. En la planta baja, ahora iluminada, se ve solo una cortina que refleja, en un ángulo, un techo blanco. La casa, desde fuera, parece muy interesante.

Delante hay un pequeño bar con un grupo de gente aparentemente afable charlando. Le digo a Eduard si podemos tomar alguna cosa por si puedo ver algo que me ayude a no sé muy bien qué.

—¿Esta comedia tiene que durar mucho? —responde a mi ofrecimiento.

La pregunta me desarma, me entristece, me hunde... Bajo la cabeza.

—Lo siento mucho. Mucho. Eduard, perdóname en la medida en que puedas. Vete si quieres, pero necesito diez minutos o un cuarto de hora para saber qué hace esta chica. No puedo decirte nada más.

—Tranquilo. El problema no es seguir jugando a hacer de ayudante de investigador. Es no saber cómo continúa la cosa.

—Continúa intentando pillar al malo porque siempre...

—Hostia, mira a la tía esta —dice Eduard lanzando una mirada de reojo pésimamente disimulada.

Del portal sale la chica de las gafas de sol, ahora sin las gafas. Se ha cambiado de ropa. Como si tuviese que acudir a un encuentro especial. Lleva un vestido largo de color vino con una chaqueta clara y zapatos de tacón. Se ha repeinado y le cuelga del cuello un bolsito pequeño y negro.

—¿Toca seguirla otra vez? —me pregunta Eduard.

—Esa sería la pregunta correcta que se haría cualquier ciudadano, lector de novelas o espectador de cine negro. Pero no es así. La adecuada es si debemos entrar en su casa.

La cara de mi acompañante es de enviarme a freír espárragos directamente. Resopla.

—Sé que eres investigador porque me lo has dicho y por las reacciones que tienes. Unas reacciones que, si no fuese porque no tengo ninguna prueba de que lo seas, serían de tarado. Y si, al final de la obra, eres un tarado con ínfulas de investigador, me convertiré en cómplice de un tarado con ínfulas de investigador y tendremos que compartir celda en la Modelo.

—Pues me parece muy bien. Si no puedes ir al teatro porque tienes que consultar tu tan apretada agenda, por lo menos compartiremos celda ya que no tendrás opción de hacer otra cosa. Hala, venga, si quieres venir, yo voy a casa de esta chica.

Sin mucho convencimiento, Eduard sale detrás de mí y, cuando nos acercamos al

portal, me pregunta asustado:

—¿Y si hay alguien dentro?

—La respuesta, en breve —respondo con una sonrisa cínica.

Cuando estamos delante de la puerta, llamo al timbre:

—La mejor manera de saber es preguntar.

Vuelve a resoplar. El campanillazo es ruidoso. Como de palacete. Como era de esperar, aquí dentro no hay nadie. Miro la cerradura. Es de las antiguas. De sierra. Si no me he fijado mal, ha cerrado de golpe, no ha dado doble vuelta con la llave. Será fácil. Meto un alambre especial y le pido a Eduard que me tape para que los que siguen bebiendo en el bar de delante no sospechen nada.

—¿Y si tiene alarma? —pregunta, definitivamente cagado, mi acompañante.

—Es fácil de saber.

—¿Cómo?

—Entrando.

En ese preciso instante, la puerta se abre. Todo está a oscuras.

—Saca el móvil —le exijo a Eduard.

—¿A quién piensas llamar ahora? —responde con un rechinar de dientes causado por el nerviosismo.

—A nadie. Busca la linterna.

—Ah, de acuerdo.

Yo ya la he encendido. Al fondo de la sala veo, que es lo que más me sorprende, unas escaleras color tierra que suben a una segunda planta.

—Ya está. Encendida —susurra Eduard.

—¿Por qué hablas tan bajo? Si no hay nadie... —replico con tono normal.

Las putas películas. Todos hablan flojo por si detrás de una columna se esconde un asesino con un cuchillo que, por supuesto, estará bien afilado y será de punta, y cuando lo clave lo hará de tal manera que entrará perfectamente en el cuerpo sin topar con ningún hueso y ninguna costilla que frene la cornada hasta el mango. Ay, señor.

Eduard está gélido de fondo y de forma. Le toco la mano y es como un Frigodedo, y cuando habla le tiembla la voz como a Serrat.

Momento perfecto. Hay un sofá entre la entrada y la escalera. Agarro a Eduard por detrás y le estampo la boca en la suya. Me aparta y suelta un impropio de diez en la escala Richter de los insultos. Pobre mamá. Era grande pero de otra manera y con otro empleo.

—¿Cómo te atreves ahora? —pregunta acongojado, asustado, descolocado emocionalmente.

—Si estamos solos.

—Eres un gilipollas.

—Va. Dame un beso.

—Y una gran mierda.

Me acerco para picarlo.

—Pequeñín...

—Hostia, Albert, que me largo. Soy aventurero pero no suicida, cojones. Hacemos el trabajo y nos vamos.

—Joder, Eduard. Ya hablamos en primera persona del plural. Haciendo piña. Eso me gusta. Venga, déjame revolver por aquí abajo.

En la planta, un par de fotos de ella al lado de unos niños.

Entro en la cocina. Una cocina como Dios manda. Toda de acero inoxidable. Limpia como una patena. Todo perfectamente colocado. Como si fuera de Casa Decor. Esta mujer dispone de servicio a diario. Seguro. Nadie tiene una cocina tan impecable a menos que solo vaya a casa a dormir. Y aunque fuera así, en el fregadero o el lavavajillas habría algún vaso o cuchara sucios. Nada en el fregadero, abro el lavavajillas y nada de nada.

En la nevera, una nota con una lista de la compra (cebollas, yogures Sveltesse, agua con gas, papel de cocina, suavizante, bolsas de basura, leche desnatada, huevos, mantequilla...). Es decir, la base de cualquier despensa. También hay imanes de Roma, Londres, Florencia, Donostia, Huelva y Madrid.

Eduard sigue en el salón. Lo observo en la penumbra con el móvil en la mano, iluminando una mesa de centro situada junto a un sofá de cuatro plazas enorme y un televisor Samsung de pantalla plana elevada por medio de un palo de acero que sale del suelo.

—Una foto —susurra.

Me acerco. Se ve a una chica con una caña de pescar delante de un muelle. Sin duda es ella. La fotografía puede estar tomada tanto en Miami como en el Serrallo o en La Coruña.

Abro cajones.

—¿Estás abriendo cajones? No me lo puedo creer —me riñe Eduard.

—Soy investigador privado y ya que he entrado en una casa, revuelvo. No pienso robar nada. Pero tengo que revolver. No entro para mirar cuadros y retratos.

—Pero ¿qué esperas encontrar en el cajón de un mueble del salón de una casa que no conoces?

—Cualquier chorrada que pueda ser susceptible de ser de interés para la investigación. Por ejemplo, si...

—Perdona, pero esta chica ¿por qué es sospechosa? Por haber ido a un espigón a curiosear un rato en sus horas de ocio.

Eduard empieza a estar incómodo con la situación. Tengo esa intuición. No debe de ser sencillo conocer a un tío y al segundo día acompañarlo a allanar una casa, abrir cajones y a saber aún lo que le espera. Si después de esto todavía me dirige la palabra, le pido matrimonio.

—¿Tú en tus horas de ocio vas a la playa una mañana de mayo para ver una escena de un grupo de policías alrededor de un difunto ahogado? No sé si esta chica tiene algo que ver pero, si es así, como mínimo tenemos que encontrar un cadáver

disecado en el zapatero.

—Puede que sí. Aquí no hay nada —dice enfocando la mesa del comedor que solo está decorada con un jarrón espantoso y torcido de color verde loro.

—Vamos a la planta de arriba —ordeno mientras cierro los cajones llenos de servilletas, manteles y otro menaje poco relevante.

Observo que al lado del televisor hay un mueble con películas en Blu-ray y confirmo que esta chica es especial (*El exorcista*, un pack de *Saw* con las tres primeras películas, *Insidious*, *El resplandor*, dos temporadas de la serie *American Horror Story*, la de la casa encantada y la del manicomio, *Creepshow* y una todavía sin desprecintar de *Los renegados del diablo*).

—Es una gran fan del género. Ella o quien viva con ella. Vaya colección de películas más agradables.

Subimos por la escalera. Arriba, a la derecha, vemos un pequeño cuarto de baño. A excepción de una pastilla de jabón y un par de toallas, caca de la vaca.

Una primera habitación con una cama y nada más. Como si fuera nueva, lo que me hace pensar que no hace mucho que vive aquí.

—Parece vacío, este piso, como si no viviera nadie —dice Eduard con énfasis.

—Me temo que solo vive ella. Mira...

Señalo un dormitorio de matrimonio enorme. Una cama grande rematada por dos mesitas de noche con sendas lámparas, un televisor plano contra la pared frontal y un pequeño pasillo donde hay un vestidor que es para quitarse el sombrero. Qué maravilla. Un montón de ropa perfectamente colgada y un olor a perfume que todavía tumba de espaldas aunque haga un rato que la chica se ha largado.

Estamos echando un primer vistazo. Eduard no se separa de mí. Me giro.

—Bésame —digo.

—Calla, joder —responde, y me empuja hacia fuera de la habitación de matrimonio.

—Vengaaa, bésame, coño. —Le toco las narices.

—Albert. En serio. Me voy —dice.

—No te lo crees ni tú.

Me encanta incordiar a la gente poniéndola en un dilema: o hacia aquí o hacia allá. Entiendo que Eduard esté nervioso, pero yo también y, por lo tanto, intento calmar los nervios bromeando.

Mi acompañante está inquieto y empieza a bajar por la escalera para largarse.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—A tomarme un *gin-tonic* al bar de aquí delante. Es un buen síntoma para ti que no me vaya a casa y me olvide de ti, que sería lo más lógico.

—De acuerdo, perdona... —Y le doy un beso.

Corto pero suficiente. Se me queda mirando y me da otro, uno o tal vez dos segundos más largo. Baja por la escalera y, de pronto, se para. Un ruido lo detiene todo. Es la cerradura. Alguien está abriendo la puerta, me cago en la puta madre que

me volvió a parir.

Era por la mañana temprano y las calles ya estaban inundadas de claridad. No sé acostumbrarme a tanta luz. A mí las ocho me parecen una broma de mal gusto. Se me repetía en la cabeza una y otra vez la voz de aquella periodista, las imágenes de la playa detrás de ella. Dentro de la bolsa llevaba la cartera de Jofre, suponía que eso me haría ganar un poco de tiempo.

Recorría las calles deambulando de acera en acera, como si alguien me arrastrase los pies, como si mi voluntad fuera inducida por una condena, que me hiciese avanzar una manzana detrás de otra. No miraba si los semáforos estaban en rojo o en verde, no esquivaba a los hijos de puta de los ciclistas, ni me apartaba si se acercaba una viejecita con sus andares lentos que tanto detesto. Llevaba puesto el piloto automático y entré en la boca de metro y me subí al primer vagón en dirección contraria.

¡Mierda!

Me di cuenta cuando ya llevaba tres paradas. La cabeza, a ratos, no me funcionaba. Por algún motivo oculto había vuelto a la línea amarilla y me dirigía hacia la Barceloneta.

Me levanté, sudaba como un condenado a muerte, como si de pronto se hubiese roto el hechizo de invisibilidad y todo aquel que me rodeaba me estuviese mirando, todos los ojos me delataban, sabían secretos míos que ni yo mismo podía recordar, cualquier movimiento era sospechoso.

Cuando bajé al andén, deshice mis pasos. Había perdido más de veinte minutos, y sabía que después tendría que correr para llegar al aeropuerto.

Para tranquilizarme, ahora que ya estaba en la buena dirección, y distraerme, me senté en una punta del vagón y me puse a contemplar a la gente que subía y bajaba. A mi lado, una chica embarazada escribía mensajes cursis y llenos de emoticonos por WhatsApp; de pie, delante de mí, una pareja de adolescentes se besaba como si el mundo estuviera a punto de acabarse, con ese egoísmo que solo tienen los enamorados. Y, más allá, sudamericanos sucios de haber trabajado en alguna obra, chinos hablando entre ellos, conchabados en algún plan maléfico, y una señora mayor a la que, muy educadamente, después de levantarme, cedí el asiento.

Cuando salí a la calle, aceleré el paso. El reflejo de los cristales de los escaparates me devolvía la imagen de un tío desprotegido, sentía que mi vida la habían pasado por un colador y ya no quedaba nada de mí que tuviera un poco de sustancia. Mi cerebro tomaba decisiones y veía gente que yo no comprendía, e incluso una parte muy remota de mí me aseguraba que si había decidido pasar por el asilo era para confirmar que mi madre estaba viva, que lo que le había dicho a Jofre era mentira, que ella seguía allí, mustia, sentada leyendo un libro.

Cada cinco minutos confirmaba que tenía el móvil apagado y la cartera de Jofre en la bolsa. Todo en orden.

Al llegar a la residencia, de pronto, me pareció un espacio agradable, diáfano. Tal

vez fuera aquella luz benigna del mes de mayo, tal vez que la peste a lejía se había esfumado. Los abuelos seguían en su sitio, pero el aire pesaba menos. Cuando entré, muy despacio, saludando a la chica de recepción y a las cuidadoras, la mañana iluminaba las arrugas de todos los viejos sentados en sillas de ruedas. La mayoría estaban colocados de cara a una gran pantalla de televisión en la que emitían un magacín infecto (cotilleos y comentarios absurdos); muchos de ellos, sin embargo, no miraban el televisor; de hecho, parecía que mirasen muy adentro de sí mismos, como quien recuenta recuerdos, o simplemente decide dejar el cerebro en blanco.

Al fondo, sentada ante una mesa, estaba mi madre con un libro forrado en las manos, leyendo ajena al resto de los residentes, aquellos cadáveres prematuros.

—¡Mamá! —grité desde la entrada.

Pero ella seguía absorta en la lectura.

—¡Mamá! —repetí con más fuerza mientras me acercaba.

Entonces ella alzó la mirada del libro y dibujó una extraña sonrisa, más de pena que de ilusión.

—Soy yo —saludé mientras me sentaba a su lado y le daba dos besos.

—Ya sé quién eres, Oriol... —contestó con tono pausado y no muy alegre—. Vas muy cargado.

—Sí, mamá. Porque me voy.

Se quedó unos segundos con el libro en las manos, retomó la lectura y, después, mirando a un lado y al otro, sin saber muy bien qué le pasaba (a lo mejor se reprimió para no decirme otra frase), me respondió:

—¿Y adónde vas, si puede saberse?

—Me voy lejos, mamá, necesito un tiempo para descansar.

—Para descansar... —repitió sin sentido.

Entonces le acaricié la mano arrugada con la piel pegada a los huesos, con las venas lilas y las uñas pintadas.

—¿Has visto la televisión? —me preguntó.

Hostia puta. Disimulé.

—No... —El corazón se me aceleraba como un motor de inyección.

—Dicen que empezará a llover, que hará mal tiempo. Si te vas será mejor que te abrigues y que cojas un paraguas...

—Sí... tienes razón...

Me entraron ganas de llorar, pero me las tragué. Y sin venir a cuento, ella se levantó y, todavía agarrada a mi mano, repetimos la conversación que habíamos mantenido unos días antes.

—Pero ¿es que no me voy contigo?

—No, mamá.

—Pero ¿es que no has venido a buscarme?

—No, mamá...

—¿Cuánto tiempo más vais a dejarme aquí? Quiero volver a casa. Tu hermana

dijo que si no me encontraba a gusto me sacaríais de aquí.

—Sí.

—¿Y cuándo será?

—Pronto, mamá.

—¿Hablarás con Jofre y Mireia?

Cuando pronunció su nombre, bajé la vista.

—Sí. Hablaré con ellos.

No aprecié que su tristeza fuese más feroz, parecía que aquella conversación también la había sufrido con Mireia, y lo preguntaba más por resignación que con esperanza. Nos levantamos y me dijo que quería dar una vuelta por el jardín. Yo tenía poco tiempo y quería explicarle que no podía entretenerme, pero también es verdad que mientras estaba allí notando sus huesos y su mano frágil, todo tenía un orden.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —preguntó mientras levantaba lentamente un pie para esquivar el escalón.

—Sí, mamá... precioso...

El jardín de la residencia era ordenado y tranquilo, con las plantas distribuidas por los lados, un par de pinos y un roble. Una fuente y el jodido mes de mayo lleno de colores, lleno de flores de las cuales no conocía el nombre, hasta el trino de los pájaros parecía agradable. Nos sentamos en un banco y yo no tenía ganas de hablar. Quería que nos quedásemos, los dos, en silencio, mirándonos, o tal vez contemplando la fuente que manaba lenta mientras los pájaros bebían de ella.

—Quedémonos callados.

La mayoría de las veces hablar no sirve absolutamente para nada, las palabras solo nos enredan.

—Tengo un regalo para ti —me dijo mientras me acariciaba la mejilla—. No lo tengo aquí, lo guardo en la habitación.

Y entonces se quedó contemplando otra vez el paisaje. Respiró muy hondo y mientras soltaba el aire me asesinó con una pregunta:

—¿Por qué dejaste al abuelo en la calle solo y desnudo?

—¿Cómo? —Seguro que no lo había entendido bien.

—Me ha dicho que a veces discutís y que el otro día volviste a casa muy alterado.

—¿El abuelo?

—Sí, viene de vez en cuando a verme... Es curioso, era mi suegro y siempre me pareció un hombre encantador. Lo quería más que a tu padre.

Se me heló la sangre. ¿Mi madre también podía ver al abuelo? Y lo que es peor, ¿quizá el abuelo le hubiera contado un montón de cosas? ¿O tal vez aún tenía droga mezclada con las neuronas y estaba delirando?

Preferí cambiar de tema, porque sabía que si mi madre seguía por ese camino acabaríamos los dos locos o tal vez yo acabaría confesando que Jofre flotaba cerca del espigón con una mezcla de azul y pálido.

—¿Qué lees, mamá? —le pregunté porque no soltaba su libro forrado.

—El Nuevo Testamento.

«Cojones...», dije para mis adentros.

—¿Quieres que te lea un fragmento? —me invitó con un interés nuevo por completo.

Iba a decirle que no, lo último que me apetecía era escuchar el Nuevo Testamento, pero no sé por qué extraña causalidad las cuerdas vocales conectaron con los labios y pronunciaron un tímido sí.

Carraspeó.

—«En cuanto al amor fraternal, no necesitáis que os escribamos, porque Dios mismo os ha enseñado a amaros unos a otros. En efecto, vosotros amáis a todos los hermanos que viven en Macedonia. No obstante, hermanos, os animamos a amaros aún más, a procurar vivir en paz con todos, a ocuparos en vuestras propias responsabilidades y a trabajar con vuestras manos. Así os he mandado, para que por vuestro modo de vivir os ganéis el respeto de los que no son creyentes, y no tengáis que depender de nadie. Hermanos, no queremos que ignoréis lo que va a pasar con los que ya han muerto, para que no os entristezcáis como esos otros que no tienen esperanza. ¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con él».

Y calló.

—¿Qué te parece?

Vencido, me quedé sin palabras. ¿Por qué había escogido precisamente aquel fragmento? ¿Por qué? Mi madre me miró y, por una fracción de segundo, dudé si lo sabría. Después, con un gesto, me hizo levantarme.

—Madre, tengo que irme; si no, perderé el avión.

—Está bien... está bien... qué prisas... Antes tengo que darte el regalo.

Cojo a Eduard por la cintura y lo guío.

—Déjate llevar —le susurro.

—Hostia puta, Albert. Me estás buscando la ruina —me responde quejándose.

Temo que se me eche a llorar y eso ya no lo soportaría.

—Dame la mano.

Cumple la orden y entramos en la habitación grande.

—Seguro que vendrá aquí, seguro —se lamenta.

—Si viene, no nos encontrará. Tumbate y métete debajo de la cama. Y sobre todo calla y no te muevas.

Nos tendemos debajo de la cama King Size. Cabemos bien los dos. Oímos que alguien sube los escalones. Podría ser ella o podría no serlo. No sé nada. Ahora sí que, si salimos de esta, Eduard me mata, me deja, me sodomiza o me denuncia. Nada podrá ser positivo. Es imposible. El pobre desgraciado no abre la boca. Lo tengo pegado y, solo de imaginarme cómo debe de sentirse, me entra un medio ataque de risa. Empiezo a sacar aire por la nariz de manera compulsiva por la risa. Codazo de Eduard. Le cojo la mano y con el dedo índice le acaricio la palma de la mano. La aparta con contundencia como diciendo vete a la mierda. Me encanta putearlo a pesar de la crueldad de la situación.

¿Qué es lo peor que puede pasar? Que nos denuncie. No hay problema. En la policía, declaración y, a los diez minutos, para casa. Por tanto, todo es un juego. Oigo un clic. La luz de la habitación. Ahora sí que freno. Me convierto en una iguana: no me muevo. Veo, ahora sí, la sombra de Eduard a mi lado. Está boca abajo con la cara vuelta hacia la izquierda, con los puños cerrados a la altura de la cabeza. Definitivamente, está cagado.

Veo los zapatos. Es ella. El problema es saber por qué ha vuelto: para quedarse o porque se ha dejado algo. Lo normal sería que se hubiese dejado vete a saber qué, o que volviera para buscar el tabaco, por ejemplo. Quizá se haya dejado el tabaco porque he observado un par de ceniceros y un paquete de Nobel en una de las mesitas de noche. Nobel. Qué asco. Si fumas, por lo menos fuma bien. Yo fumaba un par de paquetes diarios, pero de Winston, que dice fumador. Nobel dice imposibilidad.

Otro clic: la luz del baño. Vuelvo a mirar a Eduard. Si yo soy una iguana, él es un búho. Ha girado el cuello y le veo la cara. Solo sé que está vivo porque mueve los ojos. Me mata. Seguro. Fue precioso mientras duró. Y duró una noche, un polvo y unos cuantos mensajes. Pobre chico. Eso sí: nunca se olvidará de mí. Le pongo cara de pena y le sonrío. Él pone la cara de Drew Barrymore cuando ve al fantasma de *Scream* con el cuchillo en la mano. Tiene literalmente los cojones por corbata.

Oigo el chorrillo de pis de esta mala bestia que no acaba de irse. De casa uno sale cagado y meado. Sonido de la cadena. Sonido del grifo. Sonido del clic. Cruza el dormitorio. Otro clic y volvemos a estar a oscuras. Sonido de zapatos bajando por las

escaleras. Salgo de debajo de la cama. Eduard está embalsamado y no se mueve. Me mata, joder si me mata. Oigo el golpe de la puerta. Volvemos a estar solos.

—Venga, Eduard, sal —le digo con tono suave.

Ahora es cuando desaparece de mi vida para siempre.

Veo la preciosa cara atemorizada que sobresale por una de las esquinas de la cama iluminada por el teléfono móvil. Se da impulso con las manos y se levanta. No dice nada. Se sacude el polvo que pueda haber recogido el vestuario al revolcarse por el suelo. Ya se sabe: el polvo de debajo de los catres.

—Perdona —le digo—. Lo siento mucho, pero...

Y no me deja seguir. Rompe a llorar. Llora fuerte, producto de los nervios. No me mata. Mucho peor: este tío me descuartiza encima de los fogones de acero inoxidable de la cocina. Lo pondrá todo perdido, pero mi asesinato lo compensa. Sigue llorando. No sé si abrazarle. Me acerco y, de golpe, va convirtiendo progresivamente el llanto en carcajada y ahora le toca reír muy fuerte. Ha enloquecido. Ahora se ríe. Hostia. Me descuartizará y esparcirá los pedazos por las calles de Gràcia para que se me coman los perros. Ríe como un psicópata. Los nervios son una pésima compañía.

—La madre que te parió, Albert —dice con una cara que mezcla el terror y la fascinación.

Bajo la cabeza.

—Quería echar un polvo contigo en una habitación superior de uno de los mejores hoteles de Barcelona y me has traído a una atracción de Indiana Jones.

Ignoro adónde quiere ir a parar, pero tampoco podemos convertir este cuarto en la barra del Café Gijón, porque la chiflada esta puede volver en cualquier momento.

—¿Qué quieres que haga, Albert? —me pregunta.

Debo de poner cara del emoticono de la sorpresa, porque vuelve a descojonarse.

—Es que no sé cómo reaccionar, Eduard.

—Responde a mi pregunta. ¿Qué quieres que haga, Albert?

Cara de emoticono de sorpresa una vez más.

—¿Que sigas revolviendo cajones conmigo en esta casa de mierda es una buena respuesta?

—Es la correcta. Si he superado esto, de perdidos al río.

Nos hemos vuelto todos locos. Sonrío y le beso. Y le abrazo. Él me devuelve el beso. Le animo a seguir. Una tercera habitación.

—Quédate aquí y rebusca. Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—Sigo por esta planta. Toda casa como Dios manda debe tener un despacho. Y esta, seguro que lo tiene.

—Toma —me dijo mientras me daba un sobre cerrado.

Estábamos en su habitación. Una de las mejores de toda la residencia, con vistas al jardín, un balcón por el que corría el aire, un escritorio de madera maciza de caoba, la bañera adaptada y el televisor. Solo había estado una vez en su habitación; caí en la cuenta de que siempre que la iba a ver nos encontrábamos en aquella especie de comedor...

—¿Qué es esto, madre?

—Un sobre —respondió concisa.

Yo ya sabía que era un sobre, pero quería que me diese alguna pista, que me explicara qué escondía dentro. ¿Dinero, tal vez?

—Solo te pido que no lo abras hasta que todo esto haya pasado.

—No te entiendo, mamá.

—No hace falta que lo entiendas. Solo te pido —repitió— que lo abras cuando el abuelo te dé permiso... Mientras el abuelo no te dé permiso... nada de nada. ¿Me lo prometes?

—Sí, mamá.

Entonces se me acercó, me cogió la cara con las manos y me abrazó. No recordaba la última vez que mi madre me había abrazado. Quizá fuera en el entierro de mi padre, en casa solo nos abrazábamos en los entierros, y nos dábamos dos besos las nocheviejas y los cumpleaños.

Por lo demás, tocarse era un acto peligroso e indecente.

Reconozco que, en un primer momento, me sentí incómodo; en aquel abrazo, que duró más de lo que tenía previsto; mi madre se agarró a mi cuerpo y apoyó la cabeza en mi pecho. Notaba su pelo. Se quedó un buen rato así. Y a pesar de mi inicial resistencia, no tuve más remedio que acabar cediendo.

—Oigo cómo te late el corazón... —dijo.

—¿Y cómo late?

—Demasiado rápido.

Después nos despedimos.

Nos dimos dos besos, le prometí que no abriría la carta, que le escribiría cuando llegase, ella, prudente, no me preguntó adónde iba (a lo mejor el abuelo ya se lo había dicho). Después me eché la bolsa al hombro y salí de allí.

No me volví por última vez, como había hecho la víspera en el espigón, convencido de que si huía, si arrancaba a correr, todo aquello tal vez no habría sucedido de verdad.

Cuando hube bajado de la habitación de mi madre, crucé el comedor y vi que las momias seguían con los ojos vacíos mirando hacia la tele. En aquel preciso instante volvían a aparecer las imágenes de la playa, y un montón de curiosos y policías, y gente, y más gente, y una ambulancia, ¡y más gente de los cojones! No quería oír lo

que decía la periodista, me despedí de los enfermeros y pedí un taxi.

De camino al aeropuerto pregunté al taxista si podía apagar la radio porque no soportaba al pesado aquel de Rac1, el taxista masculló en voz baja pero me hizo caso.

Saqué el teléfono, no quería encenderlo, pero tenía que hacerlo.

Y, evidentemente, tenía un montón de llamadas de Mireia. Mensajes de voz y mensajes de texto, que borré antes incluso de oírlos. Ahora lo último que necesitaba eran sus palabras.

—Tome, quédese el cambio por la molestia de la radio.

—Gracias.

—No, es broma. Necesitaré monedas para la máquina de refrescos.

Indescriptible la cara de mierda del taxista.

Puse el pie en El Prat y, cuando se abrieron las puertas, todo aquel ir y venir de personas me colapsó. Cómo echaba de menos una última rayita, por pequeña que fuese, me habría ayudado a tener un viaje más tranquilo.

Fui hacia el mostrador de Vueling y me atendió una chica guapísima, maquillada, de ojos tristes. Primera escala, Ámsterdam, después volaría con Kim Royal Dutch Airlines, segunda escala, Panamá, y finalmente con Copa Airlines. La chica me hizo facturar la bolsa. Antes recuperé la carta que me había dado mi madre y la cartera de Jofre.

—Que tenga un buen viaje —me deseó.

—¿Con Vueling?

Superé todos los controles, me humillé quitándome los zapatos y el cinturón, dejando el teléfono y todos los cachivaches en aquellas bandejas ridículas. Es terrible lo que hemos hecho con los aeropuertos, a cambio de nuestra seguridad, hemos vendido nuestra dignidad. Me habría encantado exponerle esta reflexión al abuelo, él que volaba tanto en otra época, pero se había quedado en casa. Y después, cruzar el *duty free*, topar con turistas, mirar a la gente que iba arriba y abajo con prisas y calcular cuánto tiempo faltaba para escapar.

Los aeropuertos están llenos de gente guapa. Sin alma, pero guapa.

Como aún faltaban más de diez minutos para embarcar, fui al baño. Puse el pestillo. No creo que haya un lugar peor en todo el planeta que los baños de los aeropuertos.

Me senté en el váter, frío y sucio. Saqué la cartera de Jofre y repasé el dinero que llevaba, las fotografías de sus hijos, las tarjetas... Después, saqué mi teléfono y fui a los álbumes de fotos para volver a ver la cara y la boca de Macarena.

La más *Maca*.

Es verdad que habría sido mucho mejor avisarla, pero también sabía su respuesta. Y lo mejor que uno puede hacer antes de afrontar un «no» es directamente obviarlo.

Tiré de la cadena.

He aquí el despacho de Mireia.

Estaba cantado que tenía uno. Y qué despacho. Un ordenador Apple, un iMac de veintiuna pulgadas, un caballo innecesario a menos que se tenga un trabajo para el que sea imprescindible o porque no tienes ni idea pero, en cambio, sí tienes mucha pasta. Segunda opción. Se ve por la casa. He encendido la luz del pasillo, porque así me permite observar y no doy alternativa a que se vea luz por la ventana, y menos si la cortina está echada. De todos modos, el ordenador está encendido, lo que confirma que no tiene ni idea. No dispone de ninguna clase de estrategia para que, por defecto, se apague la pantalla y para reabrir haya que introducir una contraseña. Nada. Y claro, Facebook está abierto. Hay que estar loco para dejar el ordenador encendido y tener el Facebook como «buenos días a todos».

Me siento en una silla con ruedas que hay delante de la mesa donde reposa el iMac. Antes voy a buscar a Eduard y me lo encuentro como un inspector de la policía científica buscando debajo de los cajones, tendido en el suelo.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Mira, lo que puedo —me sonrío.

Le pido que venga a sentarse a mi lado. En la segunda silla con ruedas. Eduard se sienta.

—¿No está bloqueado? —me pregunta con lógica.

—No, hijo, no. Es así de inconsciente.

En Facebook hay fotografías de paisajes de Nueva York con caras lamentables. Busco amigos. Tiene doscientos setenta y cuatro. Nada espectacular. No tengo Facebook. Me parece que la gente que lo tiene es por carencias afectivas. Basan el amor en el número de amigos. Carne de psicólogo. Los peores son los que te dicen que sirve para encontrar amistades perdidas. Si están perdidas, no se encuentran. Y si hace veinte años que no los ves, por algo será. Y si has tenido ganas de buscarlos te vas a Google, husmeas y, si quieres, puedes. ¡Ah, no! Vamos a lo fácil. Pongo un puñado de fotos, nombre y apellidos y, *voilà*, aparecen fantasmas del pasado. «¿Eres Joan de la escuela salesiana de Sarrià? Sí, cuánto tiempo. ¿Tienes hijos?, ¿estás divorciado?, ¿y tus padres? Ah, muertos... A ver cuándo nos vemos». Clic, ya eres amigo. Y gira la noria. A cagar, hombre, a cagar.

Entre los doscientos setenta y cuatro amigos de Mireia encuentro a Jofre y Oriol, los hermanos. Jofre es inútil, tres fotos con los hijos y punto. Oriol, no. Es un fenómeno, enlaces, vídeos de YouTube, un vídeo que pone «Cuando éramos pequeños», y se los ve a los tres en bañador en una playa con espigón, joder qué manía con los espigones esta familia de pesados... Y los niños que juegan con una pelota y la niña que se baña. Deben de tener entre siete y doce años, a ojo.

Aparto el Facebook. Sigo revolviendo. Busco el correo. Lo intento abrir. Cerrado. Habría sido demasiado sencillo. Me pide contraseña. 123456. Nada. Era demasiado

fácil... Hubiera sido la más inútil del mundo y tampoco es eso.

—Lástima —me dice Eduard mirando el ordenador—. ¿No puedes llamar a algún departamento de informática de los Mossos para que se conecten desde el exterior con un programa estilo Team Viewer?

—No. Imposible si no tienes serias sospechas u orden judicial. En esto impera la legalidad y no hay tiempo para llamar a unos colegas que tienen un sistema de *hackear*.

—Ve al Keynote —me ordena, emocionado, Eduard señalando una pestaña del ordenador.

Hago clic y se abre una pestaña donde leemos «Hay actualización de Keynote disponible» y debajo «Instale la última versión de OS X y después visite la Mac AppStore para descargarse la última versión de Keynote». Ya estamos con la mierda de las dichas aplicaciones.

—¿Qué coño hacemos? —pregunto, a punto de tirar la toalla.

—¿Podemos cambiar de silla? —dice con ternura.

—¿Soy muy inútil?

—Un poco. Y tenemos que hacerlo rápido si no queremos dormir toda la noche debajo de la cama o en comisaría.

Tiene razón, el desgraciado. Soy un «ordenadorófobo» y no puedo con ellos aunque los necesite. Cambiamos de silla sin problemas. Como si fuese a tocar en un concurso de piano en el Conservatorio, Eduard junta las manos entrelazadas y hace crujir los huesos de los dedos con un par de movimientos. Crec, crec, crec, crec. Pulsa «de acuerdo» en la pantalla y empieza a revolver en el Keynote. Cierra. Abre otra pestaña.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—El Pages. Suele haber documentos.

Revuelve. Muy rápido. No sé cómo puede mirarlo todo.

—Aquí no hay nada interesante —dice refunfuñando.

Me encanta que haya perdido el miedo. Sigue rebuscando. Me levanto. Sin dejar de mirar la pantalla me pregunta dónde voy y le digo que a pasear. Ríe y parece sentirse cómodo cuando me dice que no tarde mucho porque no quiere estar solo.

—Mira. Qué tía. Tiene la pantalla llena de imágenes de *Saw*. Joder, qué sufrimiento de película. No es muy normal que a una mujer le guste esa clase de películas. Dos personajes encerrados en un cuarto de baño, atados.

De pie, le digo que esta chica no está bien de la cabeza.

—¿Has visto *Saw*? —pregunta Eduard.

—No. Ni ganas.

—La veremos una noche a oscuras y sabrás lo que es pasar miedo.

Por encima de su hombro miro un puñado de carpetas con diferentes nombres: «Ana», «LaiaB», «Bogu», «Ramoselmusical», «LawrenceGordon», «Ramu», «Rosiomirosio», «GG», «Rocruc»...

—Haz clic en las carpetas, Eduard.

—Todas tienen clave.

—Mierda.

Eduard sigue revolviendo. Me paseo por el vestidor otra vez. Vive sola, solo hay vestidos de chica. Tiene gusto. Abro cajones llenos de ropa. Meto la mano sin remover mucho para ver si encuentro algo. En uno, el de los calcetines, hay un sobre con dinero. Otro clásico: los sobres en los cajones de la ropa. Es acojonante: la gente no deja sobres en negro debajo de las cajas de espárragos Bonpreu que tenemos en la despensa. Nunca. Parece que tuviéramos pánico a que los billetes caduquen al mismo tiempo que los espárragos. Solución: tenerlo más cerca. Y cerca no es la mesita de noche. Es el vestidor. ¿Y dónde del vestidor? Pues con la ropa más común: o la interior o los calcetines y, por supuesto, debajo. Es el 123456 del dinero negro. La gente, definitiva y reiteradamente, es idiota.

Sigo paseando cuando se me para el corazón del susto. Veo a Eduard a la puerta del vestidor.

—La madre que te parió, hostias, qué susto, tío...

Ríe a carcajadas esa belleza, y me dice que lo acompañe inmediatamente.

—¿Qué has encontrado?

—¿Quieres ver el testamento del padre?

Vuelvo a poner cara de emoticono de sorpresa. Me lleva de nuevo hasta el despacho.

Nos sentamos. Ya tiene la página abierta.

—Lee —me ordena.

—«Yo (JOAN MARISTANY i CODINA), de profesión EMPRESARIO, estado civil CASADO, mayor de edad, de nacionalidad ESPAÑA y titular del DNI y bla, bla, bla...».

—¡Coño! Baja, baja que esto son formalidades. «Facultades mentales», «notario»... Interesante. Es un testamento notarial. El padre lo firma todo mediante notario.

Tira hacia abajo con el cursor.

—Para, para. Aquí... Ya lo tenemos. «Entrego íntegramente a mis hijos Jofre, Oriol y Mireia con DNI pim pam pim pam lo ingresado en las cuentas corrientes que tengo a mi nombre en el Banc Sabadell, en Caixabank, en Deutsche Bank y en Bankia. Todas ellas tienen fondos con un valor total de 5 millones 788 mil 067 euros a la fecha de la firma. Asimismo entrego a mis tres hijos los paquetes accionariales que poseo en diferentes empresas por valor de 2 millones 874 mil 677 euros a la fecha de la firma. Entrego a mis tres hijos también los seis pisos que tengo a mi nombre en Barcelona sitios en las calles de Muntaner 333, ático 1.^a; Vergós, 4, 2.^o 2.^a; Enric Granados 31, 1.^o 4.^a; Santaló, 109, ático 2.^a; Nicaragua, 22, y Vallfogona, 14.».

Mira... la calle de Vallfogona, 14, es este que hemos allanado —comento en voz alta.

—Sigue. Pero hagamos algo mucho mejor: imprime.

Se levanta y comprueba que haya papel. Hay mucho. Busca la pestaña para imprimir. La encuentra en un segundo y clica.

La impresora HP empieza a hacer un ruido de tractor. Como ahora entre la chica con esta música del ejército de Flandes llama al 112 nada más abrir la puerta. La máquina se traga una hoja. Más ruido. Lenta como el caballo del malo. Otro papel y más ruido. Me pongo de los nervios. Eduard, que ahora es el hombre tranquilo, me acaricia la mano como diciéndome que me calme. Otro papel. Ruido. Otro, y otro y otro. Y se acaba. Gracias a Dios y todos los santos del calendario.

—¿Necesita algo más el señor? —me vacila Eduard.

—Revuelve más —le ordeno.

—Si ya tienes el mapa, ¿me vas a decir que hace falta encontrar el tesoro ahora mismo con el riesgo de que vuelvan los piratas? —me alecciona.

—Vámonos, pues. Déjalo todo como estaba. Con el Facebook abierto y las sillas bien puestas.

—De acuerdo.

Mueve el cursor. Lo cierra todo. Deja la página de Facebook a la vista. Iguala las sillas de ruedas. Me mira y sonrío. Salimos del despacho.

—Espera —dice.

—¿Qué pasa ahora?

Eduard vuelve al ordenador y saca el móvil del bolsillo de la americana. Clica la cámara y empieza a hacer fotos mientras va bajando la pantalla de Facebook con el cursor y va cambiando pantallas buscando amigos. Sigue haciendo fotos. Al cabo de un minuto, vuelve a dejarlo todo tal y como estaba y se dirige nuevamente a la puerta.

—Ya lo tenemos todo. Vamos a follar —dice como si fuese él quien llevara la operación.

Odio volar.

Siempre olvido el pánico que me dan los aviones hasta el momento en que oigo atronar los motores bajo mis pies. Y no me consuela ni el paisaje diminuto a través de la ventanilla, ni la sonrisa vacía de las azafatas ni cerrar los ojos para imaginar que en realidad estoy en otra parte.

Me quedé enclaustrado en aquel asiento esmirriado. No sé por qué demonios escogí ventanilla. A lo mejor para evadirme, pero, con el gordo de piel grasienta que se sentaba a mi lado, me costaba hasta respirar. Tenía los ojos pequeños, la barba tupida, y toda aquella carne que se le desparramaba por ambos costados.

Menos mal que no pasaría las veintiocho horas del viaje con él. Conformarse es el principio de la felicidad, repetía a menudo el abuelo.

Comprobé si la carta de mi madre seguía en su sitio.

El hombre grasiento me miró un par de veces; intentaba entablar, con más pena que gloria, un principio de diálogo, diálogo que como es evidente yo rehuí; lo último que necesitaba era intercambiar experiencias y naderías con aquel desgraciado. Me puse rápidamente los auriculares en las orejas y fingí que escuchaba alguna pieza clásica que me ayudase a dormir.

Nada de nada.

Los despegues siempre me recuerdan que estoy muy cerca de la muerte, pero esta vez no podía quitarme de la cabeza la cara de Jofre, su cuerpo temblando en el agua. Los ojos que se me clavaban. Quería levantarme, pero el grasiento me lo impedía.

—Esté tranquilo —me recomendó.

—Ya lo intento, ya.

—¿Es la primera vez que vuela?

—No. Y tampoco será la última, esta es la mala noticia.

El hombre sonrió y me tendió la mano.

¿Que le diera la mano? ¿Era una broma? De serlo, era de muy mal gusto. No le pensaba dar la mano a un hombre grasiento y obeso al que no conocía, solo porque pretendía tranquilizarme.

Estuve inquieto durante todo el viaje. Levantándome para ir al baño, haciendo preguntas impertinentes a las azafatas, detestando a los niños que chillaban por el cambio de presión...

Y, por fin, el aviso del cinturón de seguridad. *Life vest under your seat.*

Cada vez que el avión se aproxima a tierra no tengo la sensación de que aterrizará, al contrario, me imagino que las ruedas sufren un problema técnico, y que el avión estallará contra el asfalto, se incendiará y desapareceremos para siempre.

—Esté tranquilo, amigo.

Joder, qué pesado.

Cuando aterrizamos esperé a que todo el mundo se largara del avión. Me gusta

salir el último. Me despedí de las azafatas jóvenes y vulgares, y por fin volví a pisar tierra firme. De acuerdo, estaba en el aeropuerto de Ámsterdam, pero para mí aquellos metros cuadrados impersonales y llenos de tiendas eran lo más parecido al paraíso.

Quería revisar el iPhone otra vez. Casi no me quedaba batería y necesitaba wifi para acabar de repescar los correos que nos habíamos enviado con Macarena semanas atrás. Me había explicado un montón de cosas, pero nunca me había dado la dirección exacta de su casa. Solo me había mencionado la plaza de Botero.

—*I need a plug.*

Y caras de no entender nada.

Estaba en el primer mundo, porque por encima de los Pirineos empieza el primer mundo, y no encontraba un maldito enchufe para recargar el iPhone.

Fue muy desagradable tener que discutir con aquella pareja de musulmanes que tenía el teléfono cargado (¡al cincuenta por ciento!) y yo con cara de desvalido y de urgencia. Ellos no hablaban inglés, y yo evidentemente no sé árabe. Gesticulé, me puse de rodillas y la cara de la mujer era un poema, una mierda de poema, pero un poema a fin de cuentas.

—*Please! Please!*

Ni caso.

Se miraron sorprendidos y no sé qué cojones se dijeron. Mientras la mujer se iba, él indicaba que no con la cabeza y se defendía como si aquel enchufe fuese su meca, su tierra sagrada, de la que yo, como buen occidental, venía a expulsarlo. Cojones, compartir es vivir.

—*Share is live! Please!*

Sí, de acuerdo, me puse un poco nervioso. Y no le empujé, pero le levanté el brazo. Y claro, en mitad de la confusión, no sé muy bien por qué, el hombre, enfurecido, sacó su teléfono del maldito enchufe.

—*Thank you. Ves como todavía nos entenderemos. Five minutes, only five minutes!*

Pero ¡qué cojones nos íbamos a entender!

La manzana iluminada. El teléfono encendido. Y volvía a tener llamadas y mensajes de Mireia. Silencio. Recuperé unos mensajes que me había escrito Macarena, pude localizar el barrio donde vivía, pero no la calle. ¡Mierda! Los mapas que me había imprimido en casa no servían absolutamente de nada. Y la mierda se hizo más gorda cuando de lejos vi llegar a dos policías con la mujer musulmana.

¡La madre que me parió! El mundo al revés. ¿Los musulmanes recurriendo a las fuerzas del orden? Miré a su marido, que sonreía complacido, y le insulté con un vocabulario pintoresco para que no entendiese un pimiento.

—¡Berzotas, atontado, mal bicho, comemierda, caraculo, robaperas!

Los policías fueron muy amables. Yo saqué el iPhone del enchufe y me acompañaron a una salita. Con mi inglés de verano en el hotel cuando era joven me

hice entender, no quería problemas, había sido un malentendido, una urgencia porque quería llamar a mi mujer, problemas en casa, pero todo bien, los musulmanes, ya se sabe... Me pidieron los billetes de avión, miraron, supongo, si tenía antecedentes (empecé a sudar), pero habían pasado pocas horas y tenía la documentación de Jofre en la bolsa.

—*Sorry. Sorry.*

La cara compungida.

Me sacaron de aquella salita, donde pude cargar el móvil, y me acompañaron a la puerta de embarque. Qué majos. Me hicieron sentar y me aseguraron que si había otro problema, por pequeño que fuese, un comentario, me devolvían a España de una patada bien educada en el culo.

—*Of course... yes... sorry...*

Y desaparecieron.

Por fin, solo.

Poca batería pero suficiente. Llamé a Macarena, todavía faltaban quince minutos para embarcar, sabía que no me respondería pero, contra todas las leyes universales del sentido común, descolgó al tercer tono.

Joder, cómo quema.

El café *ristretto* del bar del Casa Fuster me deja los labios doloridos. Está a temperatura de fundición. Eduard huele a limpio. Está limpio. Maravilloso. Es un amor. Es que no se puede aguantar. Es que...

—¿Y qué, Eduard? ¿Qué tienes que hacer hoy?

—Es domingo. Descansar. ¿Tú no?

Ignoro si la pregunta tiene segundas lecturas. Debería trabajar, pero me apetece mucho acompañarlo al fin del mundo si tiene decidido ir allí hoy mismo.

—Sí. Tendría que hacer unas llamadas, pero el sofá o el cine, o el teatro o un paseo siempre es una buena solución.

Más claro no puedo ser. Si quieres, monada, te acoplas al plan que te acabo de lanzar.

—Ah, pues si quieres podríamos hacer algo. Esto de ser un profesional liberal me permitirá tomarme el día libre.

—Ah, perfecto. ¿Alguna idea?

—¿No tenemos ninguna casa más para atracar?

Nos echamos los dos a reír.

—De momento, no. Si quieres podemos ir a mi casa a dejar las bolsas y allí decidimos qué hacer. Tenemos que pensar un sitio para comer primero. ¿Alguna preferencia? Invito yo, porque la habitación te habrá costado un ojo de la cara. Más de lo que suman las dos comidas: la cena de ayer y la de hoy al mediodía.

—Vayamos a un sitio apañado, que no moleste.

—El Cornelia. ¿Qué te parece?

Eduard acepta con una sonrisa.

Leo los papeles. Todo demasiado claro. Un testamento a tres bandas. Para los tres hijos. Nada que comentar. No es extraño pero no cuadra nada. El padre de edad avanzada deja su fortuna a su descendencia. ¿Y qué? Joder, como todo Dios. Los hijos pensando con pena que se nos muere papá, pero haremos el egipcio: lloraremos un rato, pasaremos unos días de luto y pondremos la mano. Y aquí paz y después gloria. La puta vida. Pero vayamos a la génesis de todo: dos personas que van a un espigón una tarde de un día laborable cualquiera, una se ahoga, la otra desaparece. Una mujer observa el cadáver. La mujer resulta ser la hermana. La hermana tiene una casa en Gràcia para caer de culo. Está obsesionada con las películas de miedo y es fan de *Saw*, que es como enamorarse del protagonista de *La matanza de Texas*. No significa nada, pero perfila una manera de ser, y espero que no de hacer. Un ordenador lleno de carpetas, un correo que no se puede abrir y un testamento del padre en que lo deja todo a los tres hijos.

Mientras pienso escribo palabras en mi Moleskine con los dibujitos que siempre trazo, extraños todos ellos: espigón, un hombre cae, otro se va, gafas de sol, *Saw*,

carpetas codificadas, *Saw* (otra vez), Gràcia, hermana, Mireia... En fin...

Eduard está leyendo *La Vanguardia*.

—¿Todo bajo control? —pregunto.

—¿El qué?

—El país.

—¿Cuál?

—El tuyo.

—Pues muy bien.

—¿Cuál es el tuyo?

—Pues el mismo que el tuyo.

Me echo a reír.

—¿Vamos al cine o qué?

—Oye, ¿vemos *Saw* en mi casa?

—No. Hostia, lo paso fatal.

Qué puta manía de ver películas para sufrir.

—Tú te lo pierdes. Conocerías mis habilidades en la cocina.

Y sigue leyendo. Sonrío. No soporto la idea de *Saw*, pero me entusiasma la de pasar la tarde con él y que me haga la cena.

—¿Y qué me harás de cenar?

Prorrumpe en carcajadas.

—Ya lo verás. Un plato de pasta. Y nada más. Pero cantarás con los ángeles y los arcángeles. Y un buen vino.

—Todavía albergo la esperanza de que no tengas esta mierda de película en tu casa.

—No. No la tengo. Ayer de madrugada miré en la web de Movistar Plus por si estaba bajo demanda. Y sí. Está.

—A cagar a la vía, entonces.

La voz de Macarena sonaba triste por teléfono.

—¿Qué quieres?

—Maca...

—Sí... ¿Qué quieres?

Miré la pantalla del teléfono para asegurarme de que aquello no era un delirio.

—Maca... Soy Oriol...

—Ya sé quién eres. ¿Para qué me llamas?

—Necesito hablar contigo.

—Oriol, quiero que te quede una cosa muy clara. Te echo de menos. Pero es imposible. Lo nuestro estuvo bien. Pero ya...

—Muy bien —interrumpí, y ella se calló.

—Muy bien —repitió tomando aire—. Pero ya está, te lo escribí en esa nota, yo tenía que volver y seguir aquí con mi vida, ¿me entiendes?

No respondí.

—Oriol... ¿Me entiendes?

Dejé de escucharla. Ella seguía hablando y su voz era lejana y difusa. Con las ganas que tenía de oírla y, de repente, las palabras flotaban por aquel aeropuerto y me parecían inocuas.

—Maca... —la interrumpí de nuevo—. Te he llamado porque tengo ganas de verte y porque estoy en el aeropuerto. En menos de veinte horas estaré en Medellín.

Solo me respondió con un único monosílabo.

—No.

—No sabes las ganas que tengo de verte.

Y colgó. Su fotografía (riendo, abrazada a mi cuello, poniendo morritos en el portal de l'Àngel) desapareció de la pantalla del iPhone y entendí que en su «No», directo y rotundo, había un pánico inmenso.

Pero también tenía la certeza de que un designio superior había activado aquel impulso irrefrenable de encontrarme con Macarena. La necesitaba. No sé de dónde me venía esa ansia, tal vez me hubiese convertido en alguien que huía y quería volver a casa, y yo lo que sentía más cercano a casa era ella.

Y, de ella, no querría irme nunca.

Esta tarde me han llamado Rubén y Gemma. Gemma para saber cómo estoy, y le explico que encallado, pero que desharé nudos y acabaré sabiendo qué coño ha pasado. Rubén llama para hacerme saber cómo está él. Me pone la cabeza como un bombo, que si ha cogido un profesor particular que le hace no sé qué rutinas... No me interesa nada lo que me dice. Quedamos en que nos veremos la semana que viene y que cenaremos y pagaré yo. Cuelga y me acerco a Eduard, le doy un beso mientras está en los fogones removiendo una cazuela de crema de leche mientras en una olla hierve agua con lo que parecen unos espaguetis finísimos.

—¿Y esto?

—Esto es una cocina.

—Vale, guapo. ¿Alguna pista más?

—Sí. *Fettuccine Alfredo* a mi manera. Crema de leche, parmesano, mantequilla, nuez moscada y tres gotas de limón.

Al cabrón de Eduard todo le queda bien. Lleva un delantal atado por detrás que le marca la cintura perfecta. Unos tejanos claros y una camisa negra con unas Nike blancas. Todo le queda bien. Casa clara, cocina de acero. Todo muy moderno, un poco demasiado estudiado y de pitiminí.

—Ve a sentarte a la mesa que dentro de cinco minutos ya estoy. Es remover, un minuto de hervir y ya está. Siéntate, pesado —me ordena.

Voy a la mesa puesta con mantel blanco, cubiertos y platos bien colocados, la copa de agua, la de vino, las servilletas. Todo perfecto, en orden, elegante... impecable.

Al cabo de unos minutos aparece en el comedor con una bandeja llena de pasta extendida de un color blanquecino, mezcla de la crema de leche y la mantequilla, y mucho queso parmesano. Humea. Quema. Deja la bandeja en la mesa. Va a la cocina y reaparece al cabo de pocos segundos con una botella de vino blanco: Temps de Flors, de Sumarroca. La abre con un artilugio de esos que solo podían comprarse en Vinçon.

*Si em podeu treure un tros
d'ànima d'ànima d'ànima
i no fer-me mal,
no poséssiu cap cara d'espant
al veure'm per dintre tot ben corcat.
Si em moro a casa què direu,
si em moro a casa què direu,
voldran saber-hosaber-ho tot.*^[4]

El avión de Kim Royal Dutch Airlines tenía enchufes y, de pronto, toda la existencia se resume en un cargador y poder escuchar música. «Són tan absurdes aquest munt de llàgrimes, que us baixaran galtes avall...».^[5]

Volvía a tener ventanilla, pero esta vez a mi lado se sentaba una chica agradable, de pelo rubio hasta media espalda, ojos claros, piernas delicadas y tobillos finos. No tenía más de veintipocos años y juraría que pensaba que la vida era un lugar agradable y con cierto orden. Con ella sí que tenía ganas de hablar, pero ella también estaba muy lejos de allí, a miles de kilómetros, a mi lado escuchando música.

Miraba por la ventanilla. El capitán nos avisó de que venían turbulencias. Empezaba a sudar. Las azafatas hacían sentarse a algunos pasajeros. La chica me sonrió con una complicidad que recibí como un regalo. Cuando la montaña rusa se calmó, recuperé el aliento y el sobre que me había dado mi madre en la residencia.

«Solo te pido que no lo abras hasta que todo esto haya pasado».

Sentía la tentación. ¿Qué quería decir «hasta que todo esto haya pasado»? Dejé el sobre entre las piernas. Calculaba pros y contras. No quería tocarlo, pero sí tenerlo cerca, y seguí, hipnotizado, mirando por la ventana. Solo se veía el mar. Un mar infinito. Un puto desierto azul. Y claro, toda aquella agua me saturaba, oía el rumor de las olas batiendo contra la escollera. Una y otra vez. Las olas salpicándonos. No podía más.

Me levanté para ir al baño y hubiese jurado que dos filas por detrás de la rubia estaba mi hermano sentado leyendo el periódico. Cuando acabé de mear, una voz me llamó desde el otro lado de la puerta.

—¡Oriol!

Era la voz de Jofre, la conocía muy bien, pero cuando descorrí el pestillo y saqué la cabeza, todo el mundo estaba sentado en su butaca mirando el iPad o durmiendo.

Aquel vuelo se volvió infinito y cruel. «Prou de pena, prou de pena...»^[6] cantaba Puntí por los auriculares. La rubia intuyó que me pasaba algo. Como si fuese una película de miedo, la voz del capitán que anunciaba que ya habíamos superado las turbulencias era la de mi hermano, una vez más, los hombres que estaban sentados o

se paseaban por el pasillo eran mi hermano, vestidos como él la noche del espigón, y la rubia y las azafatas cada vez se le parecían más.

*[...] i l'àvia se'n riu, ves per on no es queixava mai
amb xuca-mulla refilava
no miris més a dintre teu
que ni de prop ni de lluny en trauràs ni cinc
no perfumis més aquest calaix prudent
amb tantes roses, lliris i pensaments [...]*^[7]

Entonces, el capitán salía de la cabina y preguntaba por mí.

—¿Dónde está Oriol?

Yo quería sentarme en el asiento, taparme con una manta, pero en aquel avión todos eran Jofre, todos hablaban como él, todos se movían como él, todos me señalaban. La chica rubia, cuyo rostro se había transformado en la cara de mi hermano, me delató.

—Está aquí.

Y todo el mundo aplaudía.

—¡Hijo de puta! —gritaba riendo el capitán mientras levantaba los brazos—. ¡Ven aquí, cabronazo!

—No, por favor, no —suplicaba yo.

Y entonces la tripulación empezaba a animarlo, coreaban canciones, exclamaban consignas: «*Volare, oh, oh... Cantare, oh, oh, oh... Nel blu dipinto di blu, felice di stare lassù*».

Me quitaban la manta que me servía de escudo, como un niño en su cama protegiéndose de los monstruos nocturnos, la chica de mi lado se apartaba delicadamente y el capitán —Jofre— me echaba las manos al cuello. Pensaba que me estrangularía y me resignaba a no resistirme. Pero en vez de clavarme las manos y ahogarme para disfrute de todos los presentes, me sacó al pasillo.

—¿Me acompañas?

—¿Adónde me llevas, Jofre? —le pregunté mientras avanzábamos fila tras fila.

—¿Adónde me llevas, Jofre? —repitió en voz alta para que todos los demás cómplices pudieran humillarme—. ¿Adónde quieres que te lleve?

—A casa. Con Maca.

—Deseo concedido, hermanito.

Me paró en la cola del avión.

Se miraron todos entre sí, como si guardaran un secreto o una sorpresa. Y el capitán abrió la compuerta de emergencia. Una gran ventolera sacudió los asientos, saltaron las alarmas y la presión hizo que se bamboleara todo el aparato.

No sé qué más dijo, porque el ruido y el descontrol eran tan intensos que era imposible entenderle. Solo noté cómo las manos pequeñas de la chica rubia me

empujaban por la espalda hacia la compuerta y yo salía disparado y caía como un peso muerto al mar.

—Hala, vamos a ver *Saw*.

—¿Es necesario?

—Era el pacto.

—No hemos firmado ningún pacto, querido.

—Verbal y, para mí, un pacto verbal es como uno escrito.

—Eso lo decía Dani Sánchez Llibre.

—¿Quién?

—Joder. El que fue presidente del Espanyol.

—No me gusta el fútbol.

—Pues no te gusta la vida.

—Vamos a ver la peli y calla, cojones —me ordena.

Me levanto y me sitúo a la izquierda del sofá.

—¿Va bien aquí?

—Va perfecto.

Ya tiene la película preparada en Movistar Plus «Bajo demanda». Pulsa el *play*, sale un anuncio de una compañía de seguros y hala... Twisted Pictures presenta. Aparece esa imagen con la mano extendida palma arriba sobre el suelo del cuarto de baño. Las letras de *Saw* y el subtítulo: «Todo puzle tiene sus piezas».

—Mira, Eduard, soy gay desde el día en que nací. Nunca he tenido ninguna relación con una chica. Nunca quiere decir nunca. A veces la gente cree que por ser gay tienes actitudes femeninas. No tengo ninguna que me diferencie de las de los hombres. Es decir, no soporto las películas de terror, pero no por ser como soy, sino porque, desde un punto de vista de la inteligencia, no aportan nada positivo unas escenas con sangre, vísceras, brazos amputados, sufrimientos, angustias... Pagar una entrada por ver solo la mitad del metraje porque la otra mitad te la pasas con la mano en la cara, pues no. Además...

—Calla ya, pesado.

Y se levanta.

—¿Dónde coño vas ahora? —le pregunto mientras la primera imagen es la de un tío ahogado debajo del agua.

—A apagar las luces.

—Eh, venga, tío, en serio. El miedo lo puedo soportar, la tortura, no. No jodas, vamos.

Todo a oscuras. Solo la luz de la película con el váter aquel hecho una mierda, dos tíos atados en un extremo y, en medio, otro con la cabeza reventada, una pistola en una mano y una grabadora en la otra. Uno de los dos tíos grita «socorro» y el otro le dice que «nadie te oye». Sus putísimas madres. «Soy Lawrence Gordon y soy médico y desperté aquí igual que tú». Ah, mira qué bien, con Lawrence Gordon...

Hostia. ¿He oído bien?

—Eduard, para, para.

—Joder, Albert, no empecemos.

—No, no. Es importante. Tira hacia atrás. ¿Se puede, con esto de Movistar?

—Sí. ¿Qué pasa?

Coge el mando a distancia y pasa hacia atrás.

—Basta, basta —le freno—. Dale al *play*, por favor.

Ha retrocedido demasiado, pero esperamos.

Me levanto, ahora rápido, y de la americana saco la Moleskine y el bolígrafo.

—Espero entender qué coño es esto tan importante del principio de esta película.

Apunto 3'08". «Soy Lawrence Gordon y soy médico».

—Síiii, Eduard, sí. Un paso adelante. O no...

—No entiendo nada.

—Ahora lo entenderás. ¿Recuerdas el ordenador de Mireia lleno de imágenes de *Saw*? ¿Recuerdas las carpetas que había en la pantalla de inicio de su ordenador?

—Había muchas.

—Sí, muchas. La mayoría con nombres propios. Recuerdo «Laia», «Ana», una muy curiosa que se llamaba «Rosío haymirosío» y una que se llamaba «Lawrence Gordon».

—¿Me puedes explicar cómo cojones recuerdas el nombre de la carpeta? Entiendo que se te puede quedar «Ana», «Laia» o incluso alguna de las que tenía un nombre muy extraño.

—Recuerdo el nombre de Lawrence Gordon porque en un canal de estos que inunda la tele hicieron un reportaje que se había emitido en la CBS sobre un soldado muerto en la Segunda Guerra Mundial. Un soldado cuyos restos se encontraron en Francia y fueron transportados a Canadá para incinerarlos junto a su familia. Y se llamaba Lawrence Gordon.

—Buena memoria, Albert. Te felicito, pero ¿cómo sabes que la carpeta esconde algo?

—Mira, chico, porque lo pienso. Porque las carpetas con nombre propio, que son la mayoría, deben de contener, supuestamente, historias de estas personas. Ahora bien, ¿qué debe de esconder la de Lawrence Gordon, protagonista de *Saw*?

—Algo sobre la película —me corta el muy pesado.

—Lo dudo, pero también podría ser. Pero, en todo caso, en una carpeta con el nombre de uno de los personajes de su película favorita tiene que haber algo interesante. ¿No te parece?

Se encoge de hombros.

Me levanto.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Eduard.

—Ahora vuelvo a la casa y por el camino aprovecharé para llamar a Pérez Navarro para que intente poner a mi disposición a alguno de los *mossos* que pueda acceder al ordenador de esta mujer.

—Jooodeeer —se cabrea—. No puedo volver allí. No jodas.

—Lo siento. Es el trabajo. Además, me ahorro la mierda esta de película. Disfrútala. Si quieres venir, levanta el culo y ven.

En la pantalla, un tío con una máscara cutre de color blanco le dice a una tal Amanda: «Vive o muere. Tú decides». Da mucho miedo.

—Quédate a ver esto o ven. «Tú decides» —afirmo con una seguridad indigna.

Y me voy sin mirar si Eduard se queda o me sigue.

Me despertó la voz suave de la chica rubia.

—*Are you ok?*

—*I'm fine.*

Por los auriculares sonaba: «*Nel blu dipinto di blu, felice di stare lassù...*» y yo agarrado al sobre de mi madre. Me levanté del asiento empapado en sudor: todo seguía intacto, no había ninguna puerta abierta, los pasajeros desfilaban con cara soñolienta y las azafatas recuperaron la sonrisa vacía que tanto añoraba. Por fin pisaba Panamá. El aeropuerto de Panamá, que era tan triste como todos los aeropuertos del mundo. Le expliqué a la chica rubia que sufría muchas pesadillas y ella para tranquilizarme me dijo que nunca podía dormir en el avión. Se llamaba Mary y era cooperante internacional. Y nuestros caminos se separaron cuando yo me disponía a despegar en el último vuelo, ahora sí con destino a Medellín.

El teléfono seguía echando humo de llamadas de Mireia. Y yo, como un autómatas, iba borrando los WhatsApp y los mensajes del contestador sin leer nada, sin escuchar nada. Inmune.

Pero, de pronto, entre todas las fotografías de perfil del WhatsApp, apareció la cara de Jofre con Roc y Clara en brazos. Qué puta mierda. Releí los últimos mensajes que nos habíamos escrito y después borré la conversación. Roc y Clara. ¿Qué debían de saber a esas alturas? ¿Qué les habrían explicado? Quizá en la escuela, o tal vez Gemma, que siempre me pareció un pedazo de pan, al lado de un pedazo de cabrón.

Copa Airlines. Último aviso. Medellín.

El vuelo, misteriosamente, fue plácido. Sin pesadillas ni compañeros de asiento. Nos dieron la bienvenida, una miseria para comer, otra vez «*Life vest under your seat*» y, en el preciso instante en que las ruedas del avión rozaron la pista de aterrizaje, fui consciente de la locura que había cometido. No conocía a nadie. No tenía ningún mapa, ninguna idea del lugar, del clima, de la gente, de nada... Y ningún hotel, ni un plan B, imprescindible a esas alturas, solo me sonaba vagamente la zona (porque una vez, de pasada, la habíamos comentado con Maca)... El resto era silencio.

Aeropuerto Olaya Herrera.

El calor era asfixiante. La gente, baja y morena.

—Disculpe, ¿el barrio Prado?

El taxista, bigotudo y sudoroso, me miró con cara de pocos amigos y entonces recordé toda la mitología, toda la literatura sobre taxis falsos que secuestran a turistas, que los conducen hasta un descampado y después de quitárselo todo acaban con un tiro entre ceja y ceja.

—Sí. Suba.

Di media vuelta y busqué, dentro del aeropuerto, algún establecimiento con un mínimo de información —por imbécil que fuera— para los turistas. Allí me

recomendaron un hotel en el barrio Prado. Me explicaron que era un barrio de clase alta en decadencia, una zona residencial de casas grandes, y que ahora la gente adinerada se mudaba a otros barrios como Laureles o Colinas del Poblado. Pero que era uno de los sitios más seguros. Yo iba diciendo que sí con la cabeza. Sabía que no sería fácil encontrar a Maca, pero después de ocho mil kilómetros, y tantas horas de avión, pesadillas y remordimientos, no pensaba darme por vencido a las primeras de cambio.

Los del hotel 61Prado me enviaron un taxi. Cargué las maletas e intercambié las informaciones que necesitaba. No era un barrio peligroso —me lo repitió el conductor—, preguntaría por las tiendas y los locales si la conocían. El taxista, muy amable, me preguntó si estaba allí por trabajo o por placer. Por amor, le respondí, y me deseó suerte. Me señaló en un mapa la plaza de Botero y después, por supuesto, las preguntas de rigor llevaron hasta el fútbol (el Barça de Messi), la política (la crisis) y cuatro o cinco chorradas más mientras por los cristales del coche atravesábamos las calles asfaltadas, rodeados de la pobreza del sur, la pobreza tropical, con coches antiguos y carcasas, con vendedores callejeros, niños con deportivas agujereadas, caminos de tierra...

—Tenga —dijo mientras me despedía de él a la puerta del hotel—. Mi tarjeta, por si alguna vez necesita un taxi.

—¡Gracias!

Y, detrás de mí, una voz familiar me dio la bienvenida a Medellín.

—No hace falta que cargues todo esto hasta la habitación. Ya te lo llevo yo. O alguno de estos chicos tan bien educados...

—Abuelo, ¿qué haces aquí?

—Compartir habitación contigo.

Vestía de punta en blanco, como si fuera a una boda o un entierro.

En la recepción me dieron las llaves de la habitación, me cambiaron la moneda y no vieron cómo el abuelo, cantando, subía al ascensor mientras me aseguraba que tendríamos que compartir cama, pero que no me preocupase por nada, que encontraríamos a Maca y nos lo pasaríamos de puta madre.

Putra madre...

El abuelo nunca usaba esas palabras.

Pérez Navarro dice que no. Que si no tengo una orden judicial no puede hacer que nadie entre en un ordenador ajeno. Le pido que haga algo. No puede hacer nada pero, casualmente, al cabo de diez minutos recibo una llamada de un número oculto. Un domingo por la tarde un número oculto no puede ser ninguna compañía telefónica ofreciendo promociones sin alma, ni un recibo impagado.

—Hola, me llamo Okone.

—No sé quién es.

—Soy alguien a quien creo que anda buscando.

—Como no se explique un poco mejor...

—Quiere entrar en el ordenador de alguien que le interesa, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo. Entro en todas partes y, si hace falta, en los cerebros ajenos.

—No me vacile. ¿Ha sido Pérez Navarro?

—No pregunte más de la cuenta.

Es evidente que los Mossos deben de tener una unidad oculta para los casos en que deben pasar por encima de la burocracia justiciera. Y está claro que me llama porque Pérez Navarro le ha dicho que lo haga. Pero nunca se podrá decir que ha sido él.

—¿Qué tengo que hacer?

Me explica que si tengo el Teamviewer instalado y algo de un número de serie y que ya me irá dando órdenes y me llamará cada cinco minutos para saber qué hago, que yo no le podré llamar, y que tranquilo, que cuando entre en casa de Mireia ya estaremos conectados por teléfono. Le comento que a lo mejor pasan horas hasta que sepamos si la chica está en casa o si hay alguien o no. Que me tendré que arriesgar a pasar mucho rato esperando o volver en otro momento. Que ignoro si hay alguien ahora en su casa.

Camino en busca de un taxi mientras mi mierda de moto está, desde hace veinticuatro horas, tirada en el pasaje Marimon. Y me doy la vuelta buscando a Eduard, por si acaso ha decidido venir, pero, desgraciadamente, no lo veo y es una putada enorme porque sabe manejar los ordenadores y sabría ayudarme a deshacer nudos y podría... joder, y que quiero que venga, hostias.

Vuelvo a mirar hacia atrás y nada, salvo cuatro tías que se ríen y otro hombre que camina con paso firme, no está Eduard ni nadie que se le parezca.

—¡Taxi!

Intentaba dormir, tumbado en la cama del hotel, con las manos en la cabeza y los ojos fijos en el techo, pero el abuelo, que estaba sentado en una silla, no paraba de hacerme preguntas:

—Tendríamos que trazar un perímetro y repartirnos los bares, las peluquerías, las tiendas de ropa, las carnicerías... ¿Cómo has pensado hacerlo? Además, tenemos que ir con mucho cuidado, porque aquí somos forasteros, y si ven a dos hombres que preguntan por una muchacha, podemos levantar sospechas, y lo último que queremos es eso, ¿verdad que sí, Oriol?

Cerré los ojos, lo último que quería era mantener una conversación. En cierto sentido me hacía ilusión que estuviera allí conmigo, a mi lado, con su arte imposible de aparecer y desaparecer. Pero también me había acostumbrado a su ausencia, y estaba convencido de que a esas alturas ya no lo necesitaba.

—¿No piensas decir nada? —me exigió.

—Necesito descansar... Quiero dormir un poco, tengo un *jet lag*...

—¿Quieres que llamemos a recepción y que nos suban algo para comer?

—¿Crees que tendría que llamar a Gemma?

Guardó silencio.

Aquella pregunta de improviso lo había desconcertado. Mi excuñada era la última persona que formaba parte de su imaginario.

—¿A Gemma? ¿Por qué?

—Por nada.

Me levanté y, arrastrando los pies hasta el baño mientras el abuelo seguía refunfuñando, me di una ducha de agua caliente que recibí como maná caído del cielo. Podría haberme quedado horas allí, empapado, dejando que aquel calor (aunque en el exterior la temperatura fuese altísima) resbalase lentamente por mi cuerpo. Y podía no hacer nada, absolutamente nada, solo enjabonarme una y otra vez.

—¡No tardes, cojones! Tenemos mucho trabajo —replicaba el abuelo desde la cama.

Al acabar, salí del hotel y me dispuse a no perder la esperanza. Rastrearíamos las calles anchas, las estrechas, las tiendas (todas). El abuelo, de hecho, tenía razón, nos teníamos que repartir el trabajo, pero tampoco podía estar seguro de que él cumpliera su parte.

Yo entraba en todas partes con el teléfono en la mano y preguntaba:

—Disculpe, ¿conoce a esta chica?

—No.

—Perdone, ¿ha visto alguna vez a esta mujer?

—No.

—Una pregunta, ¿le suena si esta chica vive por aquí?

—No.

No pensaba que el barrio Prado fuese infinito. Atravesé la carrera 51, una avenida grande, fui al parque Bolívar, a la plaza de Botero (¡evidentemente!), por todas las calles minúsculas y distribuidas como el Eixample, pero dentro de mi cabeza multiplicadas por mil.

Me encontré con el abuelo en un banco, venía caminando muy poco a poco y por la cara que traía no hizo falta que dijese nada. Ni rastro. Era un barrio complicado, lleno de casas enormes y con grandes almacenes, la gente que lo habitaba llevaba una clase de vida ajena a la comunidad.

Habían pasado tres horas y Macarena era un fantasma en aquellas calles.

—Hemos dicho que no desfalleceríamos.

Pero por aquella tarde habíamos tenido suficiente. Se había hecho de noche deprisa, estaba reventado, con los huesos hechos polvo, me costaba caminar, las aceras estaban llenas de perros y necesitaba un poco de cocaína. Había aterrizado en el país del polvo blanco y no conocía a nadie que pudiera ofrecerme material de una calidad digna. Al abuelo, lógicamente, no podía decirle nada de eso.

La última oportunidad que me quedaba para pasar una buena noche era acercarme a la cantina que estaba justo delante del hotel. No pregunté si eran de fiar, básicamente porque de una puerta a la otra había seis metros.

—Yo tomaré la última, abuelo.

Me miró de hito en hito, desconfiado. Pero al final le convencí de que se acostara, que yo no tardaría, que también aprovecharía para hacer alguna pregunta inocente y después, buenas noches, hermanos.

—Dormiré en el lado de la ventana. No hagas ruido cuando entres.

—De acuerdo.

No había nadie en la barra. Solo quedaban dos mesas destartaladas y el bar —por definirlo de alguna manera— estaba casi vacío. Cuando vino el camarero pedí una cerveza (la llaman fría o pola) y saqué el iPhone para enseñar la fotografía de Maca.

—No vaya enseñando el celular, *man*. Es peligroso. A la vieja no la conozco.

—Está bien, gracias.

El chico fue hacia la barra y habló con un hombre de bigote espeso, que sin disimular me miró fijamente. No me sentí incómodo, pero era evidente que a un *pana* como yo, que había hecho preguntas toda la tarde, no estaban acostumbrados.

El hombre, que para mí medía tres o cuatro metros de altura, vestía tejanos negros y una chupa gastada; apuró la copa, hizo una seña para que se la rellenaran y se me acercó.

—¿Puedo ver la foto del celular, *man*?

—Claro.

Tosió y se secaba la boca. Le enseñé la cara de Maca sonriendo sin soltar el teléfono ni un momento. No tenía ganas de correr ni de puñetazos.

—Está *chévera*, *man*. ¿Te comiste a esta vieja?

Joder con la manera de hablar.

Sin pedirme permiso se sentó delante de mí. Apestaba a alcohol.

—No, no me la comí, solo la estoy buscando porque necesito hablar con ella.

—¿Hablar de qué? ¿De dónde eres, huevón?

—De Barcelona.

—Bacano.

El camarero me trajo la fría y se sentó al lado. Éramos tres. Mierda. Hacía mucho calor y me sudaban las manos. Por cómo pesaba el aire sabía que aquel diálogo no me traería muchas alegrías. Me ahorré preguntar por la coca, me guardé el teléfono en el bolsillo (donde llevaba el sobre de mi madre) y preferí cambiar de tema, pero era demasiado tarde.

—Nosotros conocemos a la vieja, *man* —dijo el camarero.

—Podemos acompañarte.

—¿Vive cerca?

—La información vale plata.

—Muy bien.

Di un trago largo a la cerveza, que sabía como una letrina en que hubiesen meado mil simios borrachos. Necesitaba tiempo para pensar.

—Tengo la plata en el hotel. Pero me gustaría saber la calle donde vive, alguna información para que pueda fiarme.

Se miraron los dos.

—Cerca de la plaza Botero.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

Hijos de puta.

Asentí con la cabeza y el hombre de los cuatro metros que tosía le pidió al camarero otra pola, que lo celebraríamos. No, por favor, no más agua de letrina.

—Como quieras hacerle daño a la vieja, *man*, te mato, ¿entendiste?

—Aquí nadie quiere hacer daño a nadie.

Y le entró un ataque de risa tenebrosa. Les pedí que me acompañasen al hotel, era una prueba, quería que alguien de recepción les viese la cara. Ellos aceptaron sin problemas. Me invitaron y esperaron en recepción mientras yo cogía el dinero.

—Doscientos ahora y el resto cuando la vea.

—Me parece justo —sentenció el bigotudo mientras se acariciaba el mostacho.

Salimos del hotel y hablamos como siempre del Barça. Estos colombianos no tenían otro tema. Cruzamos unas cuantas calles. Medellín de noche es una ciudad peligrosa, habían desaparecido las tiendas ambulantes y la gente, pero los perros seguían husmeando en la basura.

—Es aquí.

Y nos paramos en la plaza. No había nadie. Los árboles estaban quietos como estatuas.

—¿En qué piso?

—No te preocupes, la iremos a buscar. —Tenían un tono pausado y tranquilo.

—¡No! Solo quiero saber la casa, del resto me ocupo yo.

—No, *man*. No sabemos si eres un hijo de puta.

El hombre de negro se quedó conmigo y el camarero corrió hacia un portal. Realmente, si uno se fijaba en aquella ciudad (y yo aún no lo había hecho), era muy desagradable. Las paredes de ladrillo, la basura esparcida por la calle... Esperamos tres minutos, un tiempo que se dilataba en mi cerebro mientras se mezclaban las imágenes de Jofre en el agua, sus gritos, las horas de vuelo y el abuelo acostado en la cama del hotel durmiendo. Se me ocurrió preguntar al hombre de qué conocía a Macarena. Tendría que haber escuchado la respuesta, pero en aquel preciso instante vi cómo ella salía del portal, apurada y nerviosa. Un poco más alta y un poco más fea de como la recordaba. Se quedó plantada ante la puerta y le dijo al oído cuatro palabras al camarero, que asentía con la cabeza.

Entonces, Maca miró hacia un lado y el otro, si hubiese podido habría deseado ser invisible, y los dos cruzaron la plaza de Botero mientras yo esperaba en el otro lado con los brazos abiertos.

Justo cuando quería arrancar a correr y abrazarla y cubrirla de besos y contarle cuánto la había echado de menos, el hombre de negro me puso la mano en el hombro para que no me moviese y dijo:

—Espera.

No le hice caso, no podía frenar aquel impulso (parecido al de los devotos que quieren tocar una virgen) y salté hacia ella, la abracé con todas mis fuerzas, me reencontré con el olor de su cabello, le di un beso largo en la boca y ella me apartó inmediatamente. Tal vez solo fueron tres segundos, quién sabe si menos, los que la tuve en mis brazos, pero todo aquel calor del Caribe, toda aquella pasión que me había contagiado en Barcelona, el delirio de sentirme vivo e importante, se desvanecía en aquella plaza llena de perros. Ahora delante de mí tenía un trozo de hielo, un cúmulo de huesos, maquillaje y carne completamente fríos, ajenos a mí, como si no me conociese, como si me detestara.

Repetí el intento, pero ella me frenó con las manos.

—¿Cómo?

—Te dije que no vinieras...

Y los dos hombres que me habían acompañado hasta allí se interpusieron entre su cuerpo y el mío.

—La plata —reclamó el camarero.

—La plata y os vais —les pedí.

Pero Maca dijo que no con la cabeza. Me costó, pero en aquel gesto entendí que yo no la había encontrado, al contrario, que había sido ella quien me había buscado y me había atrapado antes de que todo estallase.

—Es mi hermano —dijo señalando al gigante bigotudo.

Me quedé sin palabras.

—Oriol, necesito que te vayas. ¿Para qué viniste, mierda? Te dije que no vinieras, pero a ti todo te da igual, tú solo piensas en ti. Yo aquí tengo una familia, tengo hijos, Oriol, tengo un marido, y estoy muy avergonzada, cometí un error, todo el mundo comete errores, tú fuiste mi error, y pido perdón, a ti, a mi familia, a todo el mundo... Si no llega a ser por mi hermano, si llegas a hablar más de la cuenta, me hubieras arruinado la vida a mí, y a ti. Me matarán, Oriol. Nos matarán a los dos... Eres un loco, y estás enfermo, Oriol, estás muy enfermo.

Me quedé inmóvil mirándola. La tenía a medio metro y quería cogerle la mano, explicarme, pero su hermano abrió la chupa, me enseñó una pistola y me recomendó que volviese al hotel a dormir, que allí no había pasado nada y que al día siguiente cogiera el primer vuelo.

Maca, con una mirada, les pidió que me devolvieran la plata, y lo hicieron.

Visto de esa manera, con aquella decepción enorme, tendría que haber dado media vuelta para regresar al hotel. Inventarme alguna excusa para el abuelo, llamar a Gemma para saber cómo estaban mis sobrinos y volver a la realidad. Pero ¿qué me habría dicho el abuelo si hubiese estado allí a mi lado? No tienes que desfallecer. No había cruzado medio mundo para conformarme; conformarse, resignarse, es el principio de la derrota. Yo tenía a medio metro a la mujer que me había reconciliado con la vida, la mujer que había encendido alguna parte de mí completamente apagada, y no se puede dejar escapar la vida, porque la vida ya se escapa siempre y nunca la podemos retener.

Fui concreto y monosilábico como ella en la llamada del aeropuerto.

—No.

Un movimiento hacia ella y el camarero y el armario bigotudo se me echarían encima. ¿Qué cojones había hecho mal? Insistí en que me dejase hablar, que quería explicarme, pero no me escuchaba. Los perros empezaron a ladrar y antes de que algún vecino encendiese la luz y asomara la cabeza, su hermano le dijo que ya estaba bien y que volviese a casa. Aquí entendí que ya no la volvería a ver y le di un empujón al bigotes y abracé a Macarena. Ella gritó, y yo fui lo bastante rápido para atizarle un puñetazo al canijo del camarero, que cayó fulminado al suelo.

—Maca, ¡ven conmigo!

La agarré de la muñeca y empezamos a correr atravesando la plaza de Botero. Ella acallaba los gritos, consciente de que un escándalo le arruinaría la vida. Pero no me conocía aquellas calles, que ahora me parecían un laberinto demoníaco y cuando podía la abrazaba y cuando la abrazaba nos besábamos y cuando nos dábamos besos toda la sangre de mi cuerpo eran fuegos artificiales. ¿Hacia dónde podíamos ir? Al hotel, no, necesitaba un lugar tranquilo para hacerle entender cuál era mi plan. Un plan para siempre. Los dos, juntos, y lo mismo daban las adversidades, podríamos con todo, si ella se agarraba a mí, éramos invencibles.

Un golpe de pistola en la cabeza me hizo caer. Me giré y el armario había recuperado el aliento y la distancia. Gonorrea. Me pegó una patada (yo todavía estaba

agachado) que me cortó la respiración. Macarena se alejó, apartó la mirada para no verme agonizar, mientras el camarero con toda la furia acumulada de la noche se encarnizaba con mi cabeza.

—Dale duro, hijo de puta, dale duro.

Se animaban mutuamente.

Los golpes en la cabeza me habían mareado y, al hacer esfuerzos por recuperar el equilibrio, lo perdía de inmediato porque uno de los dos —ya no sé cuál— me devolvía al asfalto de otro puñetazo.

Cada vez que conseguía levantarme, ellos se cargaban de una fuerza sobrehumana y no tenían clemencia. Una y otra vez, y un escupitajo, y otra vez, y otra, y todavía una más, el cuchillo en la cara, y palabras que no entendía, y Macarena que había desaparecido. Me pegaron una buena paliza, no sé cuántos huesos me rompieron, había superado el umbral del dolor y podían hacer conmigo lo que quisieran, tampoco sé cuánto rato usaron mi cuerpo de saco de boxeo. No me hubiese reconocido ni mi madre.

Lo último que hicieron, antes de tirarme a un contenedor lleno de basura, infestado de perros moribundos que me olían, fue bajarse los pantalones, bajarse los calzoncillos y mearme encima mientras me prometían que si volvían a verme me torturarían y me harían desaparecer.

Son las once menos cuarto cuando el taxi me deja delante de la puerta de casa de Mireia. Si hay luz en el interior, cagada. Dificilmente sale alguien alrededor de medianoche si no es porque tenga que ir a trabajar.

Miro hacia arriba y todo oscuro. Ninguna luz encendida con las persianas subidas. Me acerco a la callejuela que hace esquina con la casa. Allí hay dos ventanas más, una por planta, y un balcón ancho. Nada. No hay luz. Apostaría, así a primera vista, a que no hay nadie dentro.

Siempre he sido atrevido. Tendría que entrar. Me suena el móvil. Es el tal Okone.

—¿Alguna novedad? —pregunta.

—Parece que entraré. Vuelve a llamarme dentro de cinco minutos que comprobaré otra historia. Ahora son las 22.44. Llámame a las 22.49.

Colgamos y hago una llamada a Gemma. La cuñada debe de tener el teléfono de casa.

—Claro que lo tengo. Espera un momento que miro la agenda del móvil.

Se oye el ruido del teclado. A los pocos segundos me canta un número con el 93 delante, prefijo barcelonés. Qué rústico es tener teléfono fijo. Acabo rápido, ya te llamaré y todo bien pero ahora tengo mucho trabajo.

Llamo a la casa que nos ocupa. Tonos y más tonos. Silencio y más silencio. No hay nadie y, además, no hay nadie.

Es el momento. Venga, Okone, llama, joder. Cinco minutos clavados. 22.49. Suena el móvil.

—Espera, que entro —le digo con un toque de inquietud mientras escondo el móvil en el bolsillo de los pantalones.

Eduard no está. No hay policía. No hay nadie. Vuelvo a la soledad como antesala de la independencia. Meto el hierro en el agujero, remuevo y, cloc, se abre de nuevo la puerta de la casa de Mireia.

Todo está a oscuras.

Solo a lo lejos unos pequeños puntos de luz que se me aclaran a medida que me acerco: el televisor, el reloj digital del aparato apagado de Movistar Plus, más a la derecha, la cocina con la fiesta de colores del horno, de los fogones, del microondas... Subo por la escalera, tengo que ir al ordenador. El móvil me sirve de guía y de compañía. Sé que ahí está mi misterioso socio de negocios. Okone no me habla, yo no le hablo, pero sabemos que estamos. Cuando estoy a punto de llegar a la segunda planta, le comento a mi interlocutor mudo que estoy llegando al objetivo. Recuerdo perfectamente dónde está todo. Tengo buena memoria fotográfica. Allí al fondo, el despacho, y vendría muy bien que, como la otra noche, estuviese el ordenador encendido. Sigo caminando y vuelvo a pegarme el teléfono a la oreja.

—Estoy a punto de llegar al ordenador —le digo a mi misterioso interlocutor.

Entro despacio, como si me tuviese que oír alguien, y, aquí, en realidad, no hay ni

Dios. Al fondo el ordenador no tiene luz, parece que esté apagado. La sorpresa tiene que ser que al mover el ratón se ilumine y no me pida la clave de acceso. Me acerco como cuando Indiana Jones va en busca del Santo Grial. Me siento y deposito el móvil sobre la mesa negra pegado a donde reposa el iMac. Toco la pantalla de mi iPhone y pongo el manos libres.

—¡Me oyes! —grito.

—No hace falta que grites, sí.

Muevo el ratón y, efectivamente, como ayer, el ordenador no está apagado. Me sale la pantalla inicial con todas sus carpetas, sus aplicaciones, con un cien por cien de batería y observo cómo el indicador del wifi parpadea hasta alcanzar las cuatro rayas oscuras. En el festival de carpetas, los ojos se me van a la de «Lawrence Gordon». Sigue allí. Hago doble clic. Nada. No se me permite. Me pide contraseña. Lástima. Tendremos que intentarlo de otras maneras.

—Todo en orden. Ya estoy conectado. ¿Qué hago ahora? —le pregunto a mi invisible compañero de batallas.

Observo que sobre la mesa hay un bote lleno de bolígrafos que se acaban convirtiendo en inservibles, porque usas solo uno y muy de vez en cuando. La mesa presenta un módulo con dos cajones, todo tan de Ikea que no se puede aguantar. En los dos cajones, que ya me encargué de abrir ayer, nada interesante. Papeleo absurdo.

—Tenemos que buscar la IP.

Los que hablan en primera persona del plural. Qué lacra. Entre estos y los que se dirigen a sí mismos en tercera persona del singular, como Luis Aragonés, que en paz descansa, o Aída Nizar. «Luis Aragonés dice», «Aída Nizar piensa». Este tal Okone habla como esos abuelos a los nietos cuando dicen «ahora tomaremos la lechecita...». Ahora no tomaremos nada, idiota. Lo tomaré yo.

—¿Dónde encuentro esta mierda? —le digo.

Se echa a reír y me pide calma. «Si no me pongo nervioso en pocos minutos lo tenemos».

—Muy calmado —le respondo.

Estoy en casa de una desconocida después de forzar la puerta. He entrado en su despacho e intento reventar su ordenador sin tener ni puta idea. Todo muy normal. Vuelve a reír y me da una serie de instrucciones a ritmo y con tono de criatura de P3.

Empiezo a buscar. Mira que era sencilla la vida con el boli Bic de cuatro colores y los papeles de Torras Hostench. Muevo el cursor arriba y abajo. El ratón y su puta madre. Y de repente llaman al timbre. Se me corta la respiración. No me pienso mover. Ni un ruido. Apago el manos libres. Que no se oiga nada. Cojo el móvil.

—Han llamado a la puerta. Espera un momento.

En circunstancias como esta, cabeza fría. ¿Quién puede ser a las once de la noche? Algún inconsciente que no sabe nada de la propietaria o un crío travieso, que tampoco sería el caso a estas horas de un domingo.

El móvil emite una vibración de entrada de mensaje. Lo miro.

Quieres hacer el favor de abrir, idiota?

Hijo de la grandísima puta. Eduard de los cojones. Le pido a Okone que no cuelgue. Bajo corriendo. Es un insensato. Como lo vea alguien a la puerta... Pero ¿qué coño le pasa a este por la cabeza? Abro la puerta.

—Pasa, rápido.

Cuando entra en la casa le grito:

—Pero ¿en qué cojones piensas? ¿No ves que ella podría haber estado dentro? ¿Qué habrías dicho: «Vengo a buscar a un “polvo” mío que ha venido a robarte unos documentos del ordenador? ¿Puedo pasar, por favor?». ¿Es que has perdido totalmente la cabeza?

Eduard se echa a reír. Ríe tanto que se le caen las lágrimas.

—Encima esto.

No puede parar de reír.

—Tranquilo, hombre. Te he querido dar un pequeño susto. No hemos visto *Saw*, pero un poco de terror no está nada mal. Si me hubiese abierto Mireia, la respuesta habría sido simple: «Perdone. Me he equivocado».

Subimos escaleras arriba de nuevo. Y cuando voy a sentarme delante del ordenador, Eduard me dice que le deje sentarse conmigo.

—¿Estás ahí todavía, Okone? —pregunto al testigo sin cara del móvil después de volver a poner el manos libres.

—Sí, sí. Estoy aquí.

—Hola, soy Eduard. Entiendo un poco más de ordenadores que aquí el amigo, que es un desastre. Ya he llegado.

—Gracias a Dios. Alguien con unos mínimos.

En circunstancias normales, le insultaría. Mejor callar.

—Tenemos que buscar la IP, interpreto, ¿verdad?

—Efectivamente.

Eduard trastea con los botoncitos. Y con suavidad dice que le parece que ya la tiene.

—Diez, punto, ciento veinticuatro, punto, uno, punto, dos mil ocho.

Okone repite. Lo clava.

—Exacto —le decimos Eduard y yo casi como si formásemos un dueto.

De pronto, en el móvil de los cojones entra otra llamada. Es Gemma. ¿Qué coño quiere esta ahora si hace cinco minutos hemos hablado? ¿Qué hago?

—Okone, si se cuelga vuélveme a llamar dentro de dos minutos, que tengo una llamada aparentemente importante. Pero te intento poner en espera. Un momento.

Toco un botón y parece que va bien. Hablo con Gemma y los ojos se me abren de golpe.

—¿Cómo? ¿Ahoora? Hostias. De acuerdo, de acuerdo. Voy a ver qué hago. ¿De dónde viene? De acuerdo. Seguimos en contacto.

Cuelgo el móvil.

—Eduard. Tienes que hacerme un gran favor. Enorme. Ve al aeropuerto, a la T1, y tienes que traer aquí a Oriol, que llega ahora de viaje. Viene de Medellín y ha hecho escala en Madrid.

—Pero si no sé ni qué cara tiene, Albert, joder.

—Tranquilo, te envió unas fotos tuyas. Pocos aviones vendrán de Medellín con escala en Madrid. Lo sabrás distinguir rápido.

—Pero ¿cómo le convenceré de que venga?

—Le dices que te acompañe inmediatamente y que o bien solucionamos el problema ahora o bien llamas a la policía. Y que no se preocupe, que no vamos a ninguna parte donde le podamos hacer daño. Si se pone tonto, le dices que iréis juntos a ver a Gemma.

Eduard pone cara de no saber qué hacer. Me acerco a él con toda la buena fe del mundo.

—Mira, Eduard. Es importante que este tío venga aquí. Ya sabes cómo ha ido la historia. Necesito saber qué ha pasado exactamente. Estamos al final del camino. Es todo o nada. Hace cuatro días eras un magnífico director de una agencia de modelos. Ahora eres cómplice de un investigador que va a su bola y que ha entrado dos veces en una casa sin permiso judicial y que quiere que traigas a un sospechoso, seguramente contra su voluntad, a esta casa. Me sabe muy mal pero lo tienes que hacer. Apáñate como quieras pero tráeme a Oriol aquí.

Eduard se me queda mirando fijamente. Ignoro el significado de esta mirada. No tengo ni idea de qué, pero estoy seguro de que quiere decir muchas cosas. Se va con cara de poco ánimo, de pocas ganas. Lo lamento mucho porque le he pedido un favor a alguien a quien yo nunca le he hecho ninguno.

Clavo la mirada en el ordenador, el cursor va solo. Okone ya está dentro, ha entrado intuyo que sin demasiados problemas.

—¿Lo tienes ya, Okone?

—Sí, un minuto.

Hace doble clic en la carpeta «Lawrence Gordon» y nada. Se abre una pantallita, escribe no se sabe qué, y de golpe... pam, se abre el documento.

—Ya lo tienes —me dice mi pirata favorito.

—¡Viva la madre que te parió! —exclamo.

Se ríe y me dice que no cuelgue por si acaso y que lea y haga lo que tenga que hacer.

Me pongo manos a la obra y con el encabezamiento ya tengo suficiente. Cuadra. Vaya si cuadra. Todo. Pulso «Imprimir». El puto ruido de estas impresoras. En menos de un minuto tengo las dos hojas con letras y números, muchos números. Mientras se imprime intento leer en diagonal, intento seguir el hilo de ese texto que pone el broche, que permite entenderlo casi todo. De repente, no obstante, oigo un ruido fuerte y seco. Intuitivamente quito el manos libres del teléfono móvil.

—Te llamo más tarde, Okone —le digo, y cuelgo.

El ruido es evidente: la puerta. Han abierto la puerta. Es ella porque oigo el tintineo de un llavero en el mueble del recibidor. Tengo varias opciones. Como si fuera *Terminator* me pasan todas por la cabeza y tendré que escoger una: esconderme, intentar huir o dar la cara. Si me escondo, tengo que escoger un sitio, si intento huir, tengo que saber adónde y, si doy la cara, tengo que pensar cómo. Se encienden las luces de la planta baja mientras estoy en la puerta del despacho a pocos metros de la escalera. Tengo que pensar qué hacer y deprisa. Estoy en condiciones de deshacer el nudo, pero el problema es que está mojado. Me puedo dejar las uñas en el intento.

Se enciende la luz de la escalera. Estoy atrapado. O me escondo o me enfrento. Tengo pocos segundos. El sonido de los zapatos subiendo por la escalera cada vez está más cercano. Demasiado incluso.

El abuelo me encontró en aquel vertedero. Menos mal que estaba él. Me miraba con una condescendencia asesina, pero me quitó la basura que llevaba encima y me abrazó. En mi vida el abuelo me había abrazado... Yo no podía hablar. Tenía la cara completamente desfigurada. Él intentaba animarme.

—Eran dos. No te preocupes. Iremos al hotel, buscaremos un médico y después nos marcharemos.

—Me dijiste que no teníamos que desfallecer... —pronuncié esforzándome en cada sílaba.

—Ahora no hables, Oriol, ahora no...

Empecé a llorar. Primero poco a poco, lágrima a lágrima resbalándome por las mejillas, después ya no podía parar, como si alguien hubiese reventado la bolsa de llanto que llevaba guardada desde el accidente en el espigón. Sollozaba, me costaba respirar, hiperventilaba, y llanto y más llanto...

Caminamos por las calles de Prado, yo apoyado en el hombro del abuelo, y preguntamos a un vendedor ambulante dónde estaba el hotel 61Prado. Nos lo indicó como pudo. No le entendimos. Entonces comprobé en el bolsillo si llevaba todavía el móvil, la cartera y el sobre de mi madre. Todo en su sitio, todo. Los hijos de puta se habían conformado con darme una paliza. Llevaba incluso, atados con una goma de pollo, los quinientos dólares de la visita guiada a la plaza de Botero.

Cogimos un taxi —a pesar de que los del hotel no nos lo recomendaban— y cruzamos tres calles, solo tres, yo no podía caminar, hasta llegar a la puerta del establecimiento. La chica de recepción me miró con tal cara de espanto que sentí lástima de mí mismo.

—Necesita un doctor.

—Estaré en la habitación.

—No se preocupe.

El abuelo intentó que no me mirase en el espejo, pero era inevitable. Cuando me vi con el ojo morado, hinchado, con los labios partidos y las salpicaduras de sangre por toda la ropa, no me reconocí.

Cuando, por fin, me tumbé en la cama, antes de dormirme le pedí al abuelo que me comprase un billete de avión de vuelta y que me dejase el móvil, que quería llamar a Gemma y hablar con Roc y Clara.

Dormí como nunca en mi vida. Era un bebé en el vientre materno, no recuerdo si vino el médico, que vino, ni qué me recetó, ni qué cojones me dijo. Recuerdo sudar y mezclar los sueños con la realidad, el abuelo aparecía y desaparecía, y mi cabeza era un lago donde alguien había lanzado una piedra y todo yo era círculos concéntricos.

—¿Cuántas horas he dormido, abuelo? —le pregunté todavía abrazado a la almohada.

—Dos días, Oriol.

—¿Qué hora es?

—Las seis de la tarde. Pero puedes dormir más, si lo necesitas.

Había cambiado su manera de relacionarse conmigo. Ahora era amable y quería ayudarme, nada que ver con el tocapelotas que rondaba por mi casa en Barcelona, medio desnudo, jodiéndose de todo. Tenía en la mesita de noche una caja de analgésicos. Y me duché. Tenía sangre reseca en el pelo, las piernas llenas de moratones y el vientre surcado de cortes y más cardenales. No puedo decir que me sintiera como nuevo, ni que hubiese recuperado un poco de autoestima, pero como mínimo la cabeza empezaba a funcionar.

Me senté a la mesa, saqué el Mac y busqué un vuelo directo. No había ninguno. Medellín-Madrid y Madrid-Barcelona. Catorce horas. No podía volver.

Al lado del ordenador, el teléfono con la cara de Roc y Clara. No podía volver, pero tampoco podía huir por siempre.

Cerré los ojos, tragué saliva y, sin que le preguntara, el abuelo me dijo:

—Haces bien, Oriol. Es lo que tienes que hacer.

Un tono, dos tonos...

—¿Diga?

—Gemma, soy yo, Oriol.

—¡Oriol! No me lo puedo creer. ¿Dónde estás?

—En Colombia.

—¿Qué coño haces en Colombia?

—Gemma, te llamo porque tengo que decirte una cosa.

—Oriol, todo el mundo sabe lo que hiciste. ¿Cómo te atreves, encima, a llamarme? Eres un cobarde. Huiste y cogiste el primer vuelo.

—No es verdad.

—Oriol, ¿qué quieres?

—Mi hermano resbaló y se cayó. Se cayó solo. Y yo me asusté. Mucho. No sabía qué hacer. No le quería hacer ningún daño. Estoy en Colombia, pero pienso volver. Volveré, Gemma, para que sepas que digo la verdad y que nunca quise hacerle daño. Quiero que todo se aclare... Te he llamado porque quería oír la voz de Roc y Clara.

—No están. Están en casa de mis padres.

—No me crees, ¿verdad?

La oí respirar al otro lado de la línea.

—¿Cómo quieres que te crea? —añadió con la voz a punto de quebrarse.

—Cogeré el primer vuelo, ya lo tengo comprado. Y estaré en Barcelona mañana por la noche. Te lo prometo y, si quieres, podremos hablar y podré explicarme. Y si hace falta iremos a comisaría, no quiero que esta situación... —me costaba hablar—. Nadie sabe dónde estoy. Mireia no para de llamarme y nunca le contesto. Todo ha sido un malentendido, un terrible malentendido, Gemma.

La oía llorar silenciosamente.

—No puedo decirte nada, Oriol... No puedo... Nos has destrozado. Has

destrozado la vida de tus sobrinos...

—Gemma...

—¿A qué hora llegas? —preguntó intentando serenarse.

—A las once.

Y colgó el teléfono.

Mireia tiene el teléfono en la mano. Cuando ha visto mi sombra bajando lentamente por la escalera ha cogido el móvil. El susto le ha dejado cara de terror. Si hay alguna imagen del pánico es la que observo en el rostro de esta mujer. Está muerta de miedo.

—¡Qué haces aquí! —grita muy fuerte, histérica de inquietud.

Novedad. Me tutea. Normalmente, en situaciones como estas, la gente recurre al usted como marcando distancias. No sabe quién soy, pero la conversación se inicia con una frase cordial.

—Voy a llamar al 112. ¿Qué me has robado? ¿Qué quieres? Vete de mi casa.

Da muchas pistas del aturdimiento que lleva encima. Pregunta si le he robado, tiene miedo de saber qué quiero, pero en el fondo me dice que se la trae floja lo que le haya robado, lo que desea es que me largue.

—No he robado nada, no quiero robar nada, no te haré daño y no llamarás al 112. Y tampoco pienso irme.

—¿Es el 112? —pregunta absurdamente cuando lo acaba de marcar.

—Oriol, Jofre, Mireia. Y Gemma. Y el testamento... Casi que cuelgues.

Y cuelga.

Mireia hace una mueca. No entiende nada. Pone cara de pocos amigos. Resopla.

—¿Quién eres?

—Me llamo Albert Martínez Boixadera.

—Eso no me dice nada. ¿Quién coño eres? —grita soltando un improperio.

—Estoy intentando saber qué le pasó a tu hermano.

—Pues que se ahogó.

—Se ahogó y tú fuiste al espigón a confirmar que había muerto, qué cosas.

Calla. Se siente retratada.

—Di lo que quieras. No sé quién eres. Has entrado en mi casa, supongo que sin ninguna orden judicial. Eres carne de denuncia.

—Tú me denuncias a mí, y yo a ti. A ver quién gana.

—¿De qué me acusas?

—De momento, de nada.

—Tú, de nada, y yo, de entrar por la fuerza en mi casa. Gano. Y, por si se te ha pasado por la cabeza, yo no he matado a mi hermano. No soy ninguna asesina y mucho menos de Jofre.

Vuelve a coger el móvil.

—¿El 112 otra vez?

—Sí, la definitiva.

Ahora sí que tengo un problema. Si llama a los Mossos todo se va al garete. Por mucho que pueda arreglar el tema, tendré que ir a declarar y, por lo tanto, tendré que abandonar la casa y, por extensión, la trama. Necesito ganar tiempo para que todo se aclare.

—Mira, Mireia. Puedes llamar pero no arreglarás nada. Ni la muerte de Jofre ni el accidente de tu otro hermano.

Vuelve a colgar y se queda estupefacta.

—¿Cómo? ¿Oriol? ¿Un accidente?

A ver cómo salgo ahora de este jardín.

—Lo siento mucho, pero no tengo mucha información más.

Mireia lanza el móvil sobre un sofá de piel negro de tres plazas que hay en el salón y se deja caer derrotada llevándose las manos a la cabeza.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé. Todo es muy confuso todavía.

—¿Cómo sé que no me engañas y todo es una mentira enorme?

—Porque tú sabes tan bien como yo que Oriol está en Medellín.

Touché. Estira la cabeza. Mueve el cuello como relajando la tensión de las cervicales. Unos segundos de silencio que se hacen eternos.

—Pero ¿quién cojones eres? ¿Qué está pasando aquí? —grita ahora llorando. Llorando mucho.

—Ya te lo he dicho. Soy Albert Martínez Boixadera. Estoy investigando qué le pasó a tu hermano Jofre.

—¿Y qué crees que ha pasado?

Cuando empiezo a hablar pensando en cómo ganar tiempo suena el timbre de la puerta de casa. Es medianoche.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto.

—A la policía.

El capitán nos anunció que en menos de una hora aterrizaríamos en El Prat. Me había tomado un par de dormidinas (me lo había recomendado el abuelo) y a pesar de los moratones y el dolor de huesos pude descansar. No comí nada. El abuelo se despidió de mí en el aeropuerto, me prometió que si teníamos suerte volveríamos a vernos en Barcelona, que él no tenía billete, ni asiento, pero que eso ahora no era importante y que hiciese el favor de recuperarme. ¿Por qué no me había hablado antes de esa manera? Era cercano, parecía que le importaba. Me dijo que prefería no decir adiós, que diésemos media vuelta y punto, y yo le hice caso.

Cuando abrí los ojos en el avión tenía el sobre de mi madre en el regazo. Miré a un lado y luego al otro, dudando de si alguien me espiaba, de si era víctima de una conspiración universal. Y lo abrí.

Tal vez esperaba que hubiese un talón con una cifra llena de ceros, una carta explicándome algún secreto inconfesable de la familia, pero no... La imaginación me había traicionado. El deseo de que en aquel sobre hubiera algo revelador, una sorpresa, me había hecho pensar que mi madre era algo más de lo que realmente era, una pobre viejecita sentada en una residencia meditando los días que le quedaban.

Dentro de aquel sobre había una fotografía de los tres hermanos en la playa: Mireia riendo, cambiando los dientes de leche, rodeada de rastrillos y palas; yo, preadolescente, con pelusilla en el labio y saltando sobre Jofre, y él, que reía de oreja a oreja abriendo la boca y haciendo el indio.

Qué veranos más cojonudos...

Detrás de la fotografía, escrito a mano: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado. Tu madre».

Uno nunca sospecha cuál es el límite de la hipocresía.

No podía imaginarme que en solo once palabras cupiese todo el cinismo del mundo, todo el dolor y toda la rabia... Repasé con el dedo el cuerpo de Mireia, la risa de Jofre... y destrocé la fotografía en mil pedazos. Me levanté para ir al baño, pero una azafata me pidió que me sentase, que ya estábamos a punto de aterrizar.

—Es una urgencia. Tengo que ir al baño.

—Rápido, por favor.

Qué ridículo, me movía despacio, como un astronauta explorando el planeta de la miseria, me apoyaba en los asientos, pidiendo excusas a todos y, finalmente, cuando estuve dentro del baño, no pude deshacerme de la fotografía porque el váter era tan estrecho que no aceptaba nada que no fuera pis o papel higiénico. Yo, que me conjeturaba que la imagen se perdería taza abajo, que caería por algún conducto secreto hacia el océano y se perdería en el fondo abisal, devorada por algún monstruo marino.

—Tiene que salir, ya aterrizamos, señor.

—¡Ya va!

Putra civilización.

Aterrizamos, recogí la bolsa y me tomé otro ibuprofeno. Fui al baño y tiré la fotografía despedazada y la cartera de mi hermano, que me había acompañado hasta entonces, pero ya no me serviría. Antes de salir de la terminal imaginé qué sería de mí, qué podría pasarme. A lo mejor estaría Gemma con los niños y nos iríamos a casa y hablaríamos; esa era la situación ideal, pero también la menos probable. Tal vez ella habría llamado a Mireia y ahora me esperaba la policía o vete a saber qué.

El abuelo me habría echado la bronca. No pienses tanto, pensar es de burros. De hecho, me pareció verlo, recogiendo alguna maleta de la cinta, me acerqué, se me escapó un «¡Hombre, sí que estás!», pero cuando aquel jubilado se dio la vuelta tuve la seguridad de que al abuelo no volvería a verlo, que se había quedado en Colombia viviendo una muerte tranquila, emborrachándose, haciendo turismo y fotos, o persiguiendo a jovencitas con la promesa de regalarles un hotel.

Cuando las puertas automáticas se abrieron, no me esperaba nadie. Miento, había un hombre barbudo y calvo con una camisa blanca que me miraba fijamente. Me miraba, sacaba el móvil, comprobaba algo y volvía a mirarme. Se me acercó.

—¿Eres Oriol?

—Sí.

No se lo acababa de creer. Evidentemente le debía de costar reconocermelo, me habían partido la cara.

—He venido a buscarte.

—¿Eres de la policía?

El hombre dudó.

—Más o menos.

—No entiendo nada.

—Todo a su tiempo. Yo soy Eduard. Y me tienes que acompañar.

—¿Acompañarte adónde?

Entonces cambió el tono de voz. Se rascó la barba. Llevaba un anillo en el meñique. Estaba más nervioso que yo.

—Mira, Oriol, tenemos dos maneras de hacer las cosas: una sencilla y agradable, y otra más complicada.

—¿De qué hablas?

—Yo prefiero hacerlo de la manera fácil. Me acompañas, subes al coche y no haces preguntas. La complicada es que yo ahora saque el teléfono, haga un par de llamadas y venga la policía, tú decides.

No hice preguntas, no tenía fuerzas para preguntar nada. Asentí con la cabeza, y él, muy amable, me cogió la bolsa. Después fuimos al *parking* del aeropuerto. Le costó encontrar el coche, estaba desorientado y más inquieto que yo.

—¡Ya está, es este!

Se quitó un peso de encima, por unos instantes había barajado la posibilidad de que le hubieran robado el coche.

Cuando salimos del *parking* envié un WhatsApp.

Todo bien. Vamos hacia allá

Cuando Mireia va hacia la puerta debe de soñar con que sea la policía, algo imposible porque ni siquiera ha llegado a hablar con el 112. ¿Quién puede ser, entonces, a esta hora? La pregunta es común para los dos. Pero, básicamente, para ella. Espero que sea quien me imagino. Hace veinte minutos, he recibido un WhatsApp de Eduard que dice que todo va bien y que vienen hacia aquí. Lo normal sería que fuesen él y Oriol pero vete a saber cuál es el entorno de esta extraña chica, que podría permitir que cualquier chiflado se acercara a su casa a medianoche.

Mireia se dirige a la puerta intentando no perderme de vista. Normal. No sabe ni quién soy, ni cómo soy, ni qué quiero hacer ni dónde quiero llegar.

Mueve el picaporte para abrir y, efectivamente, en el umbral veo cómo Eduard me busca con la mirada mientras Oriol, a quien solo había visto en foto, con la cara como un mapa y una tristeza que no se puede aguantar, saluda con un depresivo:

—Hola, Mireia.

Nos metimos en Gràcia con la radio a todo trapo. La música me parecía una tortura. No entendía nada. Quería hacerle mil preguntas, pero no me atrevía. Tal vez era una especie de mafioso (tenía toda la pinta), alguien contratado por Gemma o vete a saber quién. Después de la paliza, para mí todo eran fantasmas. Se le veía nervioso. Sudaba.

—¿Adónde vamos? —pregunté sin mucha esperanza.

Y ninguna respuesta.

—¿Adónde vamos? —insistí un poco, que no hacía ningún daño.

—Te he dicho antes que nada de preguntas.

Aparcó debajo de la plaza del Sol. El calvo seguía silencioso y no paraba de mirar el teléfono todo el rato, como si esperase órdenes. Cruzamos la plaza y, a medida que nos acercábamos, lo intuí, lo veía cada vez más claro. Aquel desgraciado trabajaba para mi hermana. Llamamos al timbre, esperó unos segundos y le abrieron. Todo el cuerpo me pesaba, en los pies llevaba cemento.

Delante de mí, Mireia con los ojos llorosos y un tío con americana que no sabía quién era.

—Hola, Mireia.

Si hay una definición de la angustia es la cara de los dos hermanos. Aunque si vieran la cara de Eduard y la mía podrían pensar lo mismo. He hecho un nudo con la complicidad inopinada de mi amante y ahora tendré que deshacerlo. Mireia y Oriol deben de preguntarse qué hacen los dos juntos en casa de la hermana con un par de desconocidos que los han metido en esta inédita situación. Una especie de: ¿qué

quiere esta gente que nos junta de madrugada?^[8]

A lo mejor el *jet lag* me ha confundido. Mi hermana me invita a pasar y se queda unos segundos en silencio. Yo intento adivinar quién es ese hombre, qué tiene que ver con Mireia, por qué estamos los dos, de noche, en su casa. Hacía años que no pisaba este piso. Me duele, aunque no puedo pensar. Pero tengo la maldita intuición de que no son buenas noticias. Prefiero callar, ver las intenciones.

—¿Por qué has contratado a estos dos? —pregunta Oriol, perplejo.

—¿Cómo? ¿Qué coño haces tú aquí? ¿Y quiénes son estos dos? —replica ella.

Eduard no sabe cómo ponerse. Tanto él como Oriol ya han entrado en casa.

—¿Cómo? No me toques los huevos. —Los ojos de Oriol se encienden—. Me has llamado todos los días, a todas horas, no has parado hasta tenerme aquí. Pues ya estoy aquí. ¿Qué quieres? ¿Qué cojones quieres de mí?

—Me parece que te equivocas. No tengo nada que ver, Oriol. Nada. La clave de todo el asunto son estos dos.

Los dos hermanos se vuelven hacia mí.

—Efectivamente. Me presento: me llamo Albert Martínez Boixadera, extraño nombre para un investigador, lo sé. Trabajo de manera no conjunta con los Mossos. Este es un ayudante mío. No le hagáis mucho caso: lo he contratado hace dos días.

La cara de Eduard es de odio controlado.

—Es la mejor escena que puedo tener. La mejor. Los cuatro aquí, especialmente, vosotros dos. Dos hermanos víctimas del odio, de una manera de ser, de una manera de hacer las cosas. Dos maltratadores profesionales, dos requisadores de egolatrías, dos ilusos económicos... En definitiva, una generación de catalanes.

Los dos hermanos se miran extrañados. No saben a qué viene todo aquello, aunque creen que lo intuyen.

—Sois dos desgraciados. Siento decíroslo, pero lo sois mucho. Víctimas de la definición familiar de una época y de una generación. Nada se sabe, nada se puede hacer y todo es apariencia. Sonreír, siempre sonreír. Se llora en casa y cada uno encerrado en su habitación. Habéis soportado todo esto precisamente para acabar como habéis acabado: peleándoos por dinero. Estaba escrito que sería así. Es un fracaso generacional.

Los dos hermanos nos miran con cara de no sé muy bien qué, pero ahora es mi momento: estoy crecido.

—Hace tres días recibí la llamada de vuestra excuñada Gemma. Quería saber qué había pasado con Jofre. Lo quería saber rápido y no quería perderse en la telaraña y la lentitud judicial. Me dio pistas, aunque la mejor fue cuando te vi, Mireia, con las gafas de sol mirando el cadáver de tu hermano. No era nada normal aquella escena y te seguí. Tú fuiste clave en todo momento. Tú y *Saw*.

Mireia me mira con cara de extrañeza, Oriol, de no entender nada, y Eduard, de

admiración. Me siento el Sherlock de Benedict Cumberbatch resolviendo un misterio a partir de cero. Pero no puedo fallar. Ni una frase mal hecha ni una palabra mal puesta. Tengo que resumir.

—Gemma me hace investigar y, por razones que no vienen al caso, encuentro tu casa y veo que eres una enferma del cine de terror. Por casualidades de la vida y gracias al ingenio de mi ayudante Eduard, descubro que *Saw* debe de ser tu película de cabecera. Qué mal gusto, por cierto. Y mirando la película con Eduard atamos cabos con una carpeta que hay en tu ordenador. ¿Te suena Lawrence Gordon?

Ahora sí que la he cazado. La cara es de derrota. Oriol no sabe muy bien qué narices está pasando.

—Ay, las herencias. Cómo se cambian y con qué facilidad. Mira que es fácil manipular la voluntad de las personas mayores, ¿verdad que sí, Mireia? Da igual si se dan cuenta tus hermanos, es indiferente si ellos quedan destrozados por la voluntad de vuestros padres. La clave es quedarse con todo. Y aquí fuiste hábil, ¿Lawrence Gordon? —digo mirando fijamente y con cara de mala hostia a Mireia.

Acabo de apostar fuerte a un único caballo. Oriol, con esfuerzo, abre los ojos.

—¿Qué dice, Mireia?

—No dice nada, no le hagas caso.

Delicado, como quien no quiere la cosa, dejo los documentos encima de la mesa. Oriol se acerca, camina muy despacio, se para.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

—Tú mismo —le digo.

Lo lee deprisa. Furioso. Repite alguna frase. El nombre de su padre. Sus ojos pasan enloquecidos de una línea a otra, como si cada nueva frase, cada nueva palabra lo desquiciara más. Mireia va encogiéndose en el sofá.

—¡Hija de la gran puta!

—Oriol...

—Ni Oriol ni hostia. Explícamelo tú —grita.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero que me expliques qué cojones significan estos testamentos. Porque uno lo conozco, pero el otro es completamente nuevo.

—Oriol... —Mireia busca la palabra, pero no la encuentra.

—¡Habla, cojones!

—¿Que hable? ¿Ahora quieres que hable? ¿Cuántas veces te he llamado en los últimos tres días, Oriol? ¿Cuántas? ¿Qué te dije, antes de que tirases a nuestro hermano por un espigón? ¿Y después? ¿Qué pasó después? ¡No he parado de llamarte! He ido a tu casa, para intentar hablar contigo... ¿y ahora tú me pides que te lo explique todo?

Oriol hace una pausa. Se esfuerza, sin éxito, para que la respiración no se dispare.

—Mira, Oriol —sigue ella—, en esta familia cada uno ha ido a lo suyo. Siempre. Todos hemos intentado sobrevivir como hemos podido. Los abuelos suicidándose,

papá malgastando y mamá fingiendo que no se enteraba de nada. Pero ¿y tú? ¿Y yo? ¿Y nosotros, Oriol? Dijimos que no mataríamos a papá ¿y qué cojones hizo Jofre? Y dime, ¿dónde coño estabas tú? Cuéntame qué hacías mientras nosotros lo íbamos a ver... Yo estaba sola, completamente sola.

—Eso no te da derecho.

—¿Derecho a qué?

—A falsificar un testamento, Mireia.

—No, me da derecho a buscarme la vida. ¿Crees que quería compartirlo todo con un desgraciado que pasa más horas colocado que vivo? ¿Crees que quería compartirlo con un hombre, aunque fuera mi hermano, capaz de matar a mi padre? ¿Crees en serio que quiero compartir algo con vosotros? Me das asco, Oriol. Nadie me ha dado tanto asco en mi vida.

—¿Cuándo lo hiciste?

—¿Te importa?

—Aprovechaste que papá estaba peor, ¿me equivoco? ¿Y la firma de mamá?

—Oriol... —Ahora lo quiere calmar.

—La firma de mamá, seguramente en la residencia. ¿Alguna tarde, en el jardín, sin saber qué firmaba? ¿Es verdad o deliro? Cuatro palabras bonitas, quizá la promesa de que era el permiso para marcharse... por eso cada vez que iba a verla me preguntaba cuándo nos iríamos de allí.

—Oriol, mataste a Jofre.

—Tú me calentaste la cabeza en contra de él. Tú me liaste, no sé por qué cojones te hice caso.

—Oriol, mataste a Jofre.

—No lo maté.

—Mataste a Jofre y huiste a la otra punta del mundo, muerto de miedo. No eres nadie para reclamar nada, no eres nada, eres una puta mierda.

Veo en Oriol unas ganas locas de matar a su hermana. De estrangularla como mínimo, pero no lo hace. Este chaval tiene mil demonios luchando dentro de su cabeza.

Como el protagonista absoluto de la obra, sigo interpretando la situación en voz alta. Cuando me fijo en Eduard veo unos ojos asustados por todo lo que está pasando desde que nos conocimos en El Cangrejo. Espero que la mirada que cruza con la mía signifique qué bien lo estás haciendo, Albert.

—Estamos en las explicaciones. Las finales. Ya sabemos qué ha pasado. Ahora tenemos que acordar qué hacemos y cómo lo hacemos. Tenemos la opción de denunciaros. A uno por homicidio, o como mínimo y por lo que me ha contado Gemma, por omisión de auxilio, y a la otra, por manipulación documental.

—Falta una tercera vía —dice Mireia—. Denunciarte también por violar un domicilio sin permiso judicial. Eso también conlleva una pena importante.

—Pena la que das tú, querida. Hazlo. Marca el 112 y di eso mismo: que me han

entrado en casa. Delante del juez no sabré si decir que has mangoneado a toda la familia para hacerte un testamento a medida o que has falseado un documento público a tu gusto. En serio, si tu mejor defensa es esta, vale más que lo pruebes, querida.

Mireia baja la mirada. Vuelvo a mirar a Eduard. Tiene los ojos como platos, como diciendo: «Joder, amigo, qué bien puestos». Sigo.

—¿Algo más, Mireia, o llamas al 112?

Mireia se sienta en el sofá. Dudo que sepa qué decir para no empeorar lo que ha hecho y lo que me acaba de decir.

—¿Y tú, Oriol, algo?

—Sí, que Jofre era un hijo de puta, pero yo no lo maté y...

—Ignoro si era un hijo de puta, eso lo sabréis mejor vosotros dos que conocéis a vuestro hermano y a la pobre «puta». Lo que me queda claro es que sois una familia de desgraciados: los abuelos, los padres y los hermanos. Sois un castigo generacional. Sois un drama. Habéis ido siempre a vuestra puta bola porque no sabíais dónde caer os muertos, ni quién os recogería. Habéis vivido en la opulencia, pero con una falta de estima y autoestima que hace que, visto en perspectiva, pueda llegar a entenderse todo lo que os ha pasado. Eso no os disculpa, pero al menos es un atenuante para los tipos sentimentales como yo. Si os pilla un juez cabrón, estáis jodidos. Uno ha dejado caer a su hermano al agua, la otra ha cambiado un documento oficial en beneficio propio.

Los dos hermanos están hundidos en el sofá mientras Eduard está plantado en el centro del salón.

—¿Qué harías, Eduard? —Me encanta hacer vacilar a la gente.

Eduard me mira con cara de sorpresa, la misma que se me queda a mí con la respuesta.

—Un acuerdo, Albert. Un acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ni el uno ha matado ni la otra tampoco. El castigo ya lo llevan los dos de serie: son dos desgraciados de una familia desgraciada.

Le entiendo enseguida porque lo habíamos comentado la noche anterior cenando en su casa. Las desgracias cotidianas familiares. Las penas generacionales. La generación de la transición: los hijos del posfranquismo. Ricos oportunistas e hijos de la opulencia de baja estofa.

—Lleváis la desgracia incorporada —les digo—. Vuestra pena será, una vez más, vuestra salvación. Tú, Oriol, te quedarás con la duda de saber si no habrías podido haber ayudado a tu hermano a salvarse y sacarlo del agua, si no hubieras sido un adicto a la cocaína. Una mierda de vida. Y tú, Mireia, te quedarás con una manipulación sistemática que no te ha llevado a ninguna parte. Es más, considero que tampoco te servirá en el futuro.

—¿Entonces? —me pregunta Mireia.

—Pues un abogado de confianza, para mí, por supuesto, convendrá un nuevo documento, renunciaréis al testamento. Con el beneplácito de los dos, firmaréis que toda la herencia pase a manos de vuestros sobrinos y solo de vuestros sobrinos. Clara y Roc. Y que el dinero no podrá tocarse hasta que el heredero cumpla los dieciocho. De este modo nos ahorramos que haya un trato de favor para vuestra cuñada.

Silencio en la sala. La sensación es que a Mireia no le acaba de convencer la derrota. Entiende que el hundimiento es un hecho, pero ya se sabe que gestionar una pérdida es complicado.

—Vosotros diréis...

Oriol asiente con la cabeza. De hecho él es quien sale mejor parado. Dentro de la terrorífica desgracia de ser como es, el resultado final es un mal menor. Mireia lo acepta también.

—De acuerdo.

—Perfecto. Voy a descansar, que ya es tarde.

—¿Y si el juez sigue investigando? —pregunta Oriol, apenado.

—El juez no seguirá investigando —digo para calmar los ánimos—. No te preocupes. Hablaré con él. No puedes ni imaginarte el trabajo que tiene para encima perder el tiempo con un cadáver que ha aparecido flotando en el agua, con un informe de toxicología y ninguna cámara que haya grabado nada. Si todos cumplimos nuestra parte, aquí se acaba todo.

El reloj marca prácticamente la una de la madrugada.

—¿Alguna pregunta?

Más silencio en la sala.

—Si os parece bien, quedamos mañana a las cinco de la tarde en mi despacho. Ahora llamo también a vuestra excuñada para que venga.

Le entrego una tarjeta a cada uno de los dos.

—Que paséis una buena noche.

Eduard me sigue, y él, más educadamente que yo, les tiende la mano a los dos, que observo que la aceptan de mala gana.

Cuando cerramos la puerta nos miramos.

—Cuánta desgracia —me suelta Eduard a modo de resumen.

—No, Eduard, no. Cuánta tristeza.

Y caminamos por el barrio de Gràcia hablando de la soledad, de la muerte en vida, de la desgracia familiar y del dinero.

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Eduard.

—A hablar.

Mientras Eduard se acaba de duchar repaso, sentado a la mesa de su cocina y escribiendo en las notas del móvil, el encuentro que tendremos por la tarde en mi despacho. Son las tres y media de la madrugada. Busco el despertador del teléfono. Lo pongo a las diez y media. No he recibido ningún WhatsApp desde hace una hora y media, tiempo en el que he estado desconectado del mundo y solo conectado a Eduard. Cuando despierte llamaré a mi amigo abogado Josep Maria Aymerich para que también asista, lo deje todo atado y luego los hermanos busquen cualquier mañana para encontrarnos con su madre y fijar el nuevo testamento aprobado por los dos hijos y la viuda de Jofre.

Sorprendentemente, Eduard sale vestido de la habitación. Atrás quedan los Armani y las piernas. Ha llegado el fin de fiesta e intuyo que, aunque lo haya celebrado con fuegos artificiales en la cama, no le puedo pedir, después de estos tres días y tres noches, ningún favor más. Ni siquiera quedarme a dormir en su casa. No tengo ni que preguntárselo. Me voy y ya veremos que nos depara el futuro.

—¿Quieres comer algo? —me pregunta.

—No, gracias. Con tu permiso, me voy a casa. A lo mejor tendríamos que haber hablado de camino a aquí, pero no sabía qué decirte visto el drama de estos días. Ha sido una locura y seguramente...

—Calla, Albert. No es el momento. Es tarde y tengo que procesar todas estas animaladas. Todas, las buenas y las malas. Han sido muchas, variadas, y algunas, para qué voy a engañarte, excesivas. Dame tiempo.

—Faltaría más.

Lo miro como si no fuese a volver a hacerlo en la vida. Como si se hubiera terminado para siempre.

—En fin...

Y viene y me da un beso esmirriado.

—Va, vete —susurra mientras me abre la puerta.

—Ya me llamarás, si quieres —le digo dejando claro que el próximo movimiento le corresponde a él.

—De acuerdo —me confirma secamente.

Nada más. Ignoro cómo debo interactuar. Solo sé que, por mucho que me duela, todavía tengo un ápice de dignidad. Por lo tanto, chico, si quieres algo, ya sabes dónde encontrarme.

Bajo las escaleras de su piso y, a esas horas de la madrugada, miro a derecha e izquierda y empiezo a caminar. Le he dicho a Eduard que no quería comer nada y tengo un hambre que no me aguanto. Esta puta ciudad, que no sabes dónde ir cuando tienes hambre. Miro el reloj. Hoy cenaré fruta cuando llegue a casa. Noto una vibración en el bolsillo interior de la americana. ¿Quién cojones debe de ser a estas horas?

Mensaje de Rubén:

Qué coño haces despierto a estas horas?

Sonrío. Qué plomo de tío, pero es de los que todavía valen la pena y nunca fallan.
Le respondo:

Paseando

Jajajajajaja. A estas horas?

Dónde quieres que esté yo a las tres y media? En casa. Crees que soy como tú?

Tienes algo para cenar?

Acelgas

Qué hijo de puta. Jajajaja

Jajajaja. Algo encontraré en la nevera. Va, ven. No tardes

Mete una botella de vino blanco diez minutos en el congelador

Hecho

Y pienso, camino de casa de Rubén, que los que tienen que estar no suelen fallar nunca. Y si fallan, no merecen estar.



JORDI BASTÉ i DURAN (Barcelona, 1965) es el director y presentador de *El món* de RAC1, el programa líder de la radio en catalán. Trabajó durante veintidós años en Catalunya Ràdio, donde colaboraba en las retransmisiones de fútbol de Joaquim M. Puyal y retransmitía los partidos de baloncesto. Además presentó los programas *La jornada* y *No ho diguis a ningú*.

En el año 2004 fichó por RAC1, donde, además de ser jefe de Deportes, presentaba el programa deportivo nocturno *Tu diràs*. A principios de 2007 tomó las riendas del magacín matinal de la cadena, *El món*, y en la actualidad colabora los domingos en *La Vanguardia*.

Ha ganado varios premios en reconocimiento a su labor en la radio, entre los que se cuentan un Protagonistas, un Ondas, un Òmnium de Comunicació y el Premio de Radio Rey de España.

Ha publicado *L'esport als matins de Catalunya Ràdio* (1997), *El Barça del canvi. Una cronologia personal* (2007), *Crisi, mentides i grans oportunitats* (2009), *En efectiu o amb targeta* (2010) y *Sapigueu que...* (2011).

Esta es su primera novela.



MARC ARTIGAU i QUERALT (Barcelona, 1984) es licenciado en Dirección escénica y Dramaturgia por el Institut del Teatre de Barcelona. Ha estrenado varias obras, como *Caïm i Abel*, *Caixes* (premio Talúries de Teatro 2011 y accésit del Nacional Marqués de Brandomín 2011), *Arbres*, *Aquello días azules*, *Un mosquit petit* y *Ushuaïa* (premio Ciutat de Sagunt 2008 y accésit del Nacional Marqués de Brandomín 2008).

Como dramaturgo, ha trabajado con Oriol Broggi en *Al nostre gust* y en *Lorfe del clan dels Zhao* (premio de la crítica a la mejor adaptación); con Àngel Llàcer y Manu Guix en *El petit príncep* (premio Butaca al mejor espectáculo infantil 2014) y en *Molt soroll per no res* (premio Butaca al mejor espectáculo musical 2016); con Juan Carlos Martel en *Moby Dick* (premio Butaca al mejor espectáculo infantil 2015), y con Josep Maria Miró, entre otros.

Ha publicado la novela juvenil *Els perseguïdors de paraules* y, en poesía, *Primers Auxilis*, *Vermella* y *Desterrats*.

Ha colaborado en Catalunya Ràdio y, actualmente, participa en *El món* en RAC1.

Notas

[1] «Oh, bienvenidos, pasad, pasad, de las tristezas haremos humo», de la canción de Jaume Sisa «Qualsevol nit pot sortir el sol». («Cualquier noche puede salir el sol»), que precisamente sigue diciendo «*a casa meva és casa vostra / si és que hi ha cases d'algú*» («mi casa es vuestra casa, si es que hay casas de alguien»). (N. del T.). <<

[2] [«Me he encontrado en el fondo de la Vall Clara. / Me he visto como un viejo que nunca duerme. / ¿Qué hace un hombre solo en lo alto de la Plantada / si no mudar de piel como una serpiente? // De un viejo cuerpo sucio / a un nuevo lugar puro, / de un viejo cuerpo sucio / a un nicho duro. // He ido a dar una vuelta por el Arca Plena, / he visto cómo un lobo come zorros. / ¿Qué hace un hombre viejo en la Plantada / si no esperar con tiempo su muerte? // De un viejo cuerpo sucio / a un nicho duro. // Y pasión / acción. / Soy yo, / no hacen falta colgados, / pero dónde está el palo. / Soy yo, señor, / que espero lo que fuera.»]. (N. del T.). <<

[3] *Maca* en catalán significa «guapa». (N. del T.) <<

[4] [«Si podéis sacarme un trozo / de alma, de alma, de alma / y no hacerme daño, / no pongáis cara de susto / al verme por dentro muy carcomido. / Si muero en casa qué diréis, / si muero en casa qué diréis, / querrán saberlo / saberlo todo.»]. De la canción *Mirall capgirat* (Espejo cabeza abajo), de Josep Puntí. (*N. del T.*). <<

[5] «Es tan absurdo este montón de lágrimas, que os resbalarán por las mejillas», de la misma canción. *(N. del T.)*. <<

[6] «Basta de pena, basta de pena». (*N. del T.*). <<

[7] [«Y la abuela se ríe, fíjate que no se quejaba nunca / mojando pan en vino gorjeaba / no mires más dentro de ti / que ni de cerca ni de lejos sacarás ni cinco / no perfumes más este cajónapestoso / con tantas rosas, lirios y pensamientos»]. (*N. del T.*). <<

[8] Juego con la letra de una conocida canción protesta de Maria del Mar Bonet, basada en un poema de Lluís Serrahima, «Què volen aquesta gent?» (1968). La letra original dice «Què volen aquesta gent, que truquen de matinada?», es decir, «¿Qué quiere esta gente, que llama de madrugada?». (*N. del T.*). <<